

LA Sombra

por MAXWELL GRANT



Heredero mientra
causa de una caída
¿Accidental?
¿Planeada?
¿Quién se
Beneficia?

ROMANOS
AUDACES
30
c/m

EL FANTASMA
DEL CASTILLO

El fantasma del castillo

Maxwell Grant
La Sombra/34

CAPÍTULO I

AL DAR LAS DOCE

UN hombre de edad avanzada y hombros encorvados caminaba penosamente por la acera de una avenida tranquila y silenciosa.

La oscuridad de la noche nublada se trocaba en una negrura siniestra bajo las ramas crujientes y pesadas de los árboles batidos por el viento. Solamente las luces que a intervalos pendían en el centro de la calle, proyectaban pequeñas zonas de un resplandor amarillento.

A la izquierda, alejados de la avenida, había varios caserones. Las fachadas quedaban tapadas por los árboles de los jardines. Como las luces de la calle, las ventanas de las casas proyectaban destellos visibles de vez en cuando desde la acera, mas era tarde para este aristocrático suburbio de la ciudad de Newbury.

La mayoría de los vecinos solían acostarse antes de la medianoche y eran en este momento las once y media. Las luces de las casas indicaban que ciertos miembros de la juventud de Newbury, no habían regresado aún del centro de la ciudad.

El anciano que atravesaba penosamente la solitaria avenida no sentía el menor interés por estas indicaciones. Mientras caminaba laboriosamente con la ayuda de su pesado bastón, llevaba su encorvada cabeza embargada por una multitud de pensamientos. Una zona de luz lo reveló momentáneamente.

Mostró un rostro flaco e inexpresivo, una masa de cabello gris asomando debajo de un sombrero hongo, y unas manos largas y delgadas; una, asiendo el puño del bastón; la otra, sujetando una voluminosa cartera debajo del brazo.

La punta del bastón se hundió en la arenilla al penetrar en una calzada.

Tornó a resonar seco al subir de nuevo a una acera. No se veía ninguna luz a la izquierda, donde una pared alta interceptaba la vista. El anciano pasaba delante de los terrenos de una vieja finca, que interrumpía la hilera de edificios de más reciente construcción.

Como si hubiese contado los golpes secos del bastón al apoyarse en la acera, el anciano volvióse hacia la izquierda después de caminar unos cien pasos. En lugar de encontrarse con una pared sólida, atravesó una arcada pétrea y siguió avanzando por una acera de baldosas.

Con la cabeza encorvada aún, se aproximó a la fachada de un caserón gris que se elevaba cual mole fantasmal en la oscuridad de la noche.

Aparecían unas ventanas tenuemente iluminadas, que aumentaban la lobreguez del vetusto edificio. El anciano subió unos escalones que le condujeron a la pesada puerta principal. Sin levantar la vista, asió una gruesa aldaba y golpeó fuertemente contra el hierro.

La puerta se abrió. Un criado de rostro solemne, vestido con una librea muy raída, se apartó a un lado haciendo una reverencia al entrar el anciano.

Mirando el rostro del sirviente, el visitante soltó una risita.

—Sabía que era yo, ¿eh? Wellington —preguntó.

—Sí, señor Farman —respondió el criado—. Usted siempre entra por la puerta principal y usa la aldaba, nunca el timbre.

El anciano, riendo, palmoteó el hombro del mayordomo. Sus ojos brillaban benévolamente.

—Los años han cambiado mucho a la casa solariega de Delthorn —observó, en tono triste—, pero Horacio Farman continúa observando sus costumbres. Usted, comparado conmigo, es un recién llegado, Wellington. Es joven aun a pesar de... ¿cuántos años lleva de servicio, Wellington?

—Doce años.

—Ah, sí. Es un período muy breve, Wellington. El viejo Hiram sirvió treinta y cinco años, antes de morir. Ah, el tiempo pasa volando. Mas debo pensar en el presente, no en el pasado. ¿Está todo preparado en la sala de recepción?

—Sí, señor.

Wellington se volvió y condujo al visitante hacia unas puertas

correderas situadas a la derecha del recibidor. Corrió una de ellas y Horacio Farman penetró en una espaciosa sala que, debido a la tenue iluminación, parecía tener unas dimensiones gigantescas.

La vasta sala constituía una reliquia del pasado. Distinto al recibidor, no estaba alumbrada por electricidad. Unas velas proporcionaban la luz.

Horacio Farman, exhalando un suspiro de satisfacción, contempló aquella escena que había resistido a los ataques de los inventos modernos.

La gran altura de la sala de recepción debíase a una galería que circundaba por completo la habitación. Llegábase por una escalera circular situada en un rincón. Los gruesos barrotes de la barandilla del balcón, estaban tan juntos que entre ellos reinaba una densa oscuridad.

Las velas también aumentaban la lobreguez de la galería. Encajadas en brazos sobresalían debajo de la barandilla.

En número de cien, arrojaban una luz fantástica por toda la sala para contrarrestar la oscuridad del centro, donde habíase colocado un candelabro encima de una larga mesa.

Horacio Farman dirigió una mirada hacia la mesa.

Veíanse seis sillones allí: uno en cada extremo y dos en ambos lados. El anciano se aproximó y depositó su cartera delante de uno de los sillones.

Olvidando su interés por la vieja sala volvióse de repente hacia Wellington.

Preguntó:

—¿Quién ha llegado?

—El señor Winstead y el señor Humphrey.

—¿Y Jasper?

—Todavía no.

—¿Está Marcia en casa?

—En su habitación, señor.

—Muy bien —dijo Farman—. Nos reuniremos a las doce. Puede hacerles pasar aquí a esa hora.

Wellington hizo una profunda reverencia y salió de la sala, cerrando la puerta tras sí.

Horacio Farman quedó solo en la vasta sala de recepción. Cabizbajo, contempló la cartera que había llevado consigo. De

repente, los ojos del anciano se achicaron avizores. Tenía la sensación de que alguien le espiaba.

Dando media vuelta, lanzó una mirada hacia la galería. Su negrura era fantástica. A pesar de haber estado con frecuencia en esta sala, durante los años que fue abogado del difunto Caleb Delthorn, Farman no logró nunca vencer la nerviosidad que se apoderaba de él allí.

La vacilante luz de las bujías aumentaba la misteriosa lobreguez. En un lugar de la galería, imaginóse ver una mancha negra que se extendía.

Mientras miraba, el abogado observó un brillo momentáneo, que daba la ilusión de que unos ojos ardientes le espiaban desde las profundidades del infierno. Aquellas lucecitas momentáneamente desaparecieron. El abogado reprimió un estremecimiento.

Esta sala había sido el orgullo del viejo Caleb Delthorn. El difunto propietario de la casa solariega, había vivido como un recluso pasando muchas horas en esta lúgubre habitación.

Decíase —y Caleb Delthorn lo creía— que unos fantasmas ancestrales habían elegido esa sala como morada; que todas las reuniones celebradas allí por la familia eran presenciadas por las sombras de los antepasados.

Horacio Farman era hombre demasiado prudente, para burlarse de esta historia cuando Caleb Delthorn la relataba. Creía que era un cuento estúpido; no obstante, reconocía que el lugar tenía una atmósfera escalofriante.

Caleb Delthorn creía en los sobrenatural y por esta razón ordenó que su testamento fuese leído en esta sala. Éste era el motivo de la reunión que iba a celebrarse esta noche.

Farman continuó mirando con recelo hacia la galería. Consideraba que ese lugar constituía la característica más extraña de la sala. Era una galería rechinante donde cualquier sonido resonaba en grado extraordinario. Caleb Delthorn estaba orgulloso de las maravillosas cualidades acústicas del lugar.

El anciano abogado esbozó una sonrisa. Le gustaba la vetustez de la vasta sala de recepción, pero temía su rareza. En el pasado había estado allí solamente con el viejo Caleb.

Mas, ahora que su cliente estaba muerto, por primera vez tuvo la sensación de que la negrura presagiaba alguna cosa desagradable.

¡Pensando en la hipótesis de los visitantes espectrales que expusiera en varias ocasiones Caleb, el anciano abogado casi creía que el fantasma del difunto propietario podría encontrarse allí!

Mas al parpadear y no observar las señales de los puntitos brillantes, rechazó el pensamiento como pura imaginación y tomó asiento en un extremo de la mesa. Se puso un par de gafas.

Sacando varios documentos de la cartera, el anciano comenzó a clasificarlos.

Absorto en su trabajo, olvidó la galería situada detrás de él.

Los puntos brillantes reaparecieron. ¡Alguien vigilaba en la oscuridad al abogado Farman!

Reinaba un silencio sepulcral, Horacio Farman examinó sus documentos a la luz vacilante del candelabro. Un enorme reloj de pared —una cosa maciza entre los muebles de la sala— tictaqueó tan suavemente que su ruido mecánico no llegó a los oídos del abogado.

Sólo al percibir un zumbido procedente del reloj fue cuando el anciano dio un respingó y alzó la vista. Vió vagamente la esfera, mas no necesitaba observar la posición de las agujas. El tañido del reloj sucedió al zumbido, anunciando la llegada de la medianoche.

Unas notas musicales y luego doce campanadas lentas y solemnes.

Horacio Farman, mientras observaba instintivamente el reloj, no pensó en volver la cabeza. ¡De haberlo hecho, quizá habría observado que otros ojos le vigilaban desde la galería! Sonó la última campanada. El abogado se incorporó y volvió hacia la puerta. Un instante después una de las puertas correderas se deslizó hacia atrás; Wellington, de pie junto a la puerta, anunciaba un grupo de personas que le seguían.

Dos hombres y una joven entraron. Antes de que el criado pudiese cerrar de nuevo la puerta, otro hombre apareció detrás y precipitadamente entró en la vasta sala.

La puerta corredera se cerró. Horacio Farman, sentado en un extremo de la mesa, se encontraba delante de los herederos de Caleb Delthorn.

CAPÍTULO II

ECOS FANTASMALES

DONDE Horacio Farman estuvo sentado solo, un pequeño grupo rodeaba ahora la mesa.

El anciano abogado, reclinado en su sillón, miraba a los reunidos, mientras tamborileaba con los dedos los documentos que extrajera de su cartera.

Carraspeando ligeramente, se dirigió a un hombre que se hallaba sentado al otro extremo de la mesa. Este individuo aparentaba unos cincuenta años de edad; su rostro largo y cadavérico y su nariz de ancho caballete indicaban naturaleza sofista y descontenta.

—Usted, Winstead Delthern —anunció Horacio Farman—, ocupa ahora la presidencia del consejo de familia. Es usted el superviviente de más edad de la familia Delthern. Ocupa el lugar que anteriormente perteneciera a su abuelo Caleb Delthern.

Tras estas palabras pronunciadas en tono solemne, el abogado recogió los documentos. Efectuó una breve consulta, luego se quitó las gafas que tenía puestas y habló cual si lo hiciese de memoria.

—Las condiciones del testamento de Caleb Delthern —comunicó —, son las siguientes:

"Un mes después de la conferencia celebrada esta noche, la herencia repartirás entre todos los nietos supervivientes. Esta es una previsión muy sencilla, especialmente dado que los nietos son pocos y se conocen sus domicilios. A pesar de que Caleb Delthern tuvo tres hijos, muertos actualmente, y llegó a la edad de noventa y siete años, no existen más que cinco nietos. No hay ningún biznieto; ustedes conocen tan bien como yo que éste es el caso, mas con el objeto de ser más específico, nombraré a los descendientes que tienen derecho a participar en el reparto de la fortuna.

Tras una pausa, continuó: —En primer lugar, los tres hijos de Howard Delthorn, hijo de Caleb. Esos tres hijos son Winstead Delthorn— Farman indicó al hombre sentado en el otro extremo de la mesa —, Humphrey Delthorn y Jasper Delthorn.

El abogado completó esta explicación señalando dos veces hacia la derecha.

Hizo una pausa para mirar atentamente a los hombres indicados.

Humphrey Delthorn, sentado cerca de Winstead, era la exacta imagen de su hermano, de rostro avinagrado. Jasper, el más joven de los tres, era un individuo de rostro gordinflón de tipo más activo, aunque ostentaba las facciones de la familia Delthorn.

Farman siguió:

—A continuación viene el único descendiente de la hija de Caleb Delthorn. Me refiero a Warren Barringer, que no está presente con nosotros esta noche.

El abogado lanzó una mirada hacia un sillón vacío. Finalmente contempló a la única mujer presente: a la joven de rostro plácido que se hallaba sentada junto al sillón vacío.

Observó:

—El más joven de los herederos es el único descendiente de la segunda hija de Caleb Delthorn. Usted, Marcia Wandrop, es el último de los nietos.

La voz del abogado se tornó sentimental.

—No obstante, debo mencionar que su difunto abuelo sentía por usted, Marcia, un afecto especial, debido al hecho de que usted vivió en esta casa desde su infancia. En realidad —añadió en tono pausado—, usted es el único pariente que Caleb Delthorn vió durante los años finales de su vida.

Nadie formuló el menor comentario cuando Farman hizo una pausa.

Winstead Delthorn, sin mover un músculo de su rostro, miró con fijeza al abogado. Humphrey Delthorn imitó la mirada de su hermano, Jasper esbozó una sonrisa en sus gruesos labios.

El abogado prosiguió:

—He enumerado los descendientes. Volveré a nombrarles, por orden: Winstead Delthorn, Humphrey Delthorn, Jasper Delthorn. Luego Warren Barringer y Marcia Wandrop. Esta es la orden de progresión desde el más viejo al más joven.

El tono en que hablaba el abogado provocó una sonrisa en los labios de Winstead Delthorn, que le observaba atentamente. El nuevo jefe de la familia presintió que la mención de la edad tenía una relación importante con el testamento. La suposición resultó acertada.

—El testamento de Caleb Delthorn contiene unas cláusulas referentes a la casa solariega de los Delthorn —manifestó Farman—. Será propiedad del cabeza de familia, hasta su muerte, para luego pasar al que le sigue en orden. La cláusula está de acuerdo con la costumbre de la familia Delthorn. He de observar al mismo tiempo que todos los miembros de la familia tienen derecho a vivir en la casa.

Ninguno de los presentes formuló el menor comentario. Todos esperaban una declaración. Todos aguardaban tensos la decisión referente al dinero de la herencia.

Declaró el abogado:

—Caleb Delthorn dejó aproximadamente trece millones de dólares. Esta fortuna se repartirá entre los herederos, dentro de un mes, a partir de esta noche. Al más viejo de los herederos supervivientes le corresponderá la mitad de la fortuna. A los otros, la otra mitad repartida en partes iguales.

Horacio Farman se volvió a calar las gafas y se reclinó en su sillón. Observó la expresión del rostro de las personas que oyeron sus palabras finales. La mención de los trece millones causó un enorme júbilo entre los herederos.

El abogado conocía perfectamente cómo reaccionarían, al oír las cláusulas que estipulaban la parte asignada a cada uno de ellos.

Winstead Delthorn sonreía levemente, ¿Por qué no? Iba a recibir seis millones y medio de dólares.

Humphrey Delthorn miraba ceñudo. Jasper Delthorn esbozaba una sonrisa burlona y despectiva. Farman conocía el motivo.

En vez de participar por partes iguales con todos, o haber hecho provisiones como segundo y tercer en orden, estos dos hombres recibirían solamente una octava parte de la fortuna total.

Horacio Farman arrojó una mirada en dirección de Marcia Wandrop. La joven no mostraba el resentimiento que evidenciaban Humphrey y Jasper.

Estaba satisfecha con su parte de herencia. Mas el anciano

abogado conocía lo que eran Humphrey y Jasper: hombres sumamente ambiciosos.

—Permítame que le haga una pregunta señor Farman —dijo Humphrey, de repente—. ¿Cuándo y dónde se efectuará este reparto? ¿Y a qué obedece el retraso?

—Se lo explicaré al instante —repuso el abogado, consultando un documento—. Todos los herederos deben reunirse aquí de nuevo, dentro de un mes, a partir de esta noche. Deberán estar presentes para ser elegidos. El plazo marcado para realizar la liquidación de los bienes es asunto que queda en mis manos.

"No obstante —continuó—, seguiré el consejo de Winstead Delthorn. Hay que discutir en detalle muchas provisiones del testamento. He citado solamente las que se refieren a la parte que corresponde...

Interrumpió Jasper con voz áspera: —Un momento. Me mandó usted recado de que yo debía comparecer aquí a las doce de la noche. Manifestó usted que se trataba de un asunto de importancia. ¿Qué habría sucedido si yo no hubiera comparecido?

—Convoqué a usted —repuso Farman, con voz pausada—, para que asistiese en representación de sus propios intereses. Avisé igualmente a los demás herederos. No acierto a ver que su ausencia hubiese de modificar los términos del testamento.

—¿Menciona específicamente que debo hacer acto de presencia aquí? —persistió Jasper.

Con una mirada de enojo, el abogado cogió un documento y leyó:

"Yo, Caleb Delthorn, en mi sano juicio, declaro a mis legítimos herederos reunidos aquí, que dentro de un mes, a partir de esta hora y fecha, deberán volver a reunirse para que se les conceda la parte final que les corresponde de mi fortuna. Para el heredero de más edad, la mitad: para los restantes herederos, el resto distribuido en partes iguales."

—Un momento —interrumpió Jasper—. Eso es lo que debería haber hecho desde un principio: leernos el documento. Está dirigido a los herederos. ¿No es verdad?

—En efecto —replicó Farman—. Por ese motivo les avisé que se trataba de un asunto muy urgente.

—En ese caso —observó Jasper—, si yo no hubiese

comparecido, habría quedado eliminado. Bien, estoy aquí y, en consecuencia, no he perdido mi parte. Pero Warren Barringer no ha hecho acto de presencia, por lo cual queda eliminado. El reparto deberá efectuarse entre Humphrey, Marcia y yo.

Farman se puso en pie y golpeó, indignado, la mesa. Las luces del candelabro vacilaron y varias gotas de cera cayeron sobre la superficie de la mesa.

—¡Monstruo! —exclamó el abogado—. ¡Ha interpretado mal el significado del testamento!

—A mis legítimos herederos reunidos aquí —se burló Jasper, repitiendo la fraseología del documento.

Humphrey había estado observando con recelo a Jasper. Era evidente que no existía entre ellos ningún cariño fraternal. Mas ahora, debatiéndose aquel punto, una amplia sonrisa apareció en sus labios.

Observó a Farman:

—Jasper tiene razón. Warren Barringer no ha comparecido. Pierde el derecho a su parte de la herencia.

El anciano abogado lanzó una mirada hacia Marcia Wandrop. Observó la expresión de desdén, que aparecía en el rostro de la joven cuando miraba a sus avariciosos primos. Comprendió que la muchacha le apoyaría. Contempló a Winstead Delthorn; luego hizo un llamamiento al nuevo cabeza de la familia.

—El reparto de la herencia se realizará dentro de un mes —declaró Farman—. Se dio un margen de tiempo para que todos los herederos pudiesen comparecer. Convoqué a todos ustedes, como estaba estipulado, y esperaba que todos estuviesen presentes a ser posible.

"En el caso de Warren Barringer —continuó—, le ha sido imposible hacer acto de presencia. Caleb Delthorn falleció hace un par de semanas. Le cablegrafié a Hong-Kong e inmediatamente salió de viaje. Por cable nombró a un apoderado para que le representase.

"He recibido una nota de un señor Lamont Cranston residente en Nueva York. Me comunica que Warren Barringer le ha nombrado su apoderado. Le contesté que esta reunión sería puramente preliminar y en consecuencia la presencia de un apoderado, aunque si quería podía asistir, era innecesaria. Le prometí que defendería los

derechos de Warren Barringer.

—¡Un apoderado! —exclamó Humphrey Delthorn—. ¡Es absurdo! Warren Barringer pierde sus derechos por no haber comparecido. Esto está claro.

Era evidente que Humphrey y Jasper calculaban que el millón y medio que podrían usurpar era más importante que obrar con justicia. No obstante, Farman afrontó prontamente el reto de Humphrey.

Observó en tono severo:

—No es usted quién para tomar una decisión. Olvida que soy el administrador de la herencia.

"Si alguno de los herederos tiene derecho a exigir semejante interpretación del testamento, éste es Winstead Delthorn. Él es el cabeza de familia. Además —añadió en tono irónico—, a él no le mueve ningún egoísmo, ya que su parte de la herencia ha quedado estipulado, por tanto dejo a él que convenga conmigo.

Esta declaración desvió el ataque. Humphrey Delthorn y Jasper se volvieron hacia su hermano.

Horacio Farman comprendió de repente su error. Ni Winstead ni Humphrey estaban en buenos términos con su hermano Jasper, pero era natural que Humphrey favoreciese a sus hermanos con preferencia a Warren Barringer, que era un primo desconocido.

El mayor de los Delthorn alzó la mano pidiendo silencio.

Consideró meditabundo la situación. Las luces vacilaban por la lóbrega habitación dando a los rostros un aspecto grotesco.

Winstead meditaba; Humphrey y Japer permanecían silenciosos deleitándose en el daño que esperaban inferir al ausente: Marcia Wandrop, indignada, se mordía los labios. Horacio Farman esperaba con ansiedad la resolución.

Interrogó Winstead Delthorn:

—¿Qué peso tendrá mi decisión?

—Mucho —reconoció el abogado, francamente—. Los documentos que dejó su abuelo depositan considerable autoridad en las manos del cabeza de familia. También estipulan que todos los posibles herederos quedaran designados en esta reunión.

—Entonces, ¿si decido en favor de Warren Barringer —declaró Winstead—, no puede haber discusión?

—En absoluto.

—¿Y si decido en contra de él?

—Le será a él muy difícil defender su caso.

Humphrey Delthorn arrojó una mirada significativa a su hermano mayor. El abogado vió que Winstead estaba a punto de ceder y entonces formuló una advertencia.

Exclamó:

—¡Recuerde, Winstead, que su difunto abuelo depositó toda su confianza en usted, por ser el mayor de los Delthorn! ¡Se encuentra usted en este momento en la casa que fue suya, en la sala donde él creía que sus padres vivían! ¡Esta reunión se ha celebrado en este lugar, porque Caleb Delthorn creía que asistiría en espíritu sino en carne y hueso!

Las palabras del abogado sonaron impresionantes a la luz vacilante de la oscura sala.

Winstead Delthorn palideció visiblemente. Los ojos de Humphrey se helaron; Jasper sólo rompió con una risita siniestra la tensión. El sonido hizo sonreír a Humphrey.

—Los fantasmas —dijo a Winstead—, no toman parte en esta reunión. Esperamos tu opinión, mejor dicho, tu decisión.

Winstead Delthorn carraspeó. Asintió con la cabeza y era evidente qué determinación iba a tomar. Estando a salvo sus derechos estaba dispuesto a apoyar las pretensiones de su hermano Humphrey.

Declaró fríamente:

—Farman, no creo posible otra decisión. Me expresaré con claridad. Los derechos de Warren Barringer no son...

La frase pronunciada en tono pausado se interrumpió.

El rostro de Winstead se heló. Su declaración quedó cortada en seco en sus labios, cuando un sonido extraño y siniestro llegó a sus oídos.

Los demás lo oyeron también. Fue un suspiro creciente que parecía brotar del aire mismo de la sala. Mientras todos los reunidos en la vasta sala permanecían inmóviles como estatuas, el fantástico sonido se convirtió en un profundo estremecimiento. Luego, de unos labios invisibles, brotó el sonido de una risa escalofriante. La siniestra risa semejaba el rumor de una ola al azotar las arenas de una playa. Las llamas de las velas parecieron vacilar cuando la risa fantasmal se esparció por la lúgubre sala.

Al morir la risa, sus ecos sobrenaturales repercutieron por todas partes, sembrando una horda de demonios invisibles.

Resonaron millares de ecos burlones; luego, a través de la oscuridad, llegó la parte final: unos sonidos sibilantes que se extendieron por la espectral galería.

Los rostros de los reunidos sentados en torno a la mesa llenáronse de espanto. Nadie osó moverse. Reinaba el terror entre todos ellos.

¡Aquellos ecos fantásticos semejaban la risa de un fantasma!

CAPÍTULO III

LA SOMBRA DECIDE

UNOS minutos después de oírse la risa demoníaca por la vasta sala de la casa solariega de los Delthorn, Horacio Farman habló.

El abogado, a pesar del terror que se apoderara de él, fue el primero en reaccionar. Era apropiado que él restableciese la calma en la reunión, pues él fue quien invocó la ayuda sobrenatural.

A pesar de que los labios le temblaban, dijo calmosamente:

—Winstead Delthorn, seguimos esperando la conclusión de sus observaciones referente a Warren Barringer.

Winstead alzó las manos con aire patético... Temblaba de espanto. No podía hablar. Se volvió hacia Humphrey, sentado a su izquierda. En el rostro de su hermano observó el mismo terror inconfundible. Se tapó la cara con las manos.

Horacio Farman lanzó una mirada a Marcia Wandrop. Vió que la muchacha hacía un esfuerzo por mostrarse serena, a pesar de la palidez de su rostro asustado. Sin embargo, en los ojos de Jasper aparecía una expresión de reto.

El hombre observó la mirada del abogado y emitió una risa ronca.

Gruñó:

—¿Qué es esto? ¿Nos está gastando alguna broma, Farman?

Winstead Delthorn oyó las palabras. Haciendo un esfuerzo se puso en pie.

Agarrándose a la mesa, enfrentóse con su hermano menor.

Exhaló:

—¡No te burles de los muertos, Jasper! ¡Cállate!

En los labios del más joven de los Delthorn se acentuó la sonrisa siniestra.

Winstead, con ojos desorbitados y labios temblorosos, afirmó en tono patético:

—¡Es la voz de los muertos! Durante años, décadas, se ha dicho que los espíritus de nuestros antepasados se reunían, invisibles, en esta vasta sala. Mi abuelo lo creía, mas yo lo dudaba. Lo confieso.

"Ahora lo creo —siguió—. Ahora comprendo por qué motivo todos los Delthorn, en sus lechos de muerte, ordenaron que sus herederos se congregasen. Yo también seguiré ese ejemplo. No hay necesidad de temer a las sombras de nuestros antecesores, si honramos su memoria y sus deseos.

Winstead Delthorn hizo una pausa impresionante. Horacio Farman quedó asombrado al ver la luz que brillaba en los ojos del orador. Observó que Humphrey y Marcia, y aun Jasper, en cierto grado, escuchaban solemnemente.

En voz firme, Winstead declaró:

—Me pide usted que termine de exponer mi decisión referente a Warren Barringer. Recuerdo las palabras que yo decía cuando ocurrió este extraño fenómeno y las sobrenaturales manifestaciones que todos hemos oído. Terminaré mi declaración.

"¡No menoscabaremos los derechos de Warren Barringer. Él, como mis hermanos y mi prima Marcia, es un legítimo heredero de la parte que le corresponde. Sostengo su opinión, Farman! ¡Mi declaración es decisiva e irrevocable!

Tras estas palabras, Winstead Delthorn se desplomó en su asiento y escondió su rostro entre sus manos. Luego miró con fijeza a Farman, quien movió la cabeza en señal de asentimiento.

El abogado manifestó en tono pausado:

—El objeto de la convocatoria ya se ha realizado. La reunión ha terminado. Dentro de un mes, a partir de esta noche, nos reuniremos nuevamente para ultimar el reparto de la herencia de Caleb Delthorn.

Uno tras otro, los herederos se levantaron de la mesa. Horacio Farman se dirigió con paso firme a la puerta y la abrió. Wellington se aproximó procedente del vestíbulo exterior. El destello de las luces eléctricas infundió nuevo valor al grupo.

Winstead Delthorn, con el aire de un hombre que ha cumplido un importante deber, volvióse hacia los otros y anunció que abrigaba la intención de fijar su residencia en la casa solariega de

los Delthern.

—Así lo estipula el testamento —dijo—. Y tú, Marcia, ¿piensas quedarte aquí?

La joven movió la cabeza en señal afirmativa.

—¿Y tú, Humphrey?

El segundo de los hermanos Delthern meditó. Dirigió una mirada cautelosa en torno de la vasta sala y luego clavó los ojos en Winstead.

—Viviré aquí —manifestó—. Quizá es mi deber también.

—¿Y tú, Jasper? —inquirió Winstead.

—¿Que si voy a vivir aquí? —respondió el hermano más joven, con una risa formada—. ¡De ninguna manera! No quiero vivir en este caserón. Prefiero quedarme en el club.

—Como quieras —declaró Winstead, en tono frío—. Me marchó ahora. Volveré mañana para ocupar esta casa.

Tras estas palabras, el hermano mayor de los Delthern salió al vestíbulo.

Humphrey le siguió. Horacio Farman conversaba con Marcia Wandrop.

Jasper Delthern permaneció junto a la puerta de la sala de recepción, observando la partida de sus hermanos.

Tan pronto como sus hermanos se hubieron marchado, volvióse hacia el abogado.

Le preguntó con brusquedad.

—Escuche, Farman, ¿qué significa la farsa de esta noche? ¿Qué pretende usted? ¿Trata de que Winstead haga lo que usted quiera?

—¡Jasper! —interrumpió Marcia, en tono tenso—. No está bien que insultes al señor Farman. ¡Recuerda que esta es mi casa todavía!

—Usted cree en los fantasmas, ¿eh?

—No. No creo en eso. No obstante, sé que Caleb Delthern creía que estas manifestaciones podían ocurrir en esta sala. Hemos tenido una prueba de ello. Es inexplicable, es todo cuanto puedo decir.

—El abuelo me dijo lo mismo —intercaló Marcia Wandrop—. Y me dijo muchas otras cosas, Jasper. Sé que ésta es una casa fantástica. A veces me da miedo; más después de todo, no veo qué daño puede ocurrirme a mí. No sé si creer en los fantasmas o no...

—¡Averiguaré eso de los fantasmas! —gruñó Jasper—. Si algún

bromista se burló de nosotros, debe estar aquí aun. Voy a inspeccionar la sala y la galería.

El joven penetró decidido en la sala alumbrada por las velas y escudriñó todos los rincones.

Horacio Farman le observaba con interés y Marcia Wandrop con alarma.

Tras un examen infructuoso de la sala, Jasper escudriñó la escalera de caracol que conducía a la galería cuchicheante.

—Quizá próximo de allí —gruñó—. Subiré a ver. —Lanzando una mirada ceñuda a los otros, ascendió por los escalones. Breves instantes después, asomó la cabeza y los hombros por encima de la barandilla y, mirando a los que se hallaban abajo, gruñó:

—¡Está oscuro como boca de lobo aquí!

Unos tonos silbantes respondieron. Unas voces recogieron y repitieron las palabras de Jasper, quien asió con fuerza la barandilla.

—¡Está oscuro como boca de lobo! ¡Está oscuro como boca de lobo aquí...!

Los ecos se repitieron a lo largo de la galería.

Jasper permaneció paralizado de asombro, al observar el efecto que sus palabras habían producido. Dando una media vuelta, descendió veloz los escalones y llegó al piso de la sala de recepción. Al aproximarse a la puerta, recobró la serenidad.

Comenzó con aspereza:

—Esa galería parece estar llena de duendes... Me parecía que los ecos de mi voz repercutían cada vez más fuertes.

—Quizá eso explica lo que hemos oído —observó Farman—. Es posible que el más leve sonido aumente grandemente. Pero esa risa... fue algo sobrenatural y espeluznante.

Marcia Wandrop alzó la mano reclamando silencio. Wellington, el criado, cruzaba el pasillo.

—Wellington —dijo Jasper—, traiga una antorcha de bolsillo. Quiero que suba conmigo a la galería. Deseo echar un vistazo al lugar.

—Sería mejor que fuera usted solo —indicó el criado—. No creo que haya una antorcha en la casa, señor. Coja una de las velas, si desea ir...

—Quiero que me acompañe.

El criado lanzó una mirada de protesta hacia Marcia Wandrop. La joven explicó el motivo de su conducta.

Dijo:

—El abuelo no dejaba que entrasen en la galería. Tampoco a Wellington. No creo ni siquiera ahora que querría desobedecer las órdenes del abuelo. Puede marcharse, Wellington.

Jasper Delthorn se metió las manos en los bolsillos. Profirió una carcajada al observar que el mayordomo se marchaba. Empezó a alejarse, luego volviéndose dirigió unas palabras a Horacio Farman y a Marcia Wandrop.

Gruñó:

—¡Quédense con sus fantasmas! Crean en ellos, si quieren, como mis crédulos hermanos. Pueden quedarse con toda la casa. ¿A santo de qué he de preocuparme? Saco mi tajada de la herencia, aunque Barringer se lleve una parte que debiera pertenecerme.

"Y continuaré residiendo en mi club y allí voy ahora. Es un lugar donde se puede tomar una copa cuando hace falta, y después de haber estado un rato en esta casa de locos, necesitaré un par.

"Puesto que usted es el abogado, Farman —continuó—, usted se encargará de recordarme la reunión que se celebrará dentro de un mes. Yo podría olvidarme.

Tras estas palabras, Jasper Delthorn se marchó.

Breves instantes después, Horacio Farman se despedía de Marcia Wandrop.

La muchacha subió al segundo piso.

Una puerta de la vasta sala de recepción permaneció abierta. Un movimiento vago, casi imperceptible, ocurrió en el balcón. El rumor de una prenda de vestir, sonó en el lugar donde Horacio Farman se imaginaba ver unos ojos ardientes.

Cuando el leve rumor extendióse a lo largo de la barandilla, las bujías vacilaron una tras otra. Más de cuarenta de las llamas respondieron de esta manera singular.

Poco después, una densa negrura surgió al pie de la escalera de caracol.

Convirtiéndose en una masa sólida. Transformóse en la figura de un ser viviente.

¡Si alguno de los que oyeron la risa espectral hubiese visto el extraño fenómeno, habría creído que un fantasma del Delthorn

Manor se materializaba!

La fantástica figura tomó la forma de un hombre vestido completamente de negro. De sus hombros pendían los pliegues de una capa; las alas de un sombrero flexible le caían encima de los ojos.

El flexible ocultaba las facciones del desconocido, mas no tapaban el fulgor de los ojos, que escudriñaban en torno de la habitación.

Hasta las manos del extraño visitante aparecían cubiertas de negro. Unos guantes negros surgieron a la vista, cuando las manos se posaron encima de la mesa donde se celebrara la reunión.

De unos labios invisibles brotó un extraño eco de la escalofriante risa que se oyera poco antes. Suave y silbante era un fantástico recuerdo del terrible sonido. Flotó por la sala y sus tonos llegaron a la galería.

Desde allí fueron devueltos en cuchicheos espeluznantes que terminaron en un suspiro repetido y cercano.

En la vasta sala de recepción de la casa solariega de los Delthern, hallábase el extraordinario ser cuya risa fue tomada por una manifestación fantasmal.

Era un personaje del que ni Horacio Farman ni los herederos había oído hablar y sin embargo su nombre era bien conocido y temido por las hordas del hampa de Nueva York.

¡La Sombra!

¡El rey de la oscuridad, el as de los sabuesos que luchaba tenaz e incansable contra el crimen!

Había estado allí esa noche. Sus ojos observaron a los reunidos. Sus labios emitieron la asombrosa risa burlona que estremeció y acobardó a Winstead Delthern.

Dentro del radio de las luces vacilantes que partían del candelabro de la mesa, la silueta de La Sombra arrojaba una larga y siniestra sombra negra sobre el suelo. La anticuada sala ofrecía un marco fantástico para el misterioso personaje.

Unas pisadas sonaron al otro lado de la puerta abierta. La Sombra movióse silenciosa y velozmente hacia un lado de la sala de recepción. Su figura se fundió en la oscuridad, cuando Wellington penetró en la sala llevando un apagavelas.

Usando este objeto anticuado, el criado extinguió las luces, una

tras otra. La mirada de Wellington dirigiase siempre hacia arriba.

El sirviente pasó a un metro de distancia del lugar, donde La Sombra se fundió en la negrura que había debajo de la galería. Mas Wellington continuó su trabajo, ignorando que un ser viviente permanecía oculto en la sala.

Extinguidas las ciento y pico de bujías, el mayordomo fue al centro de la habitación y apagó las luces del candelabro.

Unos segundos después, la puerta de la sala de recepción cerróse, y el lugar quedó sumido en una completa oscuridad.

La risa de La Sombra recorrió de nuevo agonizada por completo, la puerta de la que repercutía en sonidos fantasmales. Antes de que los ecos espectrales hubiesen agonizado por completo, la puerta de la sala volvió a abrirse.

El vestíbulo exterior estaba envuelto en la oscuridad ahora, pues Wellington había subido al tercer piso. La Sombra, invisible, movióse a través de la oscuridad.

La puerta quedó cerrada. La vieja sala de recepción de Delthorn Manor quedó sumida en el silencio, llena de recuerdos tan sólo. Mas en la historia de aquel extraño edificio, jamás había ocurrido nada que rivalizara con lo sucedido esa noche memorable, en la que un grito fantasmal esparciera sus ecos por la vasta sala.

Con la escalofriante risa que aterrara a Winstead Delthorn, La Sombra inclinó la balanza en favor de Warren Barringer. No fue un fantasma del pasado, sino un ser viviente, quien produjo los ecos fantásticos que obligaron a Winstead Delthorn, a asentir a la defensa que Horacio Farman hiciera de los derechos de un ausente.

La Sombra desapareció, pero después de realizar su misión de justicia en Delthorn Manor. ¡Oculto en los confines oscuros de la galería el rey de la noche sirvió de apoderado de Warren Barringer!

El ausente heredero llegaría pronto a América. Entonces se encontraría con el personaje que actuó en su defensa. Mas Warren Barringer, como los otros herederos de los millones de Delthorn, jamás conocería que La Sombra estuvo presente esa noche.

Delthorn Manor destacábase gris en la noche lóbrega. El personaje misterioso que actuó de fantasma y apoderado, ya no se encontraba en el interior de la pétrea mansión.

¡La Sombra se fundió en la noche!

CAPÍTULO IV

UN VIAJERO REGRESA

TRES días después, Warren Barringer, el ausente heredero de los millones de Delthorn, pasaba por una carretera de Nueva Jersey, sentado en el asiento trasero de una lujosa limousine.

Fumando negligentemente un cigarrillo, el viajero consideró la serie de acontecimientos que le condujeron a esta magnífica situación financiera.

Hacía dos años que Warren Barringer se marchara de los Estados Unidos, como representante de una Compañía petrolífera.

En Java conoció a un viajero yanqui llamado Lamont Cranston. En el curso de la amistad, Cranston rogó a Warren que le visitara, si algún día el joven regresaba a Nueva York.

Warren sonrió al hacérsele la invitación. No esperaba regresar a la ciudad hasta dentro de varios años, a lo menos. Mas la suerte decretó otra cosa.

En Hong-Kong, no hacía mucho tiempo, Warren Barringer recibió la noticia de que era heredero de una considerable parte de la fortuna de su abuelo.

Abrigando la intención de iniciar su regreso, cablegrafió a Lamont Cranston rogándole que le representase hasta que él llegara a Nueva York.

En el muelle, al desembarcar en Nueva York, fue recibido por un hombre vestido de uniforme, que se presentó como chofer de Lamont Cranston.

Terminadas las formalidades de la Aduana, Warren subió a la lujosa limousine que le esperaba y encontrábase camino de la residencia de Cranston. Habían cruzado el túnel Holland y varias carreteras y ahora estaban en el campo, acercándose a su destino.

Stanley, el chofer, viró de repente y penetró en una carretera estrecha.

Anohecía, y a la tenue luz del crepúsculo, el joven viajero divisó una vasta mansión apartada de la carretera. El chofer entró en una calzada y paró delante de la residencia de Cranston.

Warren Barringer conocía que su amigo era un hombre de buena posición; no obstante, quedó asombrado al contemplar el esplendor de la casa. Una luz brillante iluminaba los escalones que conducían a la puerta principal.

En el pórtico, vio a su amigo. El joven saltó del automóvil y avanzó para estrechar la mano de Lamont Cranston.

Delante de él, Warren vio a un hombre que no había cambiado ni pizca desde que se conocieron en Java, hacía un año. Alto y bien proporcionado, el millonario era un hombre de aspecto impresionante. De rostro firme y bien cincelado, casi inmóvil de expresión, salvo una leve sonrisa que jugueteaba en sus labios. Warren miró los ojos agudos y escrutados que lo contemplaban.

Saludó:

—Me alegro de verle, Cranston. Le agradezco infinitamente que mandase a su chofer a recibirme al muelle. No ha cambiado usted nada desde que le vi la última vez.

—Tampoco ha cambiado usted —fue la respuesta.

Los labios conservaron su sonrisa. Los ojos estudiaron a Warren Barringer.

Vieron a un joven fuerte y vigoroso, y un rostro franco y bien modelado, bronceado por el sol del Sur.

Cranston sugirió: —Pase dentro.

Luego, volviéndose hacia un criado que había llegado al pórtico, añadió:

—Entre el equipaje, Richards. El señor Barringer se quedará en casa esta noche.

Lamont Cranston abrió la marcha en dirección de un lujoso gabinete. Señaló con un gesto de la mano un sillón a su huésped y luego se sentó.

—¿Qué me cuenta de la herencia? —fue la primera pregunta de Barringer.

—Tengo buenas noticias para usted —sonrió Lamont—. Es usted heredero de algo más de un millón de dólares.

—¡Estupendo! —exclamó el joven. Luego con una sonrisa de tristeza—: Siento mucho que mi abuelo haya muerto antes de mi regreso. Sin embargo, no esperaba que él viviese hasta mi vuelta. Tenía cerca de cien años.

—Noventa y seis —observó Cranston—. ¿Cuánto le vió usted la última vez, Warren?

—Era yo un niño —declaró el joven—. Tengo ahora veintiséis años. Creo que yo tenía cuatro cuando estuve en Newbury. En consecuencia, le vi hace veintidós años.

—¿No recuerda usted a otros parientes?

—Vagamente. Mi familia se trasladó a California. Después de la muerte de mis padres, me fui a Oriente. Mi madre hablaba rara vez de sus parientes. Al abuelo no le gustó que ella se casase con mi padre. Los Delthern son una familia muy orgullosa.

Cranston asintió con la cabeza pensativamente.

Observó:

—Sí. Escribí al abogado de su familia, a Horacio Farman. Le ofrecí actuar de apoderado de usted en la reunión de familia. Me contestó que era innecesario.

"Posteriormente —siguió—, recibí una carta de él, comunicándome que usted había sido reconocido como heredero legítimo en el testamento. Desde luego, tendrá usted que ir a Newbury.

Asintió Warren:

—Por supuesto, iré lo antes posible. Realmente tuve suerte de que usted se encontrase aquí cuando le cablegrafié. Un trotamundos como usted podría haberse hallado Dios sabe dónde.

—Sí —asintió Cranston—. Suelo ir de un lado a otro cuando me place. Tanto, que en ocasiones me hago un mar de confusiones. Recuerdo a las personas, pero confundo con frecuencia el tiempo y los lugares. Por ejemplo: ¿cuándo le conocí?...

—En Java —añadió Warren—. Usted recuerda la noche aquella en el club americano en Subrayaba...

—Continúe —indicó Lamont Cranston ofreciendo un cigarrillo.

Warren inició un relato de los acontecimientos que condujeron a su amistad con el millonario.

El anfitrión fumaba, sonriente, moviendo la cabeza en señal de asentimiento, recordando los hechos que su huésped relataba. Al

terminar el relato, Richards entró para anunciar que la cena estaba lista.

—Sí —observó Cranston, cuando él y su huésped tomaban asiento—, ahora recuerdo todo, tal como usted lo relata, Warren. Esta es mi residencia permanente. Los criados están siempre aquí, mas yo puedo encontrarme en cualquier parte del mundo. Abandono mi residencia y me pongo en viaje cuando me place.

"No obstante —continuó—, al parecer, estoy en casa cuando sucede alguna cosa importante. Tengo un don sobrenatural para esto, amigo mío. Me alegró mucho poder servirle en el asunto de su herencia. En realidad, no comparecí por Newbury.

"Sin embargo, opino que pueden presentarse algunas complicaciones. Estoy convencido de que puede haber ciertas desavenencias entre los herederos. Le aconsejo que estudie la situación.

"Si descubre usted que por hallarse solo en Newbury, y ser forastero, alguien labora en contra suya, avíseme al instante.

—Muchas gracias —respondió Warren.

—No hay de qué —repuso Lamont—. No prodigo mucho mi amistad, pero cuando la ofrezco, soy sincero.

Terminada la cena, Lamont Cranston enseñó la casa a su huésped. Una emisora de radio instalada en el último piso, provocó el entusiasmo del joven, mas éste fue sobrepasado cuando visitó el salón museo particular de Cranston, el cual contenía objetos artísticos y raros procedentes de todas partes del mundo.

—Estimo muchísimo estos objetos —observó el millonario—, pero de todas las joyas que poseo, ésta es la más preciosa.

Cranston extendió su mano izquierda. En el dedo del corazón, Warren Barringer observó la joya más extraordinaria que jamás había visto.

Era una piedra preciosa, grande y traslúcida, que arrojaba destellos diminutos. Fulgurando cual una ascua viva, la gema cambió de color mientras el joven la observaba. Carmesí, malva, luego purpurina: la joya parecía estar dotada de un poder sobrenatural.

—Es un girasol, una variedad del ópalo de fuego; y esta piedra particular no tiene semejante en el mundo. Es una de las joyas genuinas de los Romanoff.

Aun cuando Warren ya no contemplaba la gema, recordaba sus rayos fulgurantes. Aquel girasol era una piedra misteriosa y Cranston parecía compartir su misterio.

A veces, el joven Barringer observaba las facciones impasibles de Cranston.

El millonario tenía un rostro tan firme que podría ser de otra persona, y, sin embargo, era exactamente como Warren lo recordara siempre.

Cosa extraña, el joven no acertaba a calcular la edad de su amigo. Podía tener entre treinta y cincuenta años.

Por la mañana, Cranston informó a su huésped que había hecho reservar una cama en el tren de Newbury y que podría partir después de cenar. Durante el día fueron a un aeródromo donde Cranston tenía varios aeroplanos de su propiedad. Volaron sobre Nueva York, aterrizaron en el aeródromo y regresaron a la casa del millonario.

Llegó la noche rápidamente. Cenaron.

A las ocho en punto, el chofer apareció con la limousine, y Lamont informó a su joven amigo que era hora de partir para Nueva York. El millonario acompañó al viajero hasta el automóvil y le manifestó que sentía no poder ir a la ciudad.

—Pero me encontrará aquí —dijo Cranston—, todo el mes próximo. No tengo el propósito de marcharme por ahora. Quizá haga algún viaje corto, pero nada más. Rara vez lo menciono, ni siquiera a mis amigos. En realidad —el millonario rió suavemente— en lo tocante a mis amigos, que ellos sepan, puedo encontrarme en la Indochina en este momento.

Cuando Warren Barringer se hubo alejado en el automóvil, Lamont Cranston permaneció inmóvil bajo el pórtico, sonriendo aun de una manera peculiar. Una carcajada suave y misteriosa brotó de sus labios inmóviles.

Aquella carcajada era significativa. Dependía de las palabras finales de Cranston.

¡Indochina!

En realidad, Lamont Cranston se hallaba en Indochina en este preciso momento.

¡Este personaje que estaba en el pórtico, que tenía el mismo rostro del millonario trotamundos, no era Lamont Cranston!

Aquellos ojos que fulguraban al observar la partida del automóvil, no habían visto jamás a Warren Barringer hasta el momento en que el joven llegó a su casa.

Era un ser extraño y misterioso; un simulador tan extraordinario que hasta Stanley, el chofer, Richards, el criado, y los otros sirvientes creían que se trataba de su amo.

Era un ser misterioso, un maestro del disfraz, que hallaba conveniente desempeñar el papel de Lamont Cranston, durante los períodos en que el millonario efectuaba sus viajes.

Las hordas del crimen habían buscado sin cesar el lugar donde su más implacable enemigo vigilaba, insospechado. Sus pesquisas jamás tuvieron éxito. Jamás lograron romper el velo de misterio que rodeaba al domicilio de La Sombra.

Si algún as del crimen se hubiese hallado esa noche en la mansión de Nueva Jersey, habría sospechado la verdad. Mas no se encontraba allí ningún malhechor. Por este motivo, el personaje del pórtico, al sentir la fantástica carcajada, dio una pista de su identidad.

Una risa suave salió de unos labios inmóviles. El tono fantástico de la risa era un cuchicheo que denotaba misterio. Tal risa no había partido jamás de los labios del verdadero Lamont Cranston.

¡Este asombroso impostor que tenía las facciones del millonario ausente era La Sombra!

El rey de la noche fue el que recibió el cablegrama de Warren Barringer. Él conoció que el joven debía ser un amigo del ausente millonario. El se encargó de la misión, mas no actuando como Lamont Cranston.

Revistiéndose de la personalidad de La Sombra, hizo una visita a Delthorn Manor, con el objeto de proteger los intereses del amigo de Lamont Cranston.

Ahora, representando aun el papel del millonario ausente, La Sombra había recibido al viajero y le había mandado a Newbury. No obstante, haciéndose pasar aún por el millonario, La Sombra se hallaba presto a acudir a una llamada de Warren.

La risa fantasmal de La Sombra esparció sus ecos por la sala de recepción de Delthorn Manor. La presencia del rey de la noche sirvió a Warren Barringer.

El joven podría recibir su herencia.

¡Era profética la risa de La Sombra!

¿Indicaba que se presentarían algunos obstáculos en la senda de Warren Barringer?

¡Solamente La sombra lo sabía!

CAPÍTULO V

EN NEWBURY

CUANDO Warren Barringer llegó a la ciudad de Newbury, la tarde siguiente, se inscribió seguidamente en el Hotel Centuria, luego telefoneó a Horacio Farman, para fijar la hora de una entrevista.

El abogado no se encontraba en su despacho cuando telefoneó, pero su secretario concertó la hora de la visita del joven. Entretanto, Warren, sentado en la habitación del hotel, pensaba en los hechos que le habían conducido hasta allí.

Parecíale extraño encontrarse en la ciudad donde había nacido. Newbury, tal como la veía desde el hotel, era una ciudad próspera. Gustábale y se alegraba de haber regresado. Con la fortuna que iba a recibir, podría fijar su residencia allí y vivir confortablemente.

Lamont Cranston había insinuado la posibilidad de que sus parientes le recibiesen con hostilidad. Recordando las palabras del millonario se percató de que éste había formulado algunos comentarios sutiles.

En realidad, Lamont Cranston había sugerido la posibilidad de alguna desavenencia entre los herederos, al mismo tiempo que le advertía que vigilase alerta. Warren prometió comunicarle todo cuanto ocurriese al respecto. Mas, habiendo llegado ya a Newbury, tomó la decisión de no molestarle.

Creía que su amigo ya había hecho bastante, al tener la bondad de ponerse en contacto con Horacio Farman. Sucediere lo que sucediera, el joven estaba resuelto a enfrentarse personalmente con todas las posibles contingencias.

Cuando llegó la hora de la cita, Warren se hallaba ya en la oficina. El secretario le introdujo al despacho particular del abogado. Warren estrechó la mano de un anciano encorvado de

hombros, que le saludó con una sonrisa amable.

A Warren Barringer le gustó Horacio Farman. El abogado se mostró amable desde un principio. No obstante, era evidente que sus deberes de abogado eran el motivo principal de su amabilidad. Empezó a discutir el asunto puramente desde el punto de vista de un abogado.

Explicó:

—Los términos del testamento están claros. El mayor de los herederos supervivientes de la fortuna de Caleb Delthorn, recibirá la mitad de la herencia en una fecha especificada, a condición de que haga acto de presencia en Delthorn Manor. Los demás recibirán una parte igual de la mitad restante.

"Dado que existen cuatro herederos secundarios —prosiguió—, quiere decir que cada uno de ellos recibirá una octava parte. Esta es la porción que le corresponderá a usted, siempre que de aquí a la fecha marcada no ocurra nada que modifique la situación.

—¿Qué podría modificarla?

—Diversas circunstancias —repuso Farman—. No las he discutido en detalle, pues mi posición deber ser de una imparcialidad absoluta. Sin embargo, opino que tengo el deber de explicar una posibilidad que fue rechazada, dado que concierne a usted.

"En nuestra reunión preliminar suscitóse la cuestión de su elegibilidad como heredero. Se sugirió que usted no había establecido sus derechos, alegando que su ausencia era una prueba evidente de ello. De haber quedado eliminado en dicha reunión, habría sido necesario entablar un litigio para reconocer sus derechos como heredero.

Warren preguntó:

—¿Quiere decir que los otros herederos querían mi eliminación para recibir ellos una mayor parte?

—Eso pareció ser el motivo —confesó el abogado—. No obstante, Winstead Delthorn rechazó la proposición. Él decidió que usted tenía derecho a su parte.

—Un amigo —sonrió Warren—. Me agradaría conocer a Winstead Delthorn.

—No fue, precisamente, un rasgo de amistad —repuso Farman—, lo que inspiró a su pariente a decidir en su favor. En realidad,

vaciló, mas, finalmente, siguió el sentido del deber. Winstead podía permitirse el lujo de ser imparcial. Él recibe el cincuenta por ciento de la herencia, independientemente de los otros herederos.

—¡Comprendo! —exclamó el joven—. ¡Naturalmente! Winstead es el mayor y le toca la mitad. La discusión versaría sobre el reparto de la otra mitad.

—Exacto —corroboró el abogado.

—Perfectamente. No hay más que hablar. Ya hay un acuerdo —dijo Barringer—. Todo terminará bien. Yo estoy satisfecho.

El abogado miró pensativamente al joven. Comenzó a tamborilear sobre la mesa. Algo que observara en la expresión franca de su visita, le indujo a reanudar la discusión.

En tono paternal dijo:

—Warren, yo he estado encargado de los asuntos de la familia Delthorn durante muchos años. Caleb me protegió cuando yo era un abogado muy joven; yo le admiraba y apreciaba como amigo.

"Pero —continuó tras una pausa—, no tuve más remedio que convencerme de que los Delthorn son desagradecidos y avariciosos. De todos ellos, no hay más que uno que sea noble y generoso. Hablo de Marcia Wandrop, la nieta más joven, la que vivía con su abuelo.

"Marcia es una joven agradecida; no obstante, ha vivido cohibida y por ello es una chica reservada que a veces siente cierta melancolía. Cuando conozca a sus primos hallará que tres de ellos (Winstead, Humphrey y Jasper) le reciben con marcada hostilidad.

"Solamente Marcia le recibirá cordialmente; sin embargo, no podrá usted comprenderla. La muchacha lleva una vida solitaria. Tiene pocas amistades, ninguna amiga de verdad, que yo sepa. No quiere mucho a sus parientes porque desconfía de todos ellos.

"Lo siento por la muchacha. Quizá ha confiado ella a alguien sus más íntimos pensamientos. De ser así, ignoro quién puede ser el confidente.

Terminado el desagradable resumen de la situación, Horacio Farman hizo una pausa. Observó atentamente el rostro franco del viajero y luego reanudó su discurso con tono paternal.

—Cuando supe que venía a esta oficina, me temí encontrar en usted otro ejemplar de una generación decadente. Mas descubrí que no poseía usted ninguna de las desagradables características de la familia Delthorn y, por lo tanto, le aconsejo que no trabe mucha

amistad con sus parientes.

"La tentativa de desheredar a usted —prosiguió el anciano abogado—, obedeció a un esfuerzo coordinado de parte de Humphrey Delthorn y su hermano Jasper.

"La acción concertada me produjo cierta aprensión. Queda cerca de un mes de tiempo antes de llevarse a cabo el reparto de la herencia. Abrigo la esperanza de que, entretanto, no surgirá ninguna complicación.

El anciano abogado sonrió levemente. No hizo ningún otro esfuerzo por continuar. Parecía dejar los comentarios para Warren Barringer. El joven asintió con la cabeza, pensativamente, diciendo:

—Comprendo por qué está usted inquieto. Si Humphrey y Jasper no están satisfechos, quizá intenten insistir. No obstante, no dependo de este legado. Poseo una fortuna regular que me dejó mi padre.

Warren Barringer se levantó de su butaca. Avanzó para estrechar la mano de Horacio Farman. El anciano abogado indicó con un gesto que volviera a sentarse.

El joven extrañaba el motivo que Farman tenía para desear continuar la entrevista. El móvil resultó evidente cuando el abogado habló.

—Warren, puedo serle franco ahora —dijo—. Consideraba que tenía el deber de explicarle la situación de la herencia de Delthorn a las partes interesadas, pero reprimí mi deseo, porque opinaba que era imprudente señalar los puntos débiles del testamento de Caleb Delthorn a los que buscaban una ocasión de aprovecharse egoístamente.

"Puesto que usted ha mostrado sus verdaderos sentimientos —prosiguió—, puedo cumplir mi deber en lo concerniente a usted. Le explicaré por qué estoy satisfecho del testamento de su difunto abuelo. No se me ocurrió tal cosa hasta la otra noche, cuando Humphrey y Jasper demostraron sus avariciosos y perversas miras.

"Averigüé entonces que el testamento debería haber señalado a los herederos. Lo descubrí no sólo por el intento de desheredar a usted, sino por otra razón de más peso que, espero, no han descubierto Jasper ni Humphrey todavía.

Cuando Farman hizo una pausa, su joven cliente observó:

—No acierto a comprender el motivo ¿Quiere decir que pueden

presentarse otros reclamantes, dentro de un mes?

—No —respondió el anciano meneando la cabeza en señal negativa—. El defecto del testamento consiste en el reparto de la fortuna. Una persona debe recibir la mitad. ¿Quién es el beneficiario, Warren?

—Winstead Delthorn —respondió el joven, prontamente.

—No —replicó el abogado—. ¡No es Winstead Delthorn! ¡El que recibirá la mitad de la fortuna será el mayor de los herederos legítimos que estén vivos, el mayor entre los supervivientes, en la fecha en que ha de realizarse el reparto de la herencia!

El anciano abogado tamborileaba en la mesa, al hablar. Observó un destello de comprensión en el rostro de Warren Barringer.

El joven habló, de repente:

—Quiere decir que si Winstead Delthorn no comparece esa noche, o sí...

Interrumpió el abogado:

—Quiero decir que la mitad de la herencia, va a parar a manos del mayor de los herederos supervivientes. Actualmente, esa persona es Winstead. Espero que no se habrá alterado la situación la noche fijada. De lo contrario, el estado de la fortuna habrá sufrido una modificación.

—¿Por qué dice usted eso? —balbuceó Warren—. ¡Ha dado usted expresión a un pensamiento horrible, señor Farman! No puedo creer que exista alguien que desee eliminar a mi primo con el objeto de apoderarse de la parte que a él le corresponde.

—Abrigo la esperanza de que no ocurrirá nada semejante —asintió el abogado—. No obstante, tales cosas pueden suceder. He hablado a usted, Warren, porque es un hombre honrado; también, porque usted es el cuarto en la línea de sucesión.

"Mas, pensé —prosiguió—, que sería imprudente sugerírselo a Humphrey Delthorn quien resultaría beneficiado en caso de morir Winstead, antes de efectuar el reparto. También vacilé en decírselo a Jasper. Al disminuir la cantidad de herederos aumentaría su parte. Además, solamente Winstead y Humphrey le preceden. De todos los Delthorn, Jasper es el menos escrupuloso.

El abogado se levantó y acompañó a Warren a la puerta.

Advirtió:

—Guarde silencio. Esta conferencia ha sido estrictamente

confidencial. Creía que tenía el deber de informarle acerca de estas lamentables posibilidades. Se ha intentado eliminar a un heredero. Han fracasado al quererlo hacer abiertamente; mas puede intentarse hacerlo en secreto.

"Recuerde que soy un asesor —el anciano abogado posó una mano en el hombro de Warren—, y ocurra lo que ocurra puede contar con mi consejo. Al mismo tiempo, soy el representante imparcial de todos los herederos. Comuniqué a usted mi opinión solamente porque las circunstancias estuvieron a punto de perjudicarlo.

"Sus parientes —siguió—, conocen su regreso. Probablemente querrá usted verles, especialmente ya que, a excepción de Jasper, todos viven en la vieja casa solariega. Pero —los ojos del abogado chispearon—, sería conveniente que recordase usted mi consejo. Trátelos con cordialidad, mas con cierta reserva, hasta que se efectúe el reparto de la herencia.

Barringer movió la cabeza en señal afirmativa al salir del despacho del anciano abogado. Camino del hotel, meditó sobre las posibilidades apuntadas por Horacio Farman. Al fin, el día espléndido dispuso sus aprensiones.

Horacio Farman había sugerido ciertas posibilidades siniestras. En opinión de Warren Barringer, que era un joven recto, esos pensamientos eran fantásticos, y no entraban en el radio de lo posible.

CAPÍTULO VI

WARREN BARRINGER ENCUENTRA UN AMIGO

AQUELLA noche, después de cenar, Warren Barringer fue al teléfono del hotel y llamó a Delthorn Manor.

Una voz solemne le respondió.

—Deseo hablar con el señor Winstead Delthorn —anunció Warren—. ¿Está en casa?

—El señor Winstead Delthorn está ocupado —fue la respuesta—. ¿Quiere dejar algún recado, señor?

—Sí —repuso Warren—. Dígale que su primo Warren Barringer le llama.

—Sí, señor, espere un momento, haga el favor.

Unos minutos después la misma voz habló por el teléfono. El joven comprendió que le hablaba un criado.

—Lo siento, señor Barringer —se lamentó el locutor del otro extremo del alambre—, pero el señor Winstead Delthorn dice que no puede hablar con usted en este momento. No obstante, señor, dice que usted, puede venir a esta casa en cualquier momento que guste. Será bien recibido.

Warren Barringer se llenó de indignación. Vió el móvil del mensaje.

Winstead Delthorn manifestaba de una manera clara por medio de un sirviente, que no deseaba conocer a su primo. Al mismo tiempo, Winstead cumplía su deber como nuevo dueño de Delthorn Manor. La puerta estaba abierta, caso de que Warren quisiera ir allí.

El primer impulso que tuvo el joven fue replicar con un mensaje violento; decirle al criado que su dueño no sería molestado con la visita de su primo.

Mas al empezar a hablar, comprendió que ésta sería,

precisamente, la respuesta que Winstead quería. Conteniendo su indignación Barringer contestó: —Diga al señor Delthorn que acepto su invitación. Quizá le visite personalmente mañana por la noche.

A pesar de su temperamento pacífico, Warren Barringer se indignaba cuando lo trataban injustamente. En esta ocasión manifestó su enojo colgando con violencia el receptor y dirigiéndose, ceñudo, al vestíbulo.

Un hombre se incorporó de una butaca y le cerró el paso. Le preguntó:

—¿Es usted Warren Barringer?

—Sí —respondió el joven, calmándose rápidamente.

No le gustaba el rostro del individuo. ¿Qué quería?

—Soy Jasper Delthorn —manifestó el desconocido—. Farman me dijo que te encontrabas en Newbury. Me alegro de conocerte.

Warren estrechó la mano que su primo le tendía. Su primer impulso fue declarar hostilidad. El rostro de Jasper Delthorn era antipático. Sus ojos hundidos, labios groseros y expresión burlona, producían una impresión desagradable.

Un factor indujo a Warren a aceptar la presencia de su primo Jasper: el desaire que había recibido de Winstead.

—Hola, primo Jasper —dijo—. Me alegro de conocer a un pariente que no siente que yo haya regresado a Newbury.

Una sonrisa siniestra se dibujó en los labios del otro.

—¿A quién hablabas por teléfono? —preguntó—. ¿A mi hermano Winstead?

—A su criado —declaró Warren—. Al parecer, Winstead se negó a hablarme.

Jasper rió.

—Winstead es así. Ese hermano mío está fosilizado. Aparenta veinte años más de los que tiene. Humphrey es por el estilo. ¿Qué te dijo Wellington? ¿Que la puerta estaba abierta, etc., etc.?

—Así es.

—También la casa está abierta para mí. Mas no hay miedo de que yo vaya a vivir en aquel cementerio. A mí, que me den mi club. No hay sitio mejor. Ven conmigo al Club City.

Warren aceptó la invitación. Se imaginó que cuanto más tratara a su primo, más antipático le resultaría. No obstante, aquella invitación parecía sincera.

Le acompañó a la calle y juntos fueron a un edificio situado a una manzana de distancia que ostentaba el nombre de "Club City" en la puerta.

Warren observó que su pariente había estado bebiendo, pues caminaba con paso inseguro al entrar en el comedor. Jasper desplomóse sobre una silla, junto a una mesa y agitó la mano en torno a la sala.

—¿Te agrada el "Club City"? —inquirió—. No es malo el lugar, ¿eh?

—Magnífico —comentó Warren. Jasper observó a un hombre que se hallaba en el otro lado de la sala y le hizo señas. El joven vio que el caballero llamado vacilaba; luego le vio levantarse y aproximarse a la mesa donde los dos primos estaban sentados.

—Te presento a Clark Brosset —anunció Jasper—. Es un personaje en el club. Un personaje en Newbury. ¿Qué tal, Clark? Mi primo Warren Barringer.

El joven se incorporó para estrechar la mano del recién venido.

Clark Brosset era un hombre de unos cuarenta años. Tenía un rostro severo y aristocrático.

—Me alegro de conocerle, señor Barringer —dijo Brosset—. Quizá le interese saber que conocía a su padre cuando vivía en Newbury. Recuerdo haberle visto cuando era un niño. Tengo el gusto de darle la bienvenida al regresar a la ciudad donde usted nació.

—Clark es un gran personaje —comentó Jasper—. Conoció a tu padre, Warren, ¿lo has oído?

Delthorn extrajo una botella de un bolsillo, que descorchó y ofreció a sus compañeros al sentarse.

—Eche un trago —invitó—. Es estupendo...

Los ojos de Clark chispearon... Interrumpió en tono severo a Jasper:

—Se prohíbe beber en el club —declaró—. Usted conoce el reglamento, Jasper. Lo ha quebrantado con demasiada frecuencia.

Jasper Delthorn esbozó una sonrisa de borracho. Llevóse la botella a los labios y tomó un buen trago. Tapó con el corcho la botella y se la guardó en el bolsillo, con una risita de mofa.

Clark Brosset volvióse hacía Warren Barringer y reanudó la conversación.

Como Farman, parecía ser que Brosset se daba cuenta del valor del joven Barringer. No haciendo caso de las observaciones de Jasper Delthorn, continuó hablando con Warren.

Mientras los dos hombres conversaban, Jasper estuvo acurrucado en su sillón echando un trago de vez en cuando de la botella. Su jovialidad disminuía. Al fin aprovechó un alto en la conversación para insertar una frase burlona.

—Clark es un personaje —dijo—. Cree que es el dueño del "Club City". Posee una cuantas fincas en Newbury, pero no es el amo de este club.

Tras estas palabras sacó de nuevo la botella del bolsillo y se la llevó a los labios. Brosset trató de sacársela; la botella cayó haciéndose añicos en el suelo.

Profiriendo un furioso gruñido, Jasper se puso en pie de un salto y acometió a Clark Brosset. Éste actuó con rapidez. Incorporándose, esquivó el golpe de su atacante y le derribó de un puñetazo. El borracho cayó junto a la pared, mascullando juramentos.

Varios miembros del club se pusieron en pie seguidamente y acudieron en ayuda de Clark Brosset. Era innecesario. Jasper Delthorn, a pesar de su estatura, estaba demasiado borracho para poder levantarse del suelo.

—Bien hecho, Clark —aprobó una voz.

—Suspenda a Delthorn como miembro —sugirió otro—. Ya estamos hartos de él.

Clark Brosset alzó la mano reclamando silencio. Enfrentándose con el caído pronunció fríamente un ultimátum inconfundible.

—Jasper Delthorn —dijo—, en calidad de presidente del club le doy a usted un último aviso. En cuanto se repita otra escena como ésta, será usted expulsado inmediatamente. No ponemos veto a sus hábitos. Puede beber cuanto se le antoje. Pero beba en otra parte y pórtese como es debido aquí.

Un rumor de aprobación partió de los oyentes. Warren Barringer permaneció silencioso. Se sentía nervioso por haber sido llevado allí, por un miembro de tan escaso prestigio.

Su primo murmuraba aún, mas sus juramentos apenas se oían. Logró ponerse en pie y luego se tambaleó.

—Llévenlo a su habitación —ordenó Clark Brosset.

Dos empleados vestidos de uniforme avanzaron y cogieron al

borracho antes de que se cayese.

Warren Barringer observó cómo sacaban del salón a su primo. Lleno de embarazo, volvióse hacia el presidente. Fue saludando con una sonrisa.

Poniendo una mano en el hombro del joven, Brosset habló a la docena de caballeros presentes.

—Señores —anunció—, tengo el gusto de presentarles a Warren Barringer. Es un nieto de nuestro difunto amigo Caleb Delthorn. El padre de Warren era un hombre que yo conocía y admiraba. El muchacho acaba de llegar a Newbury tras una ausencia de muchos años. Le he dado la bienvenida y abrigo la esperanza de que ustedes harán lo mismo.

La petición fue acogida con una respuesta entusiasta. Los otros caballeros se aproximaron para hablar a Warren. La recomendación de Clark contrarrestó la mala impresión que el joven temiera.

Media hora más tarde, Warren Barringer y Clark Brosset estaban sentados en una sala del primer piso del "Club City". El lamentable incidente había servido para cimentar una amistad.

Hablando, los dos hombres habían encontrado que tenían intereses comunes.

Clark Brosset, un acreditado negociante en fincas y terrenos, era un hombre cuya familia, como la de los Delthorn, había vivido desde hacía mucho tiempo en Newbury.

—Le recomendaré para que sea admitido como socio del club —observó Brosset—. Encontrará que es un lugar agradable donde pasar el tiempo. Especialmente ahora que somos amigos.

"Siento tener que decir que Jasper es un necio. Tiene el don de hacerse antipático; bebe con exceso, lo que ha exagerado la semana pasada y esto aumenta la mala impresión que se ha creado.

—Lo conocí en el hotel —explicó Warren—. Se me acercó y me saludó. Como se trataba de mi primo...

—Lo comprendo —interrumpió Brosset—. A veces es una desgracia tener cierta clase de parientes. ¿Se ha visto con alguno de los hermanos de Jasper?

—No —respondió Warren—. Pero pienso visitar a Winstead mañana por la noche.

Brosset observó la expresión de su joven amigo y enarcó las cejas interrogadoramente. Warren lo vio y se apresuró a explicar los

detalles de la llamada telefónica. La conversación sostenida con Wellington.

—Eso es muy propio de Winstead —comentó—. ¿Por qué ha de molestarle en visitarlo?

—Iré a verle... una sola vez —repuso Warren—. Mañana por la noche. Ofreceré a Winstead la ocasión de ser buenos amigos. Después, habré terminado para siempre con él.

—Terminará sus relaciones con él —sonrió Brosset—, con una entrevista se convencerá usted de su carácter adusto. Cuando le haya visto, amigo Warren, pásese por aquí. Se alegrará de poder hablar con una persona sociable como yo, por ejemplo, después de pasar media hora con el erizo de su primo.

—De acuerdo —asintió el joven, levantándose para salir—. Veré a usted mañana por la noche, Clark.

De regreso en el Hotel Centuria, exhaló un suspiro de alivio. Estaba contento de haberse librado de la presencia de su primo y aun más satisfecho estaba de haber tratado amistad, con un personaje tan influyente como Clark Brosset.

Sí, pensó, contaba con un verdadero amigo. Podía confiar en Clark Brosset.

La suposición resultó casi profética.

Durante los días venideros, sucederían muchas cosas extrañas, destinadas a depositar mayor confianza aun en su nuevo amigo. Warren Barringer descubriría que Clark Brosset era un hombre capaz de dar un buen consejo.

La Sombra no había previsto que su protegido encontraría un amigo de tanta influencia en Newbury.

CAPÍTULO VII

MUERTE EN LA CASA SOLARIEGA

CUANDO Warren Barringer llegó a Delthorn Manor, la noche siguiente, usó el camino que tomara Horacio Farman.

La mayoría de los visitantes entraban por la calzada lateral. El joven tomó el sendero estrecho de la parte delantera de la casa. Además, en lugar de tocar el timbre, golpeó con la pesada aldaba de bronce.

Wellington abrió la puerta. El sirviente, sorprendido momentáneamente, dio un paso atrás. Esperaba ver a Horacio Farman y no a un desconocido.

Warren, aunque extrañando la acción del criado, no hizo ningún comentario.

Se anunció dando el nombre de Warren Barringer.

Wellington hizo una profunda reverencia y se dirigió hacia la escalera que conducía al segundo piso.

El joven le siguió con la mirada. Observó las grandes puertas que cerraban la entrada a la vasta sala de recepción. Dirigió la mirada en otra dirección y vio la puerta de un gabinete. Observó otras puertas y comprendió, entonces, que los visitantes debían entrar por la puerta lateral de la casa.

Parecióle que había invadido un recinto privado. El silencioso vestíbulo, iluminado por unas bombillas eléctricas, parecía formar parte de una casa deshabitada.

El joven sonrió. Delthorn Manor podía ser su propia casa, si él insistiese en vivir allí.

Sonaron unas pisadas en la escalera.

Warren alzó la vista, sintiendo una pisada más ligera que la del criado. Vio a una joven descendiendo la escalera.

La muchacha hizo una pausa momentánea al observar al desconocido, luego continuó descendiendo y finalmente volvióse en dirección al gabinete.

Warren Barringer avanzó.

Preguntó:

—¿Es usted Marcia Wandrop?

—Sí —respondió la joven, en tono incierto—. ¿Ha venido usted a verme?

—También a usted —respondió Warren—, soy su primo, Warren Barringer.

—¡Oh! —exclamó sorprendida la muchacha—. Ahora recuerdo. Winstead mencionó que usted había llegado a Newbury.

Warren hizo una reverencia. Esperaba que Marcia hiciera algún otro comentario, pero la muchacha permaneció silenciosa. Observando el rostro de su prima, el joven comprendió que Horacio Farman describió con exactitud a Marcia. Su prima era muy reservada. Su rostro mostraban un aire de preocupación y tristeza.

Observó Warren:

—He venido a visitar a Winstead Delthorn. También esperaba ver a usted, Marcia. Produce alegría hablar a los parientes después de unos años de ausencia.

Marcia continuó sin despegar los labios. Su rostro nublado parecía indicar que, según su experiencia, discrepaba de la opinión del joven sobre los parientes. El silencio de la muchacha se hizo embarazoso, hasta para una persona tan afable como Warren Barringer.

Una interrupción terminó el esfuerzo que hacía Warren para iniciar la conversación. El criado apareció en la escalera anunciando que el visitante podía subir.

Dirigiendo una sonrisa a su prima, Warren ascendió la escalera. El sirviente le condujo por un pasillo, se detuvo delante de una puerta situada a la derecha y llamó golpeando con los nudillos.

Una voz gruñona dio la orden de entrar. El criado abrió la puerta para dejar paso a Warren.

La primera impresión del visitante de Winstead Delthorn fue la de un hombre delgado, de rostro avieso apoyado en una mesa enorme situada en el centro de una espaciosa habitación.

El cuarto era un estudio anticuado, con muebles viejísimos.

Winstead Delthorn, sentado en su sillón gigantesco, causó a Warren la impresión de un cacahuete presto a reventar.

—¿Es usted Warren Barringer? —preguntó Winstead, con acritud.

—Sí —respondió el joven.

—Tome asiento —Winstead señaló una silla junto a la mesa—, y dígame el propósito de su visita.

Warren Barringer accedió. Miró fríamente a su primo. Evidentemente, Winstead esperaba oírle exponer el motivo de su visita. El visitante decidió satisfacer su deseo.

En tono reposado, dijo:

—Cuando se ha estado ausente en el extranjero durante muchos años, usualmente se visita a sus parientes al regresar. Éste es mi caso.

—Supongo —repuso el dueño de la casa—, que espera que yo considere eso como un impulso natural. Yo no he experimentado jamás semejante deseo.

—No —replicó Warren, con acento enfático—; lo considero más bien como un acto de cortesía. Mas opino que cuando un viajero regresa de países remotos, debe ser natural que sus parientes le reciban cortésmente.

—¿Es esto —preguntó Winstead—, una crítica de mis actos?

—No es una crítica —repuso Warren—. Es simplemente un comentario. He expuesto lo que cualquier persona dotada de cierta inteligencia, consideraría como un acto normal. Si usted carece de la cortesía fundamental en un ser humano, es una desgracia suya, no mía.

El mayor de los Delthorn se puso en pie de un salto. Tenía el rostro congestionado de rabia. Golpeó con furia sobre la mesa.

Gritó:

—¡Esto es un ultraje! Olvida que soy el cabeza de la familia Delthorn. No estoy aquí para recibir insultos de un advenedizo como usted.

—Desde luego que no —respondió su interlocutor poniéndose en pie también—. Prefiere insultar como anoche.

—¡No puedo tolerar esto! —rugió Winstead—. En mi propia casa, se atreve a ofenderme. ¡Doy gracias a Dios que no lleva usted el nombre de Delthorn!

Warren Barringer crispó los puños. Erguido sobre su primo, parecía dispuesto a vengar este último insulto. Se contuvo haciendo un poderoso esfuerzo.

—¡Wellington! —chilló Winstead—. ¡Wellington! ¡Venga en seguida!

Poseído de furia, dirigió una mirada fulminante a su primo.

La puerta se abrió. El criado entró en el despacho. El dueño habló de nuevo a su visitante.

—No puedo ordenar que lo echen de esta casa —declaró—. No obstante, espero que se marche al instante. Puede volver cuando guste, sólo porque tiene derecho a ello; mas no espere volver a entrevistarse conmigo.

—Me marchó —observó Warren en tono pausado—. Voy a decirle una última palabra, Winstead Delthorn. Escuche, si pretende librarse de mi presencia.

"Ha manifestado usted que se alegra de que yo no lleve el apellido de Delthorn. Permítame decirle que yo también me alegro de ello, ahora que he comprobado qué clase de sujetos de baja estofa lo ostentan.

Tras estas palabras giró sobre sus talones, sin prestar atención a los insultos de despedida que su primo pronunciaba. Esperó que Wellington cerrase la puerta, luego acompañó al mayordomo escaleras abajo.

—Buenas noches, Wellington —dijo, al acercarse a la puerta.

—Buenas noches, señor —respondió el criado—. Buenas noches, señor Warren.

Observando el rostro del mayordomo a la luz tenue, el joven vió un destello de aprobación dibujado en sus facciones. Recordó que este hombre había servido a su abuelo y pensó que probablemente compartía su opinión acerca del heredero principal.

Poco después de la partida de Warren, la joven Marcia regresó procedente del gabinete. La muchacha llevaba en la mano su abrigo y su sombrero. No había presenciado la violenta escena ocurrida entre los primos. Observó a Wellington de pie en el vestíbulo.

—¿Se ha marchado el visitante, Warren Barringer?

—Sí, señorita Marcia —respondió el criado.

—Me habría gustado hablar con él —declaró la muchacha—. Su llegada fue tan inesperada. No supe qué decir... Supongo que

vendrá otra vez.

Marcia ascendió la escalera. Wellington cruzó el gabinete. La casa quedó sumida en un silencio sepulcral. La tenue luz arrojaba un resplandor morboso por el solemne vestíbulo.

En el estudio, Winstead Delthorn seguía gruñendo furioso.

—¡El advenedizo! —murmuró—. ¡Habría tenido la audacia de hablar a Wellington después de salir de este despacho! ¡Lo averiguaré!

Levantándose súbitamente de su mesa, se paró a escuchar. Se imaginó oír un ruido cercano. Miró con recelo a su alrededor; luego abrió la puerta y salió al pasillo de la escalera. Se detuvo al llegar al rellano superior.

Este descansillo formaba un hueco peculiar que sobresalía del segundo piso.

Terminaba bruscamente en los escalones que descendían.

Winstead Delthorn, parado y envuelto en una oscuridad completa, posó la mano en la barandilla y escudriñó el fondo de la escalera para ver si Wellington se encontraba por allí.

El pálido rostro del primogénito de los Delthorn, se destacaba espectral en la oscuridad. El lado de la escalera, como las paredes del pasillo, estaba compuesto de entrepaños oscuros que aumentaban la lobreguez del lugar.

No estando seguro de que su visitante se había marchado, Winstead Delthorn escuchó en silencio. ¡Si el advenedizo se hallaba abajo aun, hablando con Wellington, tomaría una determinación!

Warren era un pariente y en consecuencia estaba inmune de la furia de Winstead, pero Wellington era un simple criado. De naturaleza mezquina, el dueño abrigaba la esperanza de sorprender al mayordomo hablando en secreto con Warren.

Transcurrieron varios minutos mientras escuchaba. De repente sus oídos percibieron el mismo sonido que se imaginaba oír desde el estudio. No acertaba a localizarlo. El ruido era levísimo, no más que un rumor sordo.

Instintivamente, volvióse. Una exclamación brotó de sus labios cuando dos manos férreas le asieron la garganta en la oscuridad. Forcejeando para librarse de la terrible presa, se tambaleó hacia la pared. Las manos que le estrangulaban se deslizaron de la garganta a los brazos.

Un grito de triunfo brotó de los labios de Winstead al quedar momentáneamente libre; el grito de triunfo se trocó en otro de reconocimiento. Un instante después, su cuerpo vacilante era empujado hacia el borde de la escalera. Su poderoso asaltante le dio un terrible empujón.

Lanzado hacia atrás, cayó escaleras abajo. Su grito de terror esparció sus ecos por el lugar. Su cabeza chocó con los escalones.

El chillido terminó cuando el cuerpo continuó descendiendo, rebotando de peldaño en peldaño, estrellándose finalmente en el suelo del vestíbulo inferior.

Rodando por el suelo unas cuantas veces, el cuerpo de Winstead Delthorn quedó inerte, tendido grotescamente. Inmóvil. Muerto. La cabeza torcida indicaba que tenía el cuello roto.

Reinaba una oscuridad total en lo alto de la escalera. No aparecía ninguna señal del asaltante. Tan sólo los ecos del terrible golpe se extendieron hasta esfumarse por Delthorn Manor.

Transcurrieron varios segundos. Apareció Wellington, del lado del gabinete.

El mayordomo avanzó precipitadamente al observar el cuerpo tendido en el suelo.

Su grito de terror fue recogido en lo alto de la escalera. Marcia Wandrop había surgido arriba. Agarrándose a la barandilla descendió presurosa para reunirse con Wellington.

Mientras los dos se inclinaban sobre el cadáver, llegó otra persona procedente del gabinete.

Humphrey Delthorn, que saliera a la calle temprano aquella noche, regresaba en este momento. Este hombre, casi la imagen exacta de su hermano muerto, avanzó corriendo a reunirse con los que estaban al pie de la escalera, contemplando el cadáver.

—Yo me encontraba en el gabinete, señor Humphrey —explicó el criado—. Oí que alguien rodaba por la escalera. Llegué después de la caída.

—Si —asintió Marcia—. Yo oí el ruido desde mi habitación. Llegué a la escalera al mismo tiempo que Wellington.

—¡Es un accidente terrible! —exclamó Humphrey—. Terrible. Terrible. Tenemos que llamar a un médico al instante.

El doctor llegó para declarar que Winstead Delthorn estaba muerto. El cadáver fue llevado a una habitación del primer piso. El

médico asistió a Marcia que sufría una crisis de nervios. Wellington subió a recibir instrucciones del galeno.

Humphrey Delthorn quedó solo en el vestíbulo inferior. Se paseó de un lado a otro del lugar donde culminara la tragedia. Recordó las palabras que había pronunciado. Sí, en efecto, era un accidente terrible.

De repente una sonrisa leve se dibujó en su rostro enjuto.

Un accidente terrible, mas no lamentable del todo. El heredero principal estaba muerto. Humphrey era el mayor de los supervivientes.

¡El jefe de la familia Delthorn!

El actual beneficiario emitió una risita ahogada. Luego su rostro maligno se empezó a nublar.

Empezó a meditar sobre la extraña suerte que había producido la muerte accidental. En su rostro se dibujó un aire de preocupación.

Murmuró:

—¡Es un asesinato! ¡Un crimen! ¡Alguien ha asesinado a mi hermano Winstead!

CAPÍTULO VIII

LA SOMBRA LO SABE

UN hombre de cara rechoncha hallábase sentado, en una mesa de escritorio de una oficina de Nueva York.

Desde su ventana divisabase una serie de rascacielos de Manhattan. No obstante, la vista de la ciudad no ofrecía ningún interés al metódico individuo.

Su atención concentrábase sobre un montón de periódicos que yacían sobre la mesa.

Uno de éstos era un diario de la ciudad de Newbury. El individuo de rostro gordinflón echó una ojeada a las columnas. Llegó a una noticia que anunciaba el entierro de Winstead Delthorn. En el momento mismo en que el hombre cogía unas tijeras para recortar la noticia, el teléfono de la mesa repiqueteó.

Respondió a la llamada.

Dijo en tono reposado:

—Sí, soy Rutledge Mann. Sí, señor Barker. Ciertamente. Tendré mucho gusto en averiguar lo relativo a Cobre Leviatan. Sí, puede ser una inversión sólida. No obstante, tengo mis dudas.

Terminada la conferencia, volvió a coger las tijeras y recortó la noticia referente al funeral de Winstead Delthorn. Leyó el recorte cuidadosamente.

Observó especialmente dos palabras que resaltaban: Formaban la frase muerte accidental.

Añadió el recorte a otros que había encima de la mesa. Cogió otros periódicos —un diario de Cincinnati— y recortó una historia de la primera página que relataba la asombrosa captura de un trío de ladrones de Bancos. La Policía se había presentado en respuesta a una llamada de alarma, encontrando a los ladrones encerrados en

la cámara acorazada del Banco, los tres en un estado de aturdimiento. Los detenidos no pudieron explicar cómo habían entrado allí.

Rutledge sonrió al agregar este recorte a los otros. Dudó de que sería necesario. Pues Rutledge, agente de enlace de La Sombra, realizaba la labor de recoger datos e información general referente a los crímenes y delitos que podrían interesar a su misterioso jefe.

¡No era necesaria mucha sagacidad de parte de Rutledge, para decidir que La Sombra debía conocer todo lo relacionado con el frustrado robo de Cincinnati! La hazaña de encerrar a tres ladrones en la cámara acorazada de un Banco, no podía haber sido realizada más que por La Sombra.

Cuando Rutledge introducía el recorte en un sobre, se detuvo y examinó de nuevo el referente al entierro de Winstead Delthorn. Un aire de preocupación cubrió el rostro del agente de enlace.

Unos días antes, había recortado una noticia relativa a la muerte accidental de Winstead Delthorn. Obedeciendo instrucciones repasó la Prensa de Newbury. Echando cálculos, se percató de que si La Sombra había ido a Cincinnati a ejecutar alguna misión especial, no podía haber recibido el primer recorte.

Sonriendo perplejo, volvió a colocar el recorte de Newbury con los otros y selló el sobre. No era su misión pensar en los movimientos de su misterioso jefe. Su único deber consistía en obedecer las instrucciones que recibía.

Terminando sus vanas especulaciones, decidió que La Sombra, con toda probabilidad, habría ideado algún otro sistema para ponerse en contacto con los sucesos de Newbury. Estos recortes servirían simplemente de comprobante.

En una ocasión, hacía mucho tiempo, Rutledge se halló al borde de la desesperación. Había sufrido un fracaso en su negocio y el porvenir se le presentaba sombrío. Fue entonces cuando recibió la extraña visita de La Sombra. Un personaje fantástico, vestido de negro, le dio unas instrucciones que él siguió al pie de la letra.

Instalado en un excelente despacho, sostenido por fondos que llegaban con regularidad por correo, continuó su negocio de agente de Bolsa. Para el mundo ésa era su única ocupación.

No obstante, secretamente obedecía las órdenes de La Sombra y servía de agente de enlace al misterioso personaje que luchaba

tenaz e implacablemente contra las hordas del crimen.

Sellado el sobre, salió de la oficina, y en un taxi se dirigió a la calle Veintitrés. Penetró en un edificio casi en ruinas y ascendió la escalera. Se detuvo delante de la puerta de una oficina desierta.

Según todas las apariencias, aquel despacho estaba desocupado. Sobre el polvoriento cristal aparecía el nombre de "Jonas", pero Rutledge Mann no había visto nunca a nadie que respondiese por ese nombre.

Con toda probabilidad, Jonas era un mito y la oficina una habitación alquilada, pero que no se abría nunca. Rutledge no tenía la menor idea de lo que podría haber tras aquella puerta. El agente de Bolsa simplemente metió el sobre en la ranura de un buzón y se alejó.

Éste era uno de los deberes cotidianos: la entrega de recortes en la oficina de Jonas. Este sobre, como otros que había depositado, llegaría oportunamente a manos de La Sombra.

En la actualidad el agente de enlace estaba parcialmente de vacaciones. Aun era temprano, pero su trabajo había terminado ese día. Tomó un taxi y se dirigió a su club. Allí encontró a un amigo que tenía un coche y juntos fueron a jugar una partida de golf en un campo de Nueva Jersey.

Una hora después de su visita a la oficina de la calle Veintitrés, pasaban delante de un aeródromo de Jersey. Contempló admirado un monoplano veloz y reluciente que en aquel momento aterrizaba.

¡Era extraño que Rutledge hubiese observado aquel avión! Pues aunque el agente de Bolsa no lo sospechó, la llegada del monoplano guardaba relación con los recortes que depositara él en el buzón de la oficina de la calle Veintitrés; y, específicamente, se relacionaba con ciertos sucesos ocurridos en la ciudad de Newbury.

En el campo de aterrizaje, un hombre saltó del aeroplano. Un chofer vestido de uniforme se aproximó y saludó.

—El coche está aquí, señor Cranston —anunció.

—Muy bien, Stanley —respondió el piloto del aeroplano—. Vamos a casa inmediatamente.

Media hora más tarde, el asombroso personaje que tenía las facciones de Lamont Cranston, se encontraba en la mansión del millonario cambiando de ropa. Interrogó a Richards mientras se vestía.

—¿No hay ninguna carta? ¿Está seguro de que no se ha recibido ningún mensaje de Warren Barringer?

—No se ha recibido ningún mensaje, señor —respondió el criado—. Se lo habría notificado a su hotel de Cincinnati, señor, según las instrucciones que usted me dio.

—Muy bien, Richards. Diga a Stanley que traiga la limousine dentro de cinco minutos. Marcho a Nueva York.

Era aún de día cuando Lamont Cranston se apeó de la limousine en la calle Veintitrés. Ordenó a Stanley que se esperase en el Club Cobalto.

Desde aquel momento, aun a la luz de la tarde, los movimientos del millonario quedaron envueltos en el misterio. Desapareció en una lóbrega callejuela situada entre dos rascacielos, sin dejar el menor rastro.

Pocos momentos después, sonó el chasquido de un interruptor en una habitación desprovista de ventanas. Unos rayos azulados enfocaron el resplandor de una lámpara sobre la superficie de una mesa.

Unas manos blancas surgieron de la nada. Unos dedos largos sujetaban sobres que Rutledge Mann, depositara en la oficina de Jonas durante los últimos días.

De un dedo de la mano izquierda, una gema extraña y fulgurante arrojaba sus destellos tornadizos hacia la luz. El girasol, el extraño emblema de La Sombra, representaba el misterio del personaje que la llevaba. Esta piedra preciosa, que fascinara a Warren Barringer, fulguraba en fantásticos colores.

Una serie de recortes cayeron sobre la mesa al abrirse los sobres. Unos dedos hábiles los separaron, buscando los del diario de Newbury. Unos ojos agudos descubrieron las noticias y las leyeron.

El primero de los recortes hablaba de la muerte de Winstead Delthorn.

Relataba que el principal heredero de los millones de Caleb Delthorn había sido hallado tendido en el suelo del vestíbulo. Winstead Delthorn, un hombre de delicada salud, sufría vértigos.

Un ataque, opinaba el médico forense, sobrevenido en lo alto de la escalera, provocó la caída. Los rebotes y golpes contra los escalones fueron la causa de su muerte.

El cadáver fue encontrado por el hermano de Winstead, su prima

Marcia y el criado Wellington.

El segundo recorte se refería al entierro. Era el que Rutledge Mann había recortado ese mismo día y no daba más información.

El girasol chispeaba cuando la mano izquierda volvió a colocar los recortes en los sobres. Una risa suave surgió de unos labios invisibles encima de la lámpara. La luz se extinguió con un chasquido.

La risa cuchicheada aumentó en sonido. Estalló en una burla estridente; sus tonos siniestros fueron devueltos por las paredes ennegrecidas.

Los ecos agonizantes vacilaron esfumándose con un ritmo prolongado y sobrenatural. Cuando sus últimas vibraciones terminaron, la habitación estaba desierta. La extraña morada de la oscuridad, el santuario de La Sombra, quedaba vacío. El dueño se había marchado.

Poco después, Lamont Cranston aparecía en la entrada del Club Cobalto.

Stanley, sentado detrás del volante de la limousine, vió a su amo y condujo el coche hasta la puerta. Subiendo al automóvil, el millonario dio una orden.

—Vaya al aeródromo, Stanley —dijo la voz de Lamont Cranston, en tono pausado—. Voy a salir en aeroplano.

El chofer movió la cabeza en señal de asentimiento y se llevó la mano a la gorra. Estaba habituado a tales órdenes. El millonario era un hombre que entraba y salía cuando le parecía.

El chofer ignoraba que el señor a quien servía, creyendo que era Lamont Cranston, era en realidad el misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra. Tampoco sabía que su amo fuese en busca de una aventura en lugar de dar un simple paseo.

Estos eran los hábitos de La Sombra. De regreso de un episodio de su pasmosa carrera contra el crimen, el rey de la noche partía a otra misión, con toda la rapidez posible, con una velocidad casi increíble.

¡La Sombra marchaba rumbo a Newbury!

CAPÍTULO IX

HUMPHREY ACUSA

MIENTRAS el aeroplano de La Sombra hendía el aire raudo y veloz hacia Newbury, un caballero utilizaba un método de locomoción más primitivo.

Horacio Farman, el abogado, caminaba laboriosamente por la acera de la avenida que conducía a Delthorn Manor.

Anochecería y el anciano se dirigió esta vez a la puerta principal de la vetusta mansión. Dio unos aldabonazos y le abrió Wellington, quien seguidamente le condujo al estudio del segundo piso.

La escena que Farman vio fue parecidísima, a la que Warren Barringer observara en su visita a Delthorn Manor hacía unas cuantas noches.

Un hombre de rostro adusto hallábase sentado detrás de una mesa de escritorio, semejante a un cacahuete seco en su cáscara, al ocupar un sillón de grandes dimensiones.

Mas en esta ocasión era Humphrey Delthorn, y no Winstead, quien ocupaba el asiento de honor. El nuevo jefe de la familia levantó la vista con aire de enojo al entrar Farman, y con el mismo gesto imperioso de la mano que su difunto hermano, le señaló una silla.

—Buenas noches, Farman —saludó Humphrey con tono áspero—. Le mandé buscar porque tengo un asunto importante que discutir con usted.

—Me lo imaginé —sonrió el abogado.

—Se trata de la muerte de mi hermano —anunció Humphrey, bruscamente.

—Fue un accidente desgraciado —observó el anciano abogado en tono solemne.

—¿Un accidente? —preguntó el nuevo cabeza de familia con acento indignado—. ¿Cree usted que fue un accidente, Farman? ¡La muerte de Winstead no fue un accidente! Sé que mi hermano fue asesinado.

Una expresión de sobresalto apareció en los ojos de Horacio Farman; la exclamación ahogada del anciano abogado, demostraba que la afirmación le dejaba pasmado de asombro. Contempló a Humphrey como quien contempla a un loco.

—¡Un asesinato! —exclamó Farman—. No puedo creerlo, Humphrey. Es completamente increíble.

—De ningún modo —repuso el mayor de los Delthorn, lacónico—. Lo sospeché aquella misma noche, al entrar y hallar a Winstead muerto. Yo carecía de pruebas entonces, Farman. Hasta pocos días después no pude empezar a formular una hipótesis.

—Pero el médico...

—Declaró que se trataba de una muerte por accidente. Guardé silencio. Desde entonces estoy cada vez más convencido de que Winstead fue asesinado por un hombre que visitó esta casa aquella noche.

—¿Sospecha de alguien? ¿De quién?

Un destello de malicia apareció en los ojos de Humphrey Delthorn, cuando soltó la bomba que tenía preparada para Horacio Farman:

—De Warren Barringer.

Horacio Farman se puso en pie de un salto. El anciano abogado ardía de indignación. Sus manos temblaron de furia.

Gritó:

—¡Es absurdo! ¡Es ridículo! ¡No tiene derecho ni a pensar en semejante cosa!

—Warren Barringer visitó a Winstead aquella noche —replicó Humphrey—. Estuvo en su despacho. Winstead murió poco después de salir ese advenedizo.

—¿Warren Barringer estuvo aquí?

—Sí y tuvo una discusión con mi hermano. He interrogado a Wellington. El criado lo ha declarado.

—Pero usted dice que Warren se había marchado.

—Exacto. Mas eso no significa que no pudo haber vuelto.

—Eso tendría que probarse, Humphrey. Usted mismo sabe que el

difunto tenía un carácter quisquillosos y pendenciero. No me sorprende que tuviera un altercado con su primo. Esto no significa nada. Especialmente dado que solamente Wellington puede declarar que Warren estuvo aquí.

—Marcia lo vio también.

—¿Marcia lo vio?

—Sí —declaró Humphrey, con una sonrisa feroz—. Warren telefoneó y anunció a Wellington que vendría a hacer una visita. Vino y el mayordomo le abrió la puerta. Warren habló con Marcia en el recibidor.

"Después de eso, Wellington condujo arriba a Warren. Marcia salió; yo me encontraba fuera de casa. No quedó más que Wellington. Confiesa, desde que le he sometido a un interrogatorio, que hubo un altercado. En realidad, Winstead llamó a Wellington y le ordenó que acompañara a Warren a la puerta.

—¿Lo hizo así el criado? —inquirió Farman.

—Declara que cumplió las órdenes —declaró Humphrey—. Le interrogué cuidadosamente sobre este punto. Mas le habría sido fácil a Warren volver y reanudar la disputa con mi difunto hermano.

—Todo esto es una mera conjetura —afirmó el abogado—. Le aconsejo que olvide este asunto.

—¿Que lo olvide? —dijo Humphrey—. ¿No se da cuenta, Farman, de que ese advenedizo debe haber amenazado a mi hermano? ¡Que murió violentamente poco después! ¡Mi propia vida puede estar en peligro!

"Aquí tengo (extrajo dos papeles del cajón de la mesa) unas declaraciones juradas firmadas por mí y por Wellington. Manifiestan los hechos que le acabo de mencionar. Le ordeno a usted que se los lleve y los guarde. Usted es mi abogado; y espero que se interese por este asunto tan importante.

—Yo represento a todos los herederos —repuso Farman—. No puedo ocuparme de esto, Humphrey. Es muy serio formular una acusación infundada contra otro hombre.

—Habla usted como Marcia —protestó Humphrey—. Ella se negó a firmar una declaración suya. Rehusó, fíjese bien, aunque se la puede obligar a declarar que vio a Warren aquí la noche que Winstead murió.

Soltó una risita y continuó:

—Afortunadamente, Wellington no pudo negarse a firmar su declaración. Le amenacé con despedirle si no declaraba la verdad por escrito. Aceptó mi ultimátum. Le he advertido que puede existir un peligro y que debe permanecer cerca de mí dispuesto a ayudarme, caso de que alguien atentase contra mi vida.

Horacio Farman abrió las manos en un gesto de completa neutralidad.

Volvióse hacia la puerta, indicando que se disponía a salir.

Humphrey Delthorn se puso en pie de un salto y le interceptó el paso.

Tronó:

—¡Comete usted un error, Farman! ¡Se arrepentirá usted de esto! Un asesino peligroso anda suelto. ¡Si yo muriese, usted tendría la culpa!

El abogado repuso calmamente:

—Le mueve a usted el odio, Humphrey. Trató usted de desheredar a su primo. Su presente conducta da la impresión de que intenta realizar lo que no consiguió antes. Permítame recordarle que la decisión, de su difunto hermano en favor de su pariente no puede ser anulada.

—¿Cree usted que me importan algo los intereses de mi pariente? —preguntó Humphrey, en tono de mofa—. ¿Qué me importa ahora? Yo soy el jefe de la familia, el mayor de los herederos. Mi parte, la mitad de la fortuna, la tengo asegurada. Simplemente quiero protegerme, estar a salvo de la amenaza que, a mi juicio, existe. Warren Barringer me tendrá sin duda rencor porque intenté proteger mis derechos en la reunión preliminar.

—¿No ha visto usted a su primo? —preguntó el abogado.

—No —repuso Humphrey—. No quiero.

—Sería conveniente que le viese y hablase —observó Farman—. Hallará que es un joven de sólidos principios.

—Si viene aquí —gruñó Humphrey—, supongo que tendré que hablarle. Tendré a Wellington cerca para protegerme. ¡Seré más precavido que Winstead!

—¿Insiste aún en su extraña hipótesis?

—Sí. Le advierto, Farman, que si no toma medidas para frustrar los planes de ese individuo, buscaré a otro abogado que aclare la

muerte de Winstead. ¿Se percata de que Warren Barringer ha salido beneficiado con el asesinato de mi hermano? La segunda mitad de la herencia se repartirá entre tres personas en lugar de cuatro.

Un destello de triunfo iluminó los ojos de Horacio Farman. El anciano abogado había encontrado la coyuntura que deseaba.

Recordaba la conversación que sostuvo con Warren Barringer; tenía la seguridad de que el joven heredero no podía haber incurrido en la tontería de cometer un crimen que el mismo Farman surgiera como amenaza potencial.

Este hecho le convenció de que Humphrey sufría un error, y también le dio la oportunidad de poner término a las acusaciones de su cliente.

El viejo abogado musitó:

—¡Si el beneficio personal ha de considerarse un móvil posible de la muerte de Winstead, no es usted quién para sugerirlo, Humphrey!

"Escuche mis palabras. Hasta la muerte de su hermano, usted heredaba solamente una octava parte de la fortuna. Ahora hereda la mitad. Usted es quien sale ganando más. ¿Sería lógico suponer que su interés en acusar a alguien de asesinar a Winstead, era un pretexto para culpar a otro del crimen que usted mismo había cometido?

Las palabras aturdieron a Humphrey Delthorn.

El hombre de rostro delgado se agarró a la mesa. Acercóse al sillón y se desplomó de repente.

Añadió Farman:

—A mi juicio, haría usted bien en olvidar sus acusaciones contra Warren Barringer, hasta que posea pruebas más tangibles que el hecho de que ese joven estuvo aquí la noche de la muerte de Winstead.

Humphrey Delthorn asintió con un lento movimiento de cabeza. Sus maneras cambiaron y en su rostro apareció un aire de animal acorralado.

Exhaló:

—Esto es terrible, Farman. No pensé en mi propia situación. Eso la empeora. Mis temores son reales. Verdaderamente creo que mi hermano fue asesinado. Si yo hablase ahora... yo mismo podría ser acusado. Me encuentro indefenso.

Declaró Farman en tono reposado:

—Ahora habla usted razonablemente, Humphrey. Olvide sus aprensiones; son el resultado de un exceso de tensión. Puedo asegurarle que su primo no cometería la estupidez de atacar a Winstead. El médico forense ha declarado que se trata de un accidente.

Suplicó Humphrey:

—¡Pero mi vida puede correr peligro! ¿No lo comprende, Farman? Quizá la tensión...

—Eso es todo —insistió el abogado—. No se deje llevar de la imaginación y se convierta en una manía. Tenga a Wellington a su lado, si continúa su aprensión. Siga mi consejo, esté tranquilo y tenga cuidado de no obrar neciamente.

—Creo que tiene razón —asintió Humphrey—. Conservaré estas declaraciones juradas y estaré alerta. Pero no despegaré los labios, y si Warren Barringer viene a verme, le observaré con atención. Tiene razón, Farman. No debo hacer nada hasta que tenga pruebas más concretas.

El viejo abogado se marchó. Encontró a Wellington en la escalera. Habló con cautela al criado.

Observó:

—Cuide al señor Humphrey. Padece de los nervios. No le deje solo. Recuerde, Wellington, que tiene usted el deber de vigilar al jefe de la familia Delthorn.

—Sí, señor —respondió el criado—. Lo recordaré.

En la calle, Horacio Farman meditaba al golpear con su bastón en la acera.

El anciano no tenía la menor duda de la inocencia de Warren Barringer, pero dudaba de la sinceridad de Humphrey Delthorn. El nuevo jefe de Delthorn Manor había sugerido que se cometió un asesinato.

¿Era la expresión de una conciencia culpable? El jurisconsulto estaba perplejo. La muerte de Winstead Delthorn fue una posibilidad que él examinó anteriormente.

La muerte del primogénito no podía remediarse ahora. Humphrey se callaría.

Dentro de unas semanas se efectuaría el reparto de la herencia.

¡Sin embargo, después de analizar las situaciones respectivas de

Humphrey Delthorn y Warren Barringer, Horacio Farman no podía quitarse de la cabeza la creencia de que un peligro inminente acechaba ahora a Delthorn Manor!

CAPÍTULO X

EN EL CLUB

POCO después de partir Horacio Farman de Delthorn Manor, el joven Barringer entró en el vestíbulo del "Club City".

Preguntó por Clark Brosset y le informaron que el presidente se hallaba en su oficina del segundo piso.

Subió al piso indicado, llamó a la puerta y recibió la orden de entrar.

Encontró a su nuevo amigo sentado delante del escritorio muy atareado repasando unas cuentas.

El presidente del club saludó con una sonrisa a su visitante.

Dijo:

—Buenas noches, Warren. Quería verle a usted abajo, pero el trabajo me ha retenido más tiempo del que yo creía.

Brosset quitó de la mesa algunos libros de contabilidad y alzó una caja de caudales, empotrada en la pared. Cerró la caja, hablando al mismo tiempo.

—¿Le agrada el club? —preguntó.

—Muchísimo —respondió Warren—. Gracias, Clark, me encuentro muy bien en Newbury.

—¿Le ha vuelto a molestar su primo Jasper?

—No. Le he visto una o dos veces. Pasó de largo sin hablarme.

—Todavía está enojado por la repulsa que le di —manifestó Brosset—. Le he reprendido un par de veces desde la noche que lo traje a usted. Precisamente estuvo aquí hace un rato, pero me abstuve de mencionar su nombre.

Tras una pausa, Brosset prosiguió:

—Le amenacé con la expulsión si repetía su conducta reprehensible. Por este motivo obra con cautela. Bebe fuera y se porta

bien cuando está en el club. Vive aquí, como usted sabe, y está encantado. En verdad, el único lugar donde le admiten es el club. Jasper Delthorn es la deshonra de la familia.

—Lo siento por él —declaró Warren—. En realidad, Clark, estoy nervioso desde la noche de Winstead Delthorn. Recordará que hablé con usted seguidamente de haber salido de Delthorn Manor.

—Sí —respondió Clark—. Tuvo usted una entrevista algo tempestuosa con Winstead, ¿no es cierto?

—Así es —reconoció el joven—. Cuando pienso que murió poco después de marcharme, casi me considero culpable.

Clark Brosset palmoteó el hombro de Warren. El presidente habló reposada y tranquilizadamente.

Recomendó:

—Olvide eso, muchacho. No es prudente pensar demasiado en esas cosas. Me alegro de que usted no haya mencionado a nadie, el hecho de que estuvo en Delthorn Manor aquella noche. De haberlo hecho, podría ser motivo de aprensión.

—Me alegro de que sea usted la única persona que lo sepa —manifestó Warren—. Desde luego estuvimos hablando en el comedor. Alguien puede habernos oído.

—Por lo menos no lo oyó Jasper —dijo Clark—. Cuando menos sepa él de sus movimientos, Warren, tanto mejor. Se ha vuelto muy extraño últimamente. No me habló con franqueza esta noche.

—¿Cree usted que me guarda algún rencor? —preguntó Barringer.

—Espero que no —comentó el presidente del club.

Los dos hombres descendieron al comedor. Encargaron unos emparedados y café, y se acomodaron en una mesa de un rincón. De repente, Brosset, que miraba hacia el pasillo exterior, cuchicheó:

—Allí está Jasper ahora.

Warren levantó la vista y vio a su primo. Los ojos de su pariente miraban hacia el fondo del pasillo. Sus labios se movían maliciosamente, como si comentasen algo en silencio.

Warren observó a media voz:

—¿Qué puede haberle sucedido? ¡Mírele, Clark! ¡Es terrible!

Brosset asintió con la cabeza y murmuró:

—No me gusta eso, muchacho. Ya había notado esa expresión de su primo. Trama alguna cosa. Ha cometido muchas acciones

mezquinas en su tiempo.

Cuando Brosset terminaba de hablar, Jasper, que no había visto a los que le observaban, echó a andar con rapidez por el pasillo.

—Va a telefonar —dijo el presidente del club—. En una de las cabinas del pasillo. Será mejor que averigüemos lo que se trae entre manos. —Fue a levantarse de la silla, pero volvió a sentarse y giró la vista en torno de la sala.

—Será mejor que no vaya personalmente. No sería prudente después de la reprimenda que le infligí. Espere... mandaré a Luis, el camarero.

Brosset miró a su alrededor, pero el camarero no estaba en el comedor. El presidente vaciló dispuesto a levantarse.

—Será mejor que no mandemos a Luis —murmuró—. Quizá su primo se encuentra sometido en un aprieto. De ser así, yo debiera saberlo...

—¿Y si voy yo? —sugirió Warren, levantándose—. Aguarde aquí, Clark. Le diré a usted si sucede algo.

Al llegar al corredor, observó que una de las dos cabinas telefónicas estaba ocupada. Penetró en la que se hallaba vacía y observó que oía perfectamente la voz de Jasper.

—Perfectamente, Wellington —decía el menor de los Delthern—. Usted se mantiene al margen. Como la otra noche... No se preocupe. Yo liquidé el número uno. ¿No es cierto?... Déjelo de mi cuenta... Arreglaré el número dos, también... Será mejor que usted se encuentre en el garaje, hablando con el chofer nuevo. Arréglese su coartada. Yo me cuidaré de Humphrey.

Warren no necesitaba oír más. Salió rápidamente de la cabina y regresó al comedor. Arrojó una mirada al cruzar la puerta y observó un movimiento en la cabina donde su primo telefoneaba.

A tiempo de escapar a la observación de su pariente, el joven se acercó presuroso a la mesa donde Clark se hallaba sentado.

—¿Qué sucede? —preguntó Clark—. ¡Muchacho! ¡Está usted pálido!

—Quiero hablar con usted —cuchicheó el joven—. ¡Particularmente! En su despacho.

Vieron a Jasper pasar delante de la puerta del comedor, cuando se levantaban. Los dos hombres esperaron, luego salieron y ascendieron a la oficina de Clark. Tan pronto como la puerta se

hubo cerrado tras de ellos, Warren comunicó la noticia.

Explicó:

—Jasper hablaba a Wellington. Al mayordomo de Delthorn Manor. Habló acerca de Humphrey Delthorn. Dijo que se cuidaría de él como se cuidó del otro, antes. Encargó a Wellington que se ingeniase una coartada...

—¿Quiere usted decir —exclamó Brosset—, que tal vez está urdiendo algo contra su hermano?

—Así me pareció —declaró Warren—. No me gustó la manera cómo habló del pasado.

—¿Se refiere usted a Winstead?

—Posiblemente.

—Bah. Fue un accidente mortal. ¿Qué razón puede tener Jasper para atacar a su propio hermano?

—Las cláusulas del testamento se ignoran aún, Clark. El reparto se realizará dentro de unas semanas. La mitad va a parar a manos del mayor de los herederos de Caleb Delthorn, de los herederos que estén vivos...

Clark Brosset se puso en pie de un salto para dirigirse al teléfono y alzó la mano al interrumpir a Warren.

—¡Hay que avisar inmediatamente a Humphrey! —exclamó—. Apenas le conozco, pero tengo el deber de avisarle.

—No de ese modo —objetó Warren—. Wellington respondería a la llamada y pediría que le den el mensaje. No se pondrá usted en contacto con mi primo, el mayordomo sospechará.

—En ese caso debemos ir a Delthorn Manor; al menos uno de nosotros.

Warren meditó. Comprendía las dificultades de la situación. Jasper Delthorn, conspirando con Wellington, constituía un peligro inminente. Una llamada telefónica; la súbita visita de dos hombres, hasta la presencia de Clark Brosset en la casa podría sugerir al criado que se habían descubierto sus planes.

Se le ocurrió a Warren que si él fuese solo, Wellington no sospecharía nada.

El criado le había oído discutir con Winstead Delthorn en una ocasión anterior y seguramente esperaría otra riña, esta vez con Humphrey.

—Yo me encargaré de ésta —decidió—. Ya hemos dejado pasar

demasiado tiempo. Habría sido mejor detener a Jasper.

—No —repuso Brosset—, un aviso a Humphrey Delthern es lo más lógico. Estando Humphrey en guardia, es posible pillar a Jasper en la trampa.

—Tiene usted razón —asintió Barringer—. Voy inmediatamente a Delthern Manor.

—Un momento, Warren —dijo Brosset asiendo el brazo del joven—. Evite un altercado con Humphrey. Obre con tacto y, si es necesario, dígame que se ponga en comunicación conmigo.

"Recuerde que esto puede ser muy serio. Si surge alguna complicación, cuente conmigo. Éste es asunto entre usted y Humphrey. Vuelva aquí tan pronto como pueda. Cuente con mi ayuda y mi discreción. No obre precipitadamente, Warren.

—Lo recordaré —asintió el joven, estrechando la mano de su amigo.

—Tiene razón. Cuanto menos le hable, mejor. Nadie sabrá que no estoy aquí, en el club...

—Y nadie sabrá dónde ha ido, aunque se note su ausencia. Después que se marche, diré al conserje que usted está conmigo en la oficina.

Warren asintió con la cabeza.

Clark le acompañó a la planta baja y después de marcharse el joven, habló el conserje.

—Estaré en mi oficina —dijo—. Si alguien pregunta por el señor Barringer, hágalo subir. El señor Barringer estará conmigo.

Al regresar a la oficina, Clark Brosset abrió la caja de caudales y sacó un libro de registro del club, que puso encima de la mesa. La expresión de ansiedad de su rostro, indicaba que esperaba con angustia, conocer el resultado de la entrevista de Warren Barringer con su primo Humphrey.

Clark conocía la terquedad de carácter de Humphrey, así como la de su difunto hermano.

Clark se puso nervioso. Cerró el libro y quedó pensativo. Transcurrieron varios minutos; de pronto llamaron a la puerta.

Clark se dirigió presuroso hacia la puerta esperando ver a su amigo Barringer. En lugar de ello encontró a Bosger, el conserje.

—Un caballero desea ver al señor Barringer —anunció Bosger.

—Desea ver al señor Barringer —repitió Brosset—. ¿Quién desea

verle, Bosger?

—Un caballero que se ha detenido aquí de paso para Nueva York. El señor Lamont Cranston.

—Hágale pasar —ordenó Brosset, al cabo de un momento de reflexión—. Hablaré con él aquí.

Paseando con aire turbado de un lado a otro del despacho, Clark Brosset deploraba la inoportunidad de la visita. Comprendió que Warren Barringer quizá tendría que discutir algunos detalles importantes, a su regreso de Delthorn Manor.

¿Y si era necesario actuar con rapidez? ¿Y si se presentase alguna complicación referente a Jasper Delthorn?

Estas reflexiones indujeron a Clark Brosset a tomar una decisión rápida.

Despediría pronto a Lamont Cranston.

CAPÍTULO XI

LA SOMBRA AVERIGUA

CLARK Brosset levantó la vista de la mesa. Cerró el libro que había abierto y se levantó para saludar al caballero que el conserje acababa de anunciar.

—¿El señor Cranston? —inquirió Clark.

—Sí —respondió el visitante—. Usted es el señor Brosset. ¿No es cierto?

Clark Brosset asintió con la cabeza. Observó a Cranston al señalarle una silla. Al instante, adivinó que el visitante era un hombre de aguda inteligencia.

El rostro impasible, y los ojos agudos y escrutadores de Cranston impresionaban.

—¿Ha venido a ver a Warren Barringer? —preguntó.

—Sí —respondió Cranston—. Me dirijo a Nueva York. Pregunté en el Hotel Centuria y me informaron que Barringer se encontraba aquí. El conserje me dijo que se hallaba en esta oficina.

—Estuvo aquí hace unos minutos —declaró Brosset—. Quizá se cruzó con usted camino del hotel. Quizá se ha quedado allí.

—¿Volverá?

—No lo creo. ¿Pasará la noche en Newbury, señor Cranston?

En los ojos de Lamont Cranston apareció un destello. Esto, sólo indicaba que en la súbita pregunta de Brosset había adivinado un motivo secreto. El presidente del Club City había hablado en tono casual; en este momento recogía el libro de registro de la mesa.

—No —respondió Cranston pausadamente—. Salen dos trenes esta noche y cualquiera de los dos me viene bien. El primero —consultó su reloj—, parte dentro de veinte minutos. Lo tomaré a menos que pueda ver a Warren Barringer durante unas horas. En

este caso esperaría al segundo tren.

—¡Qué lástima! —murmuró Brosset—. Si hubiese usted llegado hace un momento...

—¿Por qué?

—Warren Barringer me dijo que iba a Wyndale, un pueblo que está a unas treinta millas de aquí. Se fue con unos amigos, en un auto. Probablemente ya se han marchado de no haberse retrasado.

—¿Y no volverá aquí?

—No, a menos que hayan suspendido el viaje. Un momento, voy a averiguarlo.

Clark Brosset alzó el receptor. Indicó al telefonista que llamase al Hotel Centuria. Un instante después hablaba con el empleado del hotel.

—¿Está el señor Barringer?..., ¿No está? Ah, sí... ¿Cuándo lo esperan de vuelta? Sí... Sí... Muy bien, no importa... Llamaré mañana.

Por el hilo, Clark Brosset había oído al empleado decir que Barringer se encontraba en el club. Mas en su versión de la respuesta del hotel, Brosset no indicó tal cosa a Cranston.

—Barringer ha salido —dijo al colgar el receptor—. El empleado del hotel manifiesta que salió en dirección a Wyndale hace unos diez minutos. Dejó recado de que tal vez no regresaría esta noche. Wyndale es un lugar que atrae muchos visitantes de Newbury. —Recogiendo el libro de registro, Brosset lo llevó a la caja de caudales, lo depositó allí y cerró la puerta.

Girando el pomo con una mano habló de nuevo a Cranston:
Observó:

—No hay necesidad de que espere usted el último tren. Puede usted llegarse a la estación en tres minutos. Hay taxis en la puerta del club. Siento mucho que no haya podido ver a Barringer. ¿Es un antiguo amigo suyo?

—Le conocí en el extranjero —explicó Cranston, incorporándose—. Me visitó a su regreso a Nueva York. Le agradezco su interés, señor Brosset. Sólo lamento que no haya podido ver a mi amigo.

—Le diré que usted ha estado aquí —prometió Brosset—. Es un miembro de este club y pasa la mayor parte del tiempo aquí.

Brosset dirigióse hacia la puerta mientras hablaba. El visitante le siguió y para que el neoyorquino pudiese tomar el tren, Brosset se

mostró preocupado.

Observó:

—A veces el tráfico es demasiado intenso, Cranston, y puede ocasionar un retraso. El tren suele partir con puntualidad.

Cruzando la puerta, Brosset llamó a un taxi, hizo una seña a Cranston y éste subió al vestíbulo. Luego Brosset dio las instrucciones pertinentes al chofer, mientras el conserje entregaba a Cranston una cartera que dejara en la puerta.

—Vaya a la estación —ordenó Brosset—. El señor quiere tomar el expreso de Nueva York.

El presidente del Club City extendió una mano al despedirse y sonrió cortésmente a Lamont Cranston.

El taxi arrancó veloz y Brosset volvió a entrar en el club. No volvió a su oficina; permaneció en el vestíbulo, esperando el regreso de Warren Barringer.

Clark Brosset se felicitaba de haberse desembarazado tan pronto de un desconocido que, aunque era, sin duda, un amigo de Warren Barringer, podría introducir alguna complicación, con su presencia, en Newbury.

Estaba seguro de que el taxi de Lamont Cranston, llegaría a la estación a tiempo de tomar el tren.

Si Clark Brosset hubiese podido observar lo que sucedía en el camino de la estación, habría dejado de sonreír.

En el asiento trasero del taxi que había tomado Lamont Cranston, extraía de la cartera un objeto oscuro.

Los pliegues de una larga capa se deslizaron sobre los hombros del pasajero.

Un flexible aplanado convirtiéndose en un sombrero de alas anchas. El pasajero del taxi quedó envuelto en la oscuridad. Tan sólo una mano blanca apareció a la vista. La mano se introdujo por la ventanilla y dejó caer un billete en el brazo del chofer.

—Tenga preparado el cambio cuando lleguemos a la estación —dijo la voz de Lamont Cranston.

—Sí, señor —respondió el chofer—. Ahora pasaremos las últimas señales del tráfico.

El taxi estaba parado junto a otro que esperaba cambio de señales para virar a la izquierda. El chofer no oyó abrirse la puerta suavemente. La luz verde apareció y el taxi arrancó veloz. Poco

después, paraba delante de la estación.

El taxista, saltando a la acera, abrió la portezuela y alargó la mano para devolver el cambio. En su rostro quedó pintado su asombro.

¡El interior del vehículo estaba completamente vacío!

¡El pasajero que subió en la puerta del club había desaparecido!

Este chofer no era el único taxista de Newbury, que sufría una serie de escalofríos espeluznantes en aquel momento. El chofer del taxi que viró a la izquierda al cambiar las señales del tráfico, recibía otra sorpresa mayor aún.

Subiendo por una amplia avenida, asió el volante aterrado cuando una mano larga apareció ante sus ojos y agitó un billete de Banco. Recobrándose de su sorpresa, el chofer movió instintivamente la cabeza en señal afirmativa, al oír una voz reposada dándole la dirección de otra calle.

El billete hizo que el taxista recobrara la confianza; sin embargo, se devanaba los sesos al torcer de la avenida. ¿Cuándo y dónde subió al vehículo el misterioso pasajero?

El chofer se encogió de hombros. Vería al pasajero cuando se apease. El taxi moderó la marcha al acercarse a unas señales de parada. La puerta se abrió suavemente, el taxista no lo oyó.

El vehículo volvió a arrancar veloz, pasando por la silenciosa avenida donde se erguía Delthorn Manor. Una manzana más adelante, el chofer paró el taxi.

Esta era la dirección que el pasajero le había dado. Se apeó para abrir la portezuela y devolver el cambio.

No hubo respuesta desde el interior del vehículo. El chofer sacó de un bolsillo una linterna eléctrica e inundó de luz el asiento trasero.

¡El taxi estaba vacío!

El misterioso pasajero había desaparecido. Como una sombra, pasó de un taxi a otro; cual un fantasma de la oscuridad, se había apeado del segundo vehículo.

Ya no era Lamont Cranston. Invisible, atravesaba la oscuridad. La única señal de su presencia, fue una risa cuchicheada, que se fundió con el crujido de las ramas de los árboles de la acera.

Adivinando que Clark Brosset le engañaba al decirle que Warren Barringer había salido de Newbury, el visitante de Nueva York se

había vestido completamente de negro. En lugar de tomar el tren se dirigió rápidamente al lugar, donde su aguda inteligencia adivinó que podrían desarrollarse algunos sucesos graves.

¡Silenciosa e invisiblemente, La Sombra se aproximaba a las paredes grises del misterioso Delthorn Manor!

CAPÍTULO XII

MUERTE EN LA OSCURIDAD

MIENTRAS Clark Brosset paseaba de un extremo a otro de su oficina del Club City, Warren Barringer se dirigía presuroso a Delthorn Manor.

Excitado por la misión que iba a realizar, el joven encontró difícil mostrar aplomo, cuando Wellington le abrió en respuesta a una llamada en la puerta principal.

En el lúgubre vestíbulo de Delthorn Manor, el joven logró recobrar la calma.

El mayordomo subió al primer piso a anunciar su visita y unos minutos después Warren se encontró delante de Humphrey Delthorn en el estudio de la casa.

Aunque el joven lo observó, Wellington cerró cautelosamente la puerta desde el exterior. No se oyeron pisadas que indicaran que el criado se marchaba. Pero Warren estaba demasiado ocupado, para imaginarse que el sirviente podía estar escuchando.

Al ver a su primo sentado en el enorme sillón, Warren recordó a Winstead.

El segundo de los Delthorn se parecía mucho a su hermano y el aire que había adoptado intranquilizaba al recién llegado.

Humphrey Delthorn, con su actitud, parecía indicar que le molestaba la visita del intruso. La importancia de la misión que le había llevado allí, impidió que Warren respondiese con una sonrisa desdeñosa a la mirada retadora de su primo.

—¿Qué le trae a usted por aquí? —preguntó Humphrey, ásperamente, contemplando al visitante—. Tengo entendido que ésta es la segunda vez que usted ha venido a Delthorn Manor.

—Quiero verle a usted, Humphrey —manifestó Warren, con aire

serio—. Reconozco que mi visita es algo intempestiva, pero las circunstancias que la motivan son de interés para usted.

La frase "para usted" despertó el interés del Humphrey. El jefe de la familia Delthorn se movió nerviosamente cuando Warren tomó asiento.

Declaró el joven:

—Soy su primo y deseo que crea cuanto le digo, pues me empuja un verdadero sentimiento de amistad hacia usted. Mi visita esta noche la hago en interés suyo, y si lo que le voy a comunicar le sorprende, puedo presentarle pruebas de otras personas, cuya palabra le inspirará confianza.

—¡Al grano! —exclamó Humphrey, en tono de reto—. ¡No comprendo el motivo de su visita!

—Guarda relación con su hermano Jasper —manifestó Warren, conteniendo su furia—. Le conocí hace unos días. Le he vuelto a ver desde entonces. Su hermano está obrando de una manera extraña.

—Como de costumbre —gruñó Humphrey—. ¿Y eso, qué me importa a mí?

—Esta noche —continuó el joven, tranquilizado por la desaprobación que por Jasper mostraba su hermano—, lo he visto en el club, comportándose de una manera extraordinaria. Fue a una cabina telefónica y casualmente oí la conversación.

—Estuvo espionando, escuchando, ¿eh? —comentó Humphrey, con desdén—, no le alabo la costumbre.

—Lo hará antes de que termine —repuso Warren—. Oí lo que Jasper dijo. Era algo muy próximo que amenazaba la vida de usted.

Humphrey contempló fríamente a su primo. Apareció en su rostro una expresión dudosa que intranquilizó a Warren. Mas éste, a pesar de ello prosiguió:

—Lo esencial de su conversación fue que se había "cuidado" de una persona y que abrigaba la intención de hacer lo mismo con otra esta noche. Mencionó a usted.

Humphrey medio se incorporó. Tenía los puños apoyados en la mesa. Sus ojos chispeaban.

Interrogó con violencia, a la par que, intrigado:

—¿Insinúa que Jasper tiene algo que ver con la muerte de mi hermano Winstead, y que se propone atacarme?

Warren respondió calmamente:

—Exacto; además —el joven bajó la voz—, puedo decirle con quién hablaba. Con Wellington, el criado de confianza de la casa. Jasper mencionó su nombre cuando telefoneaba.

El efecto sobre Humphrey Delthorn fue asombroso. Diferente de lo que Warren esperaba. Una acusación lanzada contra el hermano del actual heredero, podría haber provocado la momentánea indignación de este último.

Pero el joven se quedó asombrado al ver a Humphrey poseído de una furia terrible y súbita... Su primo alzó las manos y crispó los puños como si quisiera estrangularle.

Tardó más de un minuto en calmarse del ataque de rabia. La reacción fue inesperada. Humphrey Delthorn, debilitado por su propio frenesí, miró con fijeza a su primo y le habló en tono frío y sarcástico.

Manifestó:

—Agradezco su visita, pero antes de discutir más el asunto, quiero hacerle una pregunta. ¿Fue éste el mismo pretexto que usó cuando habló a mi hermano Winstead?

—¿El mismo pretexto?

—Sí. Me he enterado de que usted despertó su ira. Creo que usted debió haberle inventado alguna calumnia.

—Se equivoca, Humphrey.

—Es posible —continuó el nuevo jefe de la familia, sin prestar atención a las palabras de su primo—, que usted le avisara que un hermano suyo conspiraba contra él.

"Probablemente le dijo que yo, no Jasper, intentaba asesinarle.

—Quiere usted insinuar...

—Quiero decir que estoy perfectamente enterado de la causa de la muerte de Winstead. Mi hermano fue asesinado y el autor del asesinato fue...

—¡Jasper! —exclamó Warren.

—¡No fue Jasper! —gritó Humphrey, frenéticamente—. ¡No fue Jasper! ¡Usted fue el criminal que asesinó a mi hermano Winstead!

Humphrey volvió a ponerse en pie. De un empujón echó atrás el sillón.

Estaba de pie arrimado a la pared, con los labios temblorosos y los puños crispados de rabia.

Warren Barringer permaneció sentado, mudo de asombro. Por su

mente cruzó una oleada de resentimiento. Mas el efecto de las palabras de su primo dejó paralizado al joven.

Acusó Humphrey:

—Vino usted a matar a Winstead. ¡Y ahora pretende asesinar a mí! No lo conseguirá. Puedo llamar a Wellington antes de que usted lo intente.

Tras estas palabras se llevó una mano a un bolsillo. Viendo que su primo quizá iba a sacar un revólver. Warren se puso en pie de un salto. Dirigióse hacia la puerta, creyendo que podría llegar allí antes de que su ofuscado pariente sacase un arma.

Mas de pronto, surgió una oscuridad completa. En este momento las luces del estudio se extinguieron del todo.

Un jadeo de alarma partió de la pared adonde Humphrey se había arrinconado. Warren, tanteando en las tinieblas, tropezó con una silla y estuvo a punto de caer.

Al recobrar el equilibrio, agarrándose a la mesa, percibió un suspiro largo y ronco. Notó que la mesa se movía. Unos ruidos de golpes y lucha llegaron a sus oídos.

Las luces se encendieron.

Warren parpadeó al contemplar la escena iluminada. Sus ojos se desorbitaron de horror.

¡Tumbado en la mesa de escritorio, boca arriba, yacía el cuerpo de Humphrey Delthorn!

Las manos cesaron sus movimientos y Warren Barringer contempló lleno de espanto, el gigantesco puño de un cuchillo clavado en el pecho de su primo.

La horripilante tragedia tardó unos minutos en grabarse en la mente de Warren Barringer. Al percatarse de que no se trataba de una ilusión y que el horrible espectáculo que contemplaban sus ojos era una realidad, se apartó de la mesa y asió los brazos de un sillón.

Ignoraba cuánto tiempo estuvieron apagadas las luces. Tal vez tan sólo unos segundos; acaso varios minutos. No podía calcular el tiempo transcurrido.

Mas después de girar la vista en torno de la habitación, y comprobar que no había nadie más, posó la vista en el cuerpo de su primo.

Humphrey Delthorn estaba muerto, atravesado el corazón por un cuchillo grande.

Silenciosamente, un asesino cometió el crimen al amparo de la oscuridad.

El puño del cuchillo era una prueba muda del crimen.

¡Warren Barringer se encontraba solo en la habitación con su primo asesinado!

¡La muerte había descargado un golpe fulminante en la oscuridad!

CAPÍTULO XIII

CRIMEN TRAS CRIMEN

LOS momentos transcurridos parecieron una eternidad a Warren Barringer.

Su cerebro paralizado de estupor reaccionó al fin. Al contemplar el cadáver de Humphrey Delthorn, una multitud de pensamientos cruzó la mente del joven.

La muerte había fulminado a su primo. Al amparo de la momentánea oscuridad en que quedara la habitación al extinguirse las luces, alguien había asesinado a Humphrey Delthorn. Warren recordó que había estado de espaldas a la puerta. Miró en esa dirección. Vió el interruptor.

Un audaz asesino pudo abrir la puerta, apagar las luces y atacar con relampagueante rapidez.

Parecía ser la única explicación. Sin embargo, el criminal desapareció tan pronto como llegara: y todos sus movimientos, incluso el asesinato, ocurrieron durante los momentos en que Warren anduvo a tientas y tropezó en la oscuridad.

El único rastro que quedaba del asesino era el cadáver de Humphrey.

Barringer, inocente, quedaba en el estudio con su primo asesinado.

¿Jasper Delthorn?

El hermano había planeado un crimen. Warren lo oyó. Debió subir la escalera, escuchó en la puerta y aprovechó la ocasión.

En cuanto a Wellington... Ahora le recordaba Warren. Jasper había dicho al criado que se preparase una coartada y se alejase.

Asáltóle al joven una idea. Winstead Delthorn murió después de la partida de Warren. ¿Y si él, Warren, hubiese entrado de nuevo en

la casa, al encontrarse el cadáver de Humphrey? La idea de huir era desagradable, pero el peligro de una terrible acusación le hizo precavido.

Sería prudente marcharse antes de que Wellington volviese. El criado, con cualquier pretexto, podría traerse al chofer.

Pensó en Clark Brosset, que estaría esperándole en el club. ¡Esta era, en verdad, una inspiración! Regresaría al club, hablaría con su amigo y decidirían lo que fuera mejor. La seguridad de Humphrey Delthorn carecía de importancia ahora. Estaba muerto.

Volvióse hacia la puerta. Asió el pomo y cautelosamente corrió la puerta. Se detuvo en seco, imaginándose haber oído unas pisadas. Retrocedió.

Un instante después se percató de que alguien se acercaba con sigilo. Antes de tomar una determinación, Wellington surgió de la oscuridad apareciendo ante él.

El rostro del criado se endureció. Miró del cadáver de Humphrey a Warren Barringer. Sus labios se plegaron y luego profirieron una acusación.

Exclamó:

—¡Lo ha matado usted! ¡Asesino! ¡Mi amo me ordenó que me quedase aquí! ¡Le temía! ¡Pero yo me imaginaba que no corría peligro!

Poseído de súbita furia, el criado penetró en el estudio y asió a Warren Barringer. El joven lanzó al criado a un lado al mismo tiempo que gritaba:

—¡Usted conoce la verdad! ¡Usted... y Jasper Delthorn! ¡Él es el asesino y usted su cómplice!

Los dos hombres se agarraron a brazo partido. Warren, joven y vigoroso, lanzó hacia atrás al criado, a quien juzgaba un traidor. Pero Wellington era hombre forzado y luchó con furia como si creyese que atacaba al asesino de su amo.

En el curso de la lucha, los dos hombres chocaron con la puerta y la cerraron. Forcejearon de un lado a otro del estudio, chocaron contra la mesa y continuaron la pelea tambaleándose. El cadáver de Humphrey osciló de un lado a otro cuando la mesa fue sacudida y empujada durante la lucha.

La suerte favoreció a Wellington. Cuando los dos adversarios luchando se aproximaban a las paredes, Warren tropezó, se torció y

topó con la cabeza contra el entrepaño. Emitió un gruñido y perdió la presa que había hecho en su enemigo.

Haciendo un poderoso esfuerzo, el mayordomo lanzó a Warren al suelo.

Aturdido, el joven trató de incorporarse y ya de rodillas alzó las manos para protegerse del ataque del criado.

Wellington, con el rostro congestionado por la rabia, se disponía a descargar un fuerte golpe. Warren, a pesar de encontrarse aturdido, se preparó para contrarrestarlo. En ese momento, lo mismo que cuando el joven se enfrentara con Humphrey Delthorn, intervino la oscuridad.

Esta vez un leve chasquido se impresionó en el cerebro de Warren, cuando las luces se apagaron súbitamente. Sucedió una oscuridad momentánea; luego un rugido sordo y una lengua de fuego chispeó en el estudio.

El ruido de la detonación cesó. Algo cayó pesadamente en el suelo, delante de Warren Barringer. El joven avanzó a tientas. Las luces se encendieron de nuevo.

Warren vió con espanto el cuerpo postrado de Wellington. El criado, al caer, se retorció y quedó tendido de lado. El boquete de una herida apareció en su pecho. Un revólver yacía en el suelo, a su lado.

Aturdido, el joven alargó la mano para coger el arma. Desistió al sentir un vahído. Miró en torno de la habitación.

De nuevo el asesino había entrado y se había marchado. Entró rápidamente y desapareció también rápidamente. Apuntando a su blanco cuando extinguía las luces, asesinó a Wellington tan eficazmente como asesinaron a Humphrey Delthorn.

Asaltaron a Warren los mismos pensamientos que en la anterior ocasión.

¡Una muerte! ¡Un crimen! ¡Era necesario huir!

El joven se incorporó. Fue a la puerta y la abrió. Avanzó con paso inseguro por el pasillo, asió la barandilla y descendió la escalera.

El vestíbulo inferior estaba silencioso y a oscuras como en la anterior ocasión. Las luces opacas del ambiente tenían un aire ominoso. Las puertas de la sala de recepción semejaban ojos acusadores, a pesar de que Warren conocía que él era inocente.

Salió por la puerta principal al sendero de baldosas. Llegó a la acera, y exhaló un suspiro de alivio. Recobró la lucidez con asombrosa rapidez.

Descendió velozmente por la escalera.

A una manzana de Delthorn Manor, vió un taxi parado junto a la acera. La portezuela estaba abierta. El chofer estaba de pie delante del vehículo, mirando en dirección opuesta.

Durante un momento, Warren vaciló; luego, impulsivamente, subió al taxi.

Al oír el ruido, el chofer volvió la cabeza. Acercóse a la puerta cuando el joven la cerraba. Haciendo un esfuerzo para dominar el tono de su voz, Warren ordenó al taxista que le llevase a la estación. El chofer se sentó detrás del volante y una vez en marcha gritó:

—¿Es usted el pasajero que tomó el taxi antes? ¿El señor que me dio el dinero?

—Sí —respondió Warren.

—No le vi salir —explicó el taxista—. ¿No hay nadie en la casa?

—No —replicó el joven.

El chofer no hizo más comentarios. El taxi avanzó veloz por una calle transversal que conducía a la ancha avenida.

Warren, reclinado en su asiento, pensaba claro ahora. Planeaba lo que sería conveniente hacer.

Crimen tras crimen.

Había sido testigo de dos asesinatos en el estudio del segundo de los Delthorn.

¡Estaba seguro de que Jasper Delthorn era el asesino!

¡Pero él, Warren Barringer, tendría que probarlo!

CAPÍTULO XIV

UN VISITANTE SE ESFUMA

A Warren Barringer le acompañó la suerte en su huída.

El disparo en el estudio no fue oído. El ruido de la detonación no llegó a los jardines de Delthorn Manor. Además, el viejo caserón estaba enclavado en un lugar aislado.

Sin embargo, Warren no escapó sin ser visto. Al salir por las verjas de la parte delantera de la vieja mansión, un par de ojos que se aproximaban le observaron desde la oscuridad.

¡Ojos extraños! Eran las partes visibles de la persona a quien pertenecían.

Apenas hubo cruzado el arco, Warren Barringer, cuando aquellos ojos miraron hacia la casa, horadando la oscuridad al escudriñar las paredes grises de Delthorn Manor.

Un rumor suave sonó en el sendero embaldosado. La puerta del caserón abrióse suavemente. Se cerró. Una sombra deslizóse por el suelo del vestíbulo inferior. Ascendió la escalera y continuó por el pasillo. Se detuvo delante de la puerta abierta de la habitación donde la muerte había fulminado a un hombre.

Unos ojos agudos escudriñaron la escena. Unos oídos intuitivos escucharon.

Luego se oyó el leve frufrú de una capa.

La siniestra silueta de La Sombra surgió en la habitación de la muerte. Una carcajada solemne y silbante se esparció por la atmósfera espesa de la habitación.

Deslizándose por el estudio, el rey de la noche examinó el cadáver de Humphrey Delthorn. Luego sus ojos se clavaron sobre el cuerpo de Wellington. Los ojos observaron el reluciente revólver tirado en el suelo. Una mano enguantada alzó el arma y volvió a

dejarla donde estaba.

Sentándose a la mesa, La Sombra, junto al horripilante cadáver de Humphrey Delthorn, empezó a abrir y cerrar los cajones. No encontró nada de importancia. Pero sus ojos penetrantes observaron un hecho significativo. En todos los cajones, a excepción de uno, los papeles estaban en perfecto orden.

Poniéndose en pie, La Sombra contempló el escenario de las dos muertes.

Observó el sillón de Humphrey Delthorn. Examinó el espacio del lado opuesto de la mesa. Fue al pasillo y enfocó los rayos de una diminuta linterna eléctrica sobre el suelo.

La entrada de Warren Barringer, la muerte de Humphrey Delthorn y la intervención de Wellington, eran los hechos que La Sombra estaba reconstruyendo.

De nuevo una risa suave brotó de sus labios. Su extraño tono denotaba el sentimiento de haber llegado demasiado tarde.

La precipitación de Warren Barringer y los esfuerzos de Clark Brosset para engañar a Lamont Cranston eran factores que el asesino no pudo controlar; sin embargo, resultaron ser elementos importantes del crimen. Debido a esos factores, La Sombra llegó demasiado tarde para impedir los asesinatos.

Unos oídos agudos escuchaban ahora. En el piso sonaron unas pisadas vagas. Una voz de mujer llamaba desde abajo.

—¡Wellington! —Marcia Wandrop llamaba al criado—. ¡Wellington!

La llamada terminó. Se percibió una exclamación procedente de abajo.

Unos pasos precipitados anunciaron la partida de Marcia. La muchacha había adivinado que sucedía alguna cosa anormal. Sola en la casa, se asustó.

Salió corriendo de la casa a la calle a pedir auxilio.

La Sombra volvió, calmamente, al cuarto de la muerte. Sus ojos miraron hacia la puerta. Una risa surgió de unos labios invisibles. La elevada figura del rey de la oscuridad cruzó el estudio y se fundió en la negrura de la pared artesonada. Lentamente avanzó a lo largo de la superficie por la orilla de la alfombra y más allá de los lugares donde los cadáveres yacían.

En un sitio, La Sombra hizo una pausa. Continuó y luego volvió.

Arrimado a la pared contempló el cadáver de Humphrey Delthorn. Otra carcajada partió de aquellos labios misteriosos, una risa indicadora de un extraño descubrimiento.

Desde este lugar, el rey de la noche había descubierto un factor peculiar que afectaba a los dos cadáveres. Unas manos enguantadas de negro surgieron de los pliegues de la capa. La Sombra avanzó hacia el cadáver de Humphrey Delthorn; luego retrocedió. Repitió la misma operación al estudiar el cadáver de Wellington.

Arrimándose a la pared, detrás de la mesa de escritorio, el misterioso personaje continuó reconstruyendo, mentalmente, lo que debió acontecer. Su diminuta linterna sorda estaba encendida, a pesar de que la habitación estaba bien iluminada. Proyectó sus rayos por el suelo, junto a la pared, y luego se apagó.

De nuevo La Sombra contempló los cadáveres. Al realizar esta nueva inspección, su repetida carcajada fue expresiva. Su nuevo tono anunciaba que el rey de la noche había descubierto un hecho de importancia.

Estos hombres fueron asesinados por una mano que no vaciló. Un doble asesinato, estando presente Warren Barringer, no pudo ejecutarse con retraso.

Sin embargo, en ambos crímenes, el golpe mortal careció de exactitud. El cuchillo estaba hundido en un ángulo en el cuerpo de Humphrey Delthorn. El tiro que mató a Wellington entró por un costado.

¿Qué pudo ocasionar esto?

La Sombra lo sabía. Su siguiente acción lo demostró. Moviéndose rápidamente, la figura fantasmal se aproximó al interruptor de la luz junto a la puerta y apagó la iluminación. Tan sólo un leve resplandor, procedente del pasillo, penetraba en el estudio.

La Sombra retrocedió hacia la pared. Sumido en una oscuridad completa, sus ojos agudos parecieron reconstruir la situación anterior a los asesinatos.

La lámpara de bolsillo brilló en la mano izquierda. El fantasma de la noche se levantó hacia el cadáver de Humphrey Delthorn.

Retiróse y se lanzó en dirección a Wellington. Arrimóse más a la pared y luego permaneció inmóvil.

Su risa sonó con una nota de júbilo siniestro.

De repente se oyeron voces procedentes de la planta baja. La figura de La Sombra no inició ningún movimiento en dirección de la puerta. Permaneció envuelto en la oscuridad. Oíanse pasos en la escalera. No partió ningún ruido del lugar donde La Sombra se había colocado.

Había hombres en el pasillo. Se acercaban a la puerta del estudio. Una voz gruñó. No hubo respuesta en el cuarto de la muerte. Una figura surgió en la oscuridad del vestíbulo y miró en el estudio. Otro hombre apareció de repente junto al primero.

El que hablara primero gruñó:

—No hay nadie aquí dentro. Es decir, nadie... a menos que...

Hubo en la voz un tono de presagio. Provocó un gruñido del segundo.

—Vea si hay un conmutador al lado de la puerta —dijo el primero.

Una mano tentó a lo largo de la pared. Encontró el interruptor y las luces se encendieron, apareciendo los dos cadáveres, con dos policías mirando desde la puerta.

—¡Están muertos! —exclamó uno de los agentes—. Delthern y el criado. ¡La muchacha acertó al decir que sucedía algo anormal!

Unos ojos escrutadores inspeccionaron el estudio. Los agentes levantaron las cabezas de los muertos y miraron hacia el lado opuesto pensando súbitamente que el asesino podría estar acechando allí aun. No vieron más que las paredes.

Mirando hacia el lugar donde estuvo La Sombra, no se veía señal alguna de un ser humano. A excepción de los cadáveres de los asesinados, el cuarto de la muerte estaba desierto.

No quedó rastro de La Sombra. Surgió de la oscuridad; y a la oscuridad volvió, una vez terminada su inspección. Presente en el momento en que los policías vacilaron junto a la puerta, el fantasma de la noche desapareció como por arte de magia.

¡Así como el asesino eludió ser visto por Warren Barringer, así eludió La Sombra ser descubierto por la policía!

¡El rey de la noche se había esfumado!

CAPÍTULO XV

WARREN RECIBE UN CONSEJO

WARREN Barringer entró con paso furtivo por la puerta excusada del club. El vestíbulo estaba desierto; unas cuantas personas se hallaban sentadas en un salón cercano a los ascensores.

Sin embargo, Warren se dirigió con el corazón palpitante hacia la escalera.

Abrigaba la esperanza de encontrar a Clark Brosset donde le dejara: en la oficina del piso superior.

Tuvo suerte. Al llamar a la puerta, recibió una respuesta inmediata. La puerta se abrió y el joven se encontró frente a Brosset, quien cerró rápidamente con llave la puerta. Señaló una butaca al recién llegado y luego le interrogó con ansiedad.

Preguntó:

—¿Qué ha sucedido, muchacho? Está pálido como un muerto... destocado... las ropas arrugadas... la corbata...

El rostro de Brosset se llenó de alarma.

En respuesta, el joven miró vagamente hacia el otro lado de la oficina y habló con voz que expresaba el horror de que estaba poseído.

Dijo con voz ronca:

—¡Han habido dos asesinatos, Clark! Humphrey Delthorn y Wellington han sido asesinados. ¡Cuando yo me encontraba en Delthorn Manor. ¡Soy inocente, Clark!

Brosset observó el rostro de su amigo. Vió el cambio de emociones. Se aproximó y le asió el hombro.

—Ánimo, muchacho —aconsejó, en voz baja y firme—. Estoy aquí para ayudarle. ¡Calma! Cuénteme lo que ha ocurrido. Tranquilícese.

Warren asintió con un movimiento de cabeza. Haciendo un rápido esfuerzo, recobró la calma y comenzó a relatar lo ocurrido. Refirió su llegada a Delthorn Manor y la entrevista con su primo.

Luego contó el episodio de la primera muerte en la oscuridad: Humphrey con el cuchillo clavado en el corazón. Después, vino el relato de la intervención del criado; la segunda extinción de la luz; y el tiro que mató a Wellington.

—Continúe —dijo Clark, en tono serio—. ¿Salió usted de la casa entonces? ¿Le vio alguien?

—No lo creo —declaró Warren—. Encontré un taxi a una manzana del Manor. Lo tomé...

—¡Fue un error! —exclamó Clark—. Esto puede perjudicarlo, Warren. Si el taxista le vio a usted al apearse...

—No hay temor de eso —interrumpió Warren—. En primer lugar, el chofer buscaba a alguien que había dejado el taxi, olvidando el cambio. No me vio la cara.

El joven hizo una pausa y añadió:

—Tuve una inspiración y le dije que me llevara a la estación. En el trayecto mencionó el cambio olvidado. Manifestó que me lo daría al llegar.

"Cuando el taxi paró, observé al chofer. Se metió la mano en el bolsillo y le dije que se guardase el cambio cuando ponía el pie en tierra. Luego me marché por detrás del coche. Sólo sabe que llevó un pasajero a la estación.

—Obró usted hábilmente —contestó Brosset.

El presidente del club se paseaba de un extremo a otro del despacho; volvióse y formuló otra pregunta:

—¿Cómo vino de la estación?

—Tomé un tranvía que iba atestado —respondió Warren—. No puede haberme visto nadie. Entré aquí por la puerta excusada.

—Hizo bien —aprobó Brosset—. Venga, muchacho. Enderécese la corbata y péinese. Encontrará un espejo en el lavabo. Bajaremos juntos al comedor.

—Quiere decir...

—... que nos verán juntos esta noche. Todo el mundo sabe que he estado en el club. Usted estuvo conmigo hasta que se marchó. Ahora saldrá en mi compañía.

—Pero aquellos muertos... en Delthorn Manor...

—Escuche, Warren —interrumpió Brosset, en tono severo—. ¿Vió usted al asesino?

—No. No puede haber sido más que Jasper, después de la conversación que oí por teléfono.

—¿Pero le vió usted?

—No.

—En ese caso —observó Clark—, no dirá una palabra referente a que ha estado en Delthorn Manor; por lo menos, hasta que se vea obligado a ello; y eso será a su debido tiempo. Usted estuvo conmigo aquí esta noche, en el club. Conmigo, ¿comprende?

Warren movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

Inquirió Brosset.

—¿Dónde tiene su sombrero?

—Lo ignoro —respondió el joven, de repente—. Quizá lo deje en el taxi. No; ahora que recuerdo, se lo di a Wellington. Debí colgarlo en la percha.

—¿Tiene algunas señales de identificación?

—Creo que no.

—Confiamos en la suerte. A menos que lo haya dejado en la habitación donde se perpetraron esos crímenes...

—Estoy seguro de que no lo dejé allí.

—Perfectamente. Vamos abajo. Está usted presentable ahora. Hablaremos del asunto en un rincón tranquilo. Recuerde que esto no es una coartada. Simplemente quiero que ganemos tiempo para ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

Los dos amigos salieron de la oficina y descendieron al comedor. En compañía de Clark Brosset, Warren Barringer sentíase más tranquilo. Cuando entraron en el comedor, parecía que hubiesen estado juntos durante algún tiempo.

Varios socios del club les saludaron y poco después Warren y su compañero encontraron una mesa en un rincón. Brosset encargó al camarero unos emparedados y café.

—El joven Delthorn estuvo aquí hace un rato —informó a media voz el camarero al presidente del club—. Creímos que iba a promover un escándalo.

—¿Estaba bebido otra vez? —inquirió Brosset.

—Sí, señor —respondió el camarero—. Ha estado entrando y saliendo toda la noche. Supongo que bebe en algún bar clandestino.

Apenas podía tenerse en pie la última vez que estuvo aquí.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Hicimos que un par de muchachos le acompañasen a su habitación.

—Bien hecho, Luis. Avíseme si le vuelve a ver en semejante estado.

Cuando el camarero se hubo marchado, Clark Brosset volvióse hacia Warren con un aire serio. Después de asegurarse de que no podía oírle nadie, aconsejó:

—Usted y yo conocemos que su primo puede ser el asesino de aquellos dos hombres. Si lo es, ha hecho lo suficiente para establecer una coartada. Aquí... en el bar clandestino... quizá ha ido de un lugar a otro durante toda la noche. Quizá su borrachera fue un engaño, un bluff. Pero lo más probable es que ahora tenga una.

Tras una breve pausa, agregó:

—A mi juicio sería peligroso acusar a Jasper cuando la policía descubra los asesinatos. Tendría usted que confesar que estuvo presente en Delthorn Manor. Su huída del lugar del crimen le colocaría a usted en una posición difícil, y usted no puede afirmar la presencia de su primo.

"Si Jasper es culpable —siguió—, es probable que él mismo se delate. Deje que la policía sospeche de él; espere hasta que lo detengan. Entonces puede usted hablar. Sería natural que usted, siendo su primo, se mostrase reacio en acusarle.

Warren movió la cabeza en expresión de asentimiento. Consideró que la opinión de Clark Brosset era lógica. Y pensó que había hecho muy bien en solicitar el consejo de un amigo como él.

En tono cauteloso, Brosset cuchicheó:

—Recuerde que Jasper, insistiendo hábilmente en su inocencia puede hacer recaer las sospechas en usted.

—A excepción de un hecho —musitó Warren—, Jasper se beneficia directamente del asesinato de Humphrey...

—Y usted se beneficia también.

La franca declaración de Brosset hizo comprender al joven su situación crítica. Era cierto que él también salía ganando en el reparto de la herencia.

Además vió otro dilema.

—Clark —cuchicheó—, si Jasper hiciese recaer las sospechas

sobre mí, podría parecer que yo urdí las muertes de Winstead y Humphrey. ¡Además, Jasper podría inventar que yo le había amenazado!

Clark Brosset miró a su alrededor, al mismo tiempo que movía la cabeza en señal de asentimiento. Luego, sabiamente, formuló otros comentarios:

—En la oficina me dijo usted que Humphrey le acusó de ser el asesino de Winstead. Sé perfectamente que no ha cometido usted ese crimen. Le creo, porque es mi amigo. Mas, ¿le creerán otros?

"Me dijo usted —prosiguió—, que Humphrey se indignó ante la idea de que su propio hermano conspirase contra su vida. Si llegase el caso de decidir entre Jasper y usted, ¿qué pensaría la gente? Se lo diré, Warren. Decidiría que un hombre mataría con menos miramiento a un primo que a un hermano.

Warren Barringer asió nervioso el borde de la mesa. Comprendió que se había colocado en una posición peligrosa al ir a Delthorn Manor. Entonces, murmuró lentamente:

—Ahora lo veo. Wellington era un cómplice, porque oí a Jasper cuando hablaba por teléfono. Por eso le mató también. Se ha desembarazado del único testigo en mi favor. Wellington debería haberse encontrado fuera de la casa. Al presentarse inopinadamente, Jasper decidió suprimirlo.

—Está usted luchando con un individuo muy astuto, Warren —manifestó Brosset—. Me alegro de conocer la verdad de los hechos y poder ayudarle. Sé que Jasper es un pillo; usted es un hombre recto. Estoy a su lado en este asunto.

"Nos queda una sola alternativa —continuó—. Debemos esperar ojo alerta. Probablemente se descubrirán estos crímenes. Llamarán a usted y a Jasper. Recuerde una cosa: usted pasó la noche aquí. Estuvo conmigo en la oficina y en el comedor. Voy a subir al despacho otra vez. Sería conveniente que usted jugase alguna partida de cartas.

"Jasper es demasiado astuto para no haberse buscado una coartada. En consecuencia prepararemos otra para usted. Simplemente utilizaremos el factor tiempo. ¿Está claro?

Warren movió la cabeza en señal de aprobación. Sintió una oleada de gratitud hacia Clark Brosset. Era un verdadero amigo para los casos de apuro como éste. La inocencia de Warren y el

conocimiento que éste tenía de los siniestros planes de Jasper eran justificaciones de la coartada, caso de ser necesaria.

El joven formuló otra pregunta:

—¿No sabe nadie que yo salí del club?

—Nadie —repuso Brosset. Frunciendo el ceño, añadió—: Sí, un hombre, pero este se ha marchado de Newbury. En la excitación, me olvidé decírselo. Un amigo de usted pasó a verle y vino a mi oficina.

—¿Cómo se llama? —inquirió Warren con ansiedad—. No conozco a nadie en Newbury, aparte de usted...

—Este visitante es de Nueva York —intercaló Brosset—. Se llama Lamont Cranston. ¿Le conoce usted bien?

—¿Lamont Cranston? —exclamó el joven—. ¿Qué hacía en Newbury?

—Regresaba a Nueva York —explicó Brosset—. Se detuvo en Newbury para verle a usted. Le habría esperado, pero como yo ignoraba qué clase de amistad les unía le dije que usted había salido del pueblo. Pensé que sería mejor que nadie conociese su visita a Delthorn Manor.

—¿Se marchó, pues, a Nueva York?

—Sí.

Warren exhaló un suspiro de alivio. Dirigió una mirada de gratitud a Brosset.

—Lamont Cranston es un buen amigo mío —dijo—, pero no me gustaría que supiera en qué clase de aprieto me encuentro. Contando con usted, Clark, no le necesito a él. Hizo usted bien. Un millón de gracias.

—No me lo agradezca mucho. Pensé que era lo más prudente; eso es todo. Vamos.

Clark Brosset se levantó de la mesa. Condujo arriba a Warren, le presentó a algunos socios en la sala de juego y esperó a que el joven empezase una partida de cartas. Al marcharse, se detuvo en el vestíbulo y habló al telefonista de la centralita.

Le anunció:

—Estaré en mi oficina. Trabajaré hasta tarde. A propósito; si alguien pregunta por el señor Barringer, póngale en comunicación con el que sea. Probablemente él estará conmigo y si no yo le avisaré.

En el oscuro vestíbulo del club, una mano de negrura pareció desprenderse de la pared. Un momento después, una figura fantasmal cruzó silenciosamente el vestíbulo. El telefonista no vio la silueta espectral. Los miembros que jugaban a las cartas tampoco la vieron deslizarse delante de la puerta.

La figura se fundió en la negrura cercana a la escalera. Fue el último rastro visible de su presencia. Sin embargo, la silueta misteriosa no se marchó. En alguna parte del edificio continuaba su camino.

Warren Barringer seguía en el salón de juego. Clark Brosset, en su oficina.

Jasper Delthorn, en su habitación adonde había ido. En el club se encontraban los tres hombres que podían conocer algo referente a los crímenes cometidos en Delthorn Manor.

Por este motivo. La Sombra rondaba por el interior del club.

Después de su misteriosa evasión de Delthorn Manor, el rey de la noche había ido al lugar donde podría vigilar a los únicos miembros que podían aclarar el enigma.

CAPÍTULO XVI

LA HIPOTESIS DE LA POLICIA

LOS policías no fueron los únicos que entraron en Delthorn Manor y encontraron los cadáveres en el estudio del segundo piso.

Les acompañaban tres o cuatro vecinos, a quienes Marcia Wandrop llamara al salir de la casa.

Estos hombres siguieron a los agentes y ahora se hallaban en el gabinete, consolando a la muchacha, mientras esperaban la llegada de los detectives.

Sonó una sirena en la calle. Un hombre fue a la puerta e hizo pasar a dos sujetos de aspecto robusto, uno era Sidney Gorson, el jefe de la policía de Newbury, y el otro era el detective Haroldo Terwiliger.

Gorson hizo unas cuantas preguntas. Comprobando que ninguna de las personas presentes sabía nada del crimen, hizo una seña a Terwiliger y los dos ascendieron la escalera.

Entraron en la habitación donde se encontraban los dos muertos. Observaron la presencia de dos agentes, y no habiendo guardia en el vestíbulo, el jefe de policía mandó a uno de ellos al gabinete.

El jefe de policía y el detective que le acompañaba examinaron cuidadosamente los dos cadáveres. Gorson volvióse hacia Terwiliger y observó la expresión solemne que el rostro de su subordinado tenía.

—¿Qué opina usted? —preguntó.

—Está claro —repuso Terwiliger, señalando en dirección a la puerta—; alguien entró y atacó a Humphrey Delthorn. Mire ese cuchillo. Está clavado hasta el mango.

—¿Y qué sucedió luego?

—Le daré la respuesta. No pudo extraer con rapidez el cuchillo.

El criado debió oír que el asesino subía la escalera. Asomó la cabeza y el criminal le disparó un tiro.

—La explicación parece lógica —asintió Gorson—. Usted aclara los asuntos con rapidez, Terwiliger. Me pareció extraño que matase a uno con un cuchillo y al otro de un balazo.

—Creo haberlo explicado —dijo el detective—. El asesino empleó un cuchillo para no hacer ruido. No esperaba al criado. En consecuencia, tenía que matarlo para huir. No calculó que necesitaría dos cuchillos, pero probablemente llevaba una pistola para caso de apuro.

El detective recogió del suelo el revólver, lo examinó cuidadosamente y lo depositó de nuevo en el sitio donde estaba, diciendo:

—Le diré aún más. Observe la posición de los cadáveres. Le explicaré lo que ocurrió. En primer lugar el asesino entró por la puerta.

A modo de descripción, Terwiliger fue a la puerta y adoptó una posición agazapada con una mano debajo del abrigo, como si empuñase un arma oculta.

—Delthorn estaba sentado en la mesa —continuó—. ¿Ve cómo echó atrás el sillón? El criminal quería sorprenderle; mas no lo consiguió. No obstante, cruzó el cuarto a tiempo de hundir el cuchillo en el cuerpo de Humphrey Delthorn.

"Pero, quizá hizo algún ruido. Quizá Delthorn lanzó un grito. Sea lo que fuese, el asesino retrocedió.

Terwiliger, después de cruzar la habitación, se retiró con un gesto dramático y dirigió una mirada fulminante al cadáver de Humphrey Delthorn. Daba la impresión de un asesino que contempla su obra siniestra.

Continuó diciendo:

—De pronto el criminal percibió un ruido detrás suyo. Se volvió —el detective hizo una pausa para ilustrar la acción—, y encontró al criado que se lanzaba contra él.

El jefe de policía movió la cabeza en señal de admiración.

Tenía una elevada opinión de la inteligencia del detective.

—El asesino había hundido el cuchillo en el cuerpo de Delthorn —prosiguió Terwiliger—. No empuñaba ninguna otra arma para enfrentarse con el criado y tuvo que retroceder para sacar el

revólver. El sirviente se le echó encima, pero el asesino logró zafarse y disparó.

La imitación final de Terwiliger fue un intento de reproducción de la lucha entre dos hombres, que terminó con el detective jadeante y arrimado a la pared, contemplando el cuerpo inerte de Wellington.

—Debió perder el revólver después del primer disparo —decidió Terwiliger—. Quizá el criado luchó hasta el final. Pero el asesino pensó en una cosa —el detective se palmeó la frente para indicar la inspiración que tuvo el criminal—; que alguna otra persona podía llegar de un momento a otro. Tenía que salir de la casa, precipitadamente. No quería que le viesan correr con un revólver en la mano. Por este momento no se detuvo.

Terminada la explicación, el detective recobró su pose natural. Volvióse taciturno y mostrando el aire confiado de un hombre que está seguro de sus opiniones.

El jefe de policía Gorson consideró las explicaciones de su subordinado.

Deliberada y metódicamente, se frotó la mandíbula como si buscara algún punto débil en la hipótesis de Terwiliger y no encontrara ninguno.

Finalmente, hizo una pregunta importante.

—¿Cuál fue el móvil?

Una sonrisa sabia, de hombre que está enterado, apareció en el rostro del detective. Agitando un brazo en torno de la habitación, como si intentase incluir a la casa entera en un solo gesto, afirmó:

—El robo. La casa que ofrece el mayor botín de Newbury. Donde habita un heredero de varios millones. Hay un criado en el caserón. Todo el mundo lo sabe. Algún ladrón vino a dar un gran golpe. No lo consiguió.

El tono de Terwiliger era convincente.

Gorson volvió a asentir con la cabeza. No obstante, el jefe de policía conocía que el famoso detective podía realizar mayor labor, interrogando a las personas que se encontraban en la planta baja. Ordenó al policía que vigilase; luego señaló con un gesto al detective que le siguiese. Los dos descendieron al gabinete.

Marcia Wandrop y los vecinos se hallaban reunidos formando un grupo en torno del agente destacado allí.

El jefe de policía se dirigió seguidamente a la muchacha, preguntándole:

—¿Fue usted la primera persona que descubrió el doble asesinato?

—Sí —respondió la joven.

—Hable a la señorita, Terwiliger —ordenó Gorson.

—Dígame lo que ha ocurrido, señorita Wandrop —dijo el detective.

—Empezó cuando yo regresaba a casa —comenzó Marcia, en tono vacilante—. Es decir, empezó... empezó cuando nuestro coche paró junto a la calzada.

Las palabras de la muchacha indicaban, que había pensado en alguna cosa acaecida con anterioridad a su llegada esta noche. No obstante, Terwiliger no se percató de ello.

—¿De quién era el coche? —preguntó.

—De Dorotea Garland —respondió Marcia—. Regresábamos de un club con Enriqueta Sailor. Ellas iban en el asiento delantero; yo en el de detrás. Dorotea se marchó, después de apearme yo y me dirigí hacia la entrada de servicio.

—Y después ¿qué?

—Abrí la puerta, entré, pero no vi a Wellington.

—¿El criado?

—Sí; siempre acostumbraba a recibirme a la puerta cuando yo entraba. Crucé el gabinete y le llamé. No hubo respuesta. Algo... alguna cosa... —la muchacha titubeó—, me puso nerviosa. Llamé a Wellington desde el fondo de la escalera. Tampoco recibí respuesta. Tuve miedo. Salí corriendo a la calle para decírselo a los vecinos.

"No querían entrar —añadió—, a menos que estuviesen seguros de que ocurría alguna cosa anormal. El señor Tonnley telefoneó a la comisaría y poco después llegaron los dos agentes. Los que fueron arriba.

Terwiliger se volvió hacia Tonnley. El vecino corroboró la declaración de la muchacha, en lo que á él se refería.

El detective interrogó de nuevo a Marcia:

—¿Está segura de que no vio nada? Quiero decir, ¿en la casa o en la calzada?

—Nada en absoluto —declaró la joven, con firmeza.

Terwiliger empezó a hablar con los hombres que se hallaban

presentes. Su indicación de que no tenía nada más que preguntar a Marcia, infundió a ésta en un súbito valor.

Ella se volvió al jefe de policía, preguntándole:

—¿Podría telefonar al señor Farman? Es nuestro abogado.

—Ciertamente —respondió Gorson—. Sería conveniente que viniese.

La muchacha salió del gabinete, observando que el teléfono estaba en el pasillo central. Llegó a una especie de cabina situada cerca del fondo de la escalera. Descolgó el receptor y marcó un número.

Al oír la respuesta que esperaba, mirando furtivamente hacia el gabinete, cuchicheó:

—Soy Marcia... sí... en casa... Una cosa terrible... Han asesinado a Humphrey y a Wellington... Me han interrogado, pero no dije una cosa que... Escuche... Cuando subíamos por la avenida... Warren Barringer iba en ese taxi... Estaba segura de que había venido a casa... Sí... Sí... Comprendo... No diré anda... Prometo...

La muchacha hizo una pausa, y luego, rápidamente, agregó:

—Viene alguien. Llamaré más tarde.

Marcia tocó el gancho con un dedo en el momento en que el jefe de policía salía del gabinete. La vió.

—¿No ha hablado con Farman aun? —preguntó.

—Estoy pidiendo el número —repuso Marcia—. Señorita, señorita, haga el favor...

La telefonista respondió y la muchacha dio el número, repitiéndolo en tono enfadado. El jefe de policía se quedó observando.

—Soy Marcia —dijo la muchacha—. Hace un rato que intento hablar con usted, señor Farman... Sí, estoy en casa. Humphrey ha sido asesinado, señor Farman... Sí, la policía está aquí... No... Han matado a Wellington también...¿vendrá usted en seguida?

La joven colgó el receptor. Sonrió al jefe de policía, como si tuviese que darle una buena noticia.

—El señor Farman vendrá inmediatamente —anunció—. Él le dirá a usted todo lo que sea de importancia.

—Nada es de importancia, excepto el nombre del asesino —repuso el jefe de policía, con firmeza.

Veinte minutos más tarde llegó Horacio Farman. El viejo

abogado vino en un taxi. Encontró al jefe de policía, al detective y a Marcia sentados silenciosamente en el gabinete.

La primera preocupación del abogado fue la muchacha. Preguntó si la habían interrogado; al recibir una respuesta afirmativa, preguntó si no la necesitaban más.

El jefe de policía miró a Terwiliger. El detective estaba dudoso.

—¿Qué desea usted hacer con ella? —preguntó el abogado.

—Quiero trasladarla a una casa amiga —declaró Farman—. Este lugar no es adecuado para la muchacha. ¿Dónde podría usted ir, Marcia?

Terwiliger hizo una sugerencia cuando la joven vaciló.

—¿Y las amiguitas que la trajeron a su casa? —inquirió—. ¿Podría usted comunicarse con ellas? Desearía saber si ellas oyeron algo al marcharse.

Marcia fue al teléfono a llamar a Dorotea Garland. Gorson y Terwiliger sugirieron que Farman viese la escena del estudio.

El detective se quedó en el gabinete mientras el jefe de policía y el abogado subían al estudio.

Dorotea Garland llegó con Enriqueta Sailor, en el mismo momento en que Gorson y Farman reaparecían.

Terwiliger hizo unas preguntas a las amigas de Marcia. Finalmente, dijo a su jefe que Marcia podía marcharse con las amigas.

Horacio Farman miró a la muchacha cuando ésta se disponía a salir.

—¿No tiene nada que decirme, Marcia? —le preguntó.

—No —repuso la muchacha—. He dicho todo cuanto sabía. Muchas gracias por haber venido, señor Farman. Perdone mi brusquedad cuando telefoneé; pero era tan importante que usted supiese...

—Está bien, muchacha —intercaló el abogado—. Procure olvidar el horrible suceso de esta noche. No se preocupe. Distráigase.

—¿Y los otros parientes? —inquirió el jefe de policía, volviéndose hacia Farman, cuando la joven se hubo marchado—. ¿Dónde están?

—Jasper Delthorn, el hermano, vive en el club —explicó el abogado—. Warren Barringer, el primo, se hospeda en el Hotel

Centuria.

—¡Hum! —murmuró el señor Gorson—. ¿Por qué no viven aquí?

—Caleb Delthorn, el abuelo, vivía solo —respondió Farman—, con Marcia, que ha estado en esta casa desde niña. Es tradicional que el jefe de la familia habite en Delthorn Manor. Winstead y luego Humphrey siguieron la costumbre.

—Telefonee al hotel y al club, Terwiliger —ordenó Gorson—. ¿Cómo está la herencia de Caleb, señor Farman? ¿Quién heredará la fortuna?

—Todos los nietos —declaró el abogado—. No se ha repartido aun la herencia; pero a cada parte le corresponderá más de un millón.

Terwiliger escuchaba con un oído mientras tenía el receptor arrimado al otro.

Oyó que Caleb Delthorn era muy rico. Pero ni el jefe de policía ni el detective observaron un aire de reserva en el abogado.

Horacio Farman, en carácter de representante legal de todos los herederos, tenía interés en evitar un interrogatorio. La mención de grandes cantidades para cada uno de los herederos provocó nuevas preguntas de parte de Gorson y permitió a Farman evitar un conflicto entre las demandas de la policía y el derecho de un abogado a observar el secreto sobre los asuntos de sus clientes.

Gorson, inclinado a creer en la hipótesis de Terwiliger de un intento de robo, no sospechó de Jasper Delthorn ni de Warren Barringer. Sus ideas vagas en esa dirección terminaron cuando Terwiliger volvió del teléfono.

—Acabo de hablar con Clark Brosset —anunció el detective aproximándose a los dos hombres que ahora se hallaban en la puerta del gabinete—. Brosset es el presidente del Club City. Jasper Delthorn apareció borracho allí esta noche. Tuvieron que conducirlo a su cuarto. Warren Barringer se encuentra en el club, también. Ha estado con Brosset toda la noche. En este momento, está jugando a las cartas.

El jefe de policía, señor Gorson, se volvió hacia Farman. Esta información de una fuente de confianza eliminaba toda sospecha de que Jasper o Barringer supiese algo de los criminales.

—¿Y si fuese al club —dijo—, a darles la noticia?

—Con mucho gusto —asintió Farman—. ¿Le encontraré aquí a

mi regreso?

—Sí, Terwiliger y yo buscaremos alguna pista.

Cuando el abogado se hubo marchado, el jefe de policía y el detective volvieron al estudio. Gorson observaba a Terwiliger mientras éste inspeccionaba la habitación. El jefe de policía estaba satisfecho de la labor del detective.

El robo había terminado en asesinato. Era la hipótesis de Terwiliger y a Gorson le gustaba. La policía había aceptado esta solución como definitiva.

CAPÍTULO XVII

LA PRESENCIA DE LA SOMBRA

HABÍAN transcurrido varias noches desde que ocurrieron las muertes de Humphrey Delthorn y Wellington.

Jasper Delthorn hallábase sentado a la mesa de escritorio del estudio del segundo piso de Delthorn Manor. Su pesada corpulencia producía mejor impresión en el enorme sillón, que sus difuntos hermanos ocuparon antes que él.

Una sonrisa siniestra cruzó el rostro de Jasper. El nuevo jefe de la familia Delthorn, estaba satisfecho del giro de los acontecimientos.

Nadie había supuesto la hipótesis de que Winstead Delthorn fue asesinado; ni la policía había cambiado de opinión respecto de las muertes de Humphrey y Wellington. El detective Terwiliger seguía buscando la pista de un supuesto ladrón.

El teléfono repiqueteó en la mesa de Jasper. El hombre de la sonrisa siniestra alzó el receptor y amplió su sonrisa al oír una voz procedente del otro extremo del hilo. Sostuvo una breve conversación, que terminó de súbito al percibir el ruido de unas pisadas en el pasillo exterior. Era Holley, el chofer que había substituido a Wellington en sus deberes de mayordomo. El criado venía a anunciar al jefe de policía, señor Gorson, que estaba abajo con el detective Terwiliger.

Jasper le ordenó:

—Que suban.

Añadió a media voz, cuando Holley se hubo marchado:

—¿Qué les traerá por aquí esta noche?

La pregunta de Jasper iba a ser contestada muy pronto.

Gorson tenía un aire muy serio al entrar en el estudio, mientras

Terwiliger lo tenía de hombre muy enterado.

Gorson saludó:

—Buenas noches, señor. Venimos a conferenciar con usted. Deseo que oiga lo que Terwiliger tiene que decir. Está sugiriendo una nueva hipótesis sobre este caso.

Jasper señaló hacia unos sillones y se reclinó en el suyo, mirando con frialdad a sus visitantes. El actual aspecto de Jasper no se señalaba como un incorregible borrachín. En realidad, apenas había bebido desde que se instaló como dueño en Delthorn Manor.

El detective comenzó a hablar:

—Se trata de su hermano Winstead. He estado investigando sobre su muerte, señor Delthorn. Me ha chocado que muriese poco antes del asesinato de Humphrey.

Jasper movió pensativamente la cabeza.

—La muerte de Winstead fue muy repentina —dijo—. Pero no acierto a ver la relación que tiene con el asesinato de Humphrey.

—¿No? —preguntó Terwiliger—. Bien, mírelo de otro modo. Quizá el asesinato de Humphrey tenga alguna relación con la muerte de Winstead.

—Eso es, simplemente, hacer la pregunta al revés.

—Quizá sí. Quizá no. Pero me gusta empezar una cosa desde el principio. He estado pensando que... tal vez, la muerte de Winstead fue un asesinato también.

Jasper Delthorn abrió la boca, pasmado de asombro. Miró con fijeza de Gorson a Terwiliger. Observó el aire serio de los rostros de los dos hombres.

—No quiere usted decir —la voz de Jasper tenía un acento de espanto—, que mi pobre hermano Winstead...

—Quiero decir —interrumpió el detective—, que la muerte de Winstead parece muy sospechosa.

Sucedió una larga pausa.

El jefe de la familia empezó a mover la cabeza en señal de asentimiento. El comisario de policía ordenó con un gesto a Terwiliger que continuase.

—Una caída en la escalera —prosiguió el detective—. La causa pudo ser un accidente. Es lo que todo el mundo creyó. Mas, si no hubo tal accidente, entonces el caso es más complicado de lo que me imaginaba.

—¿Quiere usted decir, una comparación? —inquirió Jasper, en tono de ansiedad—. Si ese es el caso...

—No se preocupe, señor Delthorn —interrumpió Gorson—. No habrá más asesinatos mientras yo esté por aquí. Destacaremos a varios detectives para que se dediquen al esclarecimiento del caso. Terwiliger desea instalarse aquí mientras investiga. Ese es el primer paso.

—Si usted pide mi aprobación —respondió Jasper, en tono de alivio—, la tiene usted desde este momento. Me ha alarmado usted, señor Gorson. Es horrible pensar que Winstead puede haber sido asesinado. Pero me preocupa sobremanera oírle insinuar que mi propia vida puede correr peligro.

—No existe ningún peligro —afirmó Terwiliger.

—Esto es muy serio —declaró Jasper, meneando la cabeza—. Hay que hacer algo inmediatamente.

—Déjelo de cuenta de Terwiliger —insistió Gorson—. Tiene carta blanca. Puede empezar aquí e ir adonde le plazca.

La declaración del jefe de policía provocó una respuesta del detective. Éste se incorporó y anunció:

—¡Winstead Delthorn fue asesinado! Como Humphrey. Todo forma parte del mismo plan. Ignoro de qué se trata, pero prometo una cosa. ¡Usted, señor Delthorn, y usted, señor Gorson, recuerden mis palabras! ¡Cuando ustedes vuelvan a encontrarse en esta habitación, traeré las pruebas necesarias para capturar al asesino!

"¡Recuérdelo! ¡Lo juro! ¡Encontraré pruebas y se las presentaré!

El jefe de policía aprobó las palabras del detective.

—Terwiliger habla en serio, señor Delthorn —afirmó—, le he oído hablar de este modo en otras ocasiones. Entrará en esta habitación, cuando usted y yo estemos aquí, y nos presentará las pruebas, no cabe duda.

—Así lo espero —dijo Jasper—. Le ayudaré en todo cuanto pueda, Terwiliger. Opino que sería conveniente que usted se quedara aquí desde este momento.

—Él está seguro, no se alarme, señor Delthorn, de que el asesino volverá al escenario del crimen.

—La hipótesis es excelente —observó Jasper—. Ordenaré que le preparen una habitación, Terwiliger.

—Me echaré en el gabinete —manifestó el detective—. Quisiera

realizar algunas pesquisas esta noche.

Se levantó, dando el asunto por liquidado.

El jefe de policía le imitó. Jasper salió de detrás del sillón para reunirse con ellos. Los tres descendieron la escalera. Terwiliger, deteniéndose en el pasillo, lanzó una mirada a los escalones.

—Ahí cayó Winstead Delthorn —manifestó en tono dramático—. Por ahí escapó el asesino. Llegó aquí... luego.

El detective se volvió lentamente. Apuntó en dirección del gabinete, como única posible vía de escape; luego hacia la puerta principal; finalmente hacia las puertas correderas de la vasta sala de recepción.

—Quizá por allí —sugirió—. ¡Por ahí puede huir el criminal!

—Difícilmente —rió Jasper—. Ese lugar no tiene salida.

El detective avanzó y abrió una de las puertas correderas. Jasper y Gorson le siguieron. Al entrar en la vasta sala, Delthorn observó que no había luz eléctrica. Rascó una cerilla y se encendió las bujías del candelabro.

Los policías giraron la vista extrañados en torno de la sala. La débil iluminación daba una impresión de inmensidad. El perfil de la galería cuchicheante se destacaba siniestra en la orilla de la lúgubre luz.

—Parece un lugar de fantasmas —comentó el jefe de policía.

—Mi abuelo —observó Jasper, en tono meditabundo—, creía que los espíritus de sus antepasados moraban en esta sala. Estaba convencido de que su propio espíritu permanecería aquí.

—Los fantasmas no matan —gruñó Terwiliger.

—No creo en esas paparruchas —rió Jasper, brevemente.

Su tono no era jubiloso. Alguna cosa de la habitación hacía temblar al nuevo dueño de Delthorn Manor.

¿Era algún ser misterioso que ahora vivía en el cuarto?

Gorson y Terwiliger se marchaban. Jasper fue a la mesa y extinguió las velas. Se volvió para seguir a los otros; al hacerlo, se imaginó oír un suspiro a través de la habitación.

¿Era un siniestro recuerdo de la terrible risa que pareció tocar a difunto?

Así empezó la risa, en tono silbante y creciente. Jasper se quedó paralizado de espanto, temblando en espera de la risa burlona que esparciera sus ecos por todos los ámbitos de la habitación.

Mas no se repitió: el cuchicheo se desvaneció en la nada. Jasper casi huyó hacia la puerta. El fantástico sonido le había helado de espanto.

Terwiliger se instaló en el gabinete. El jefe de policía se despidió. Jasper Delthern subió al estudio. Una vez dentro, cerrada la puerta, volvió a alzar el receptor telefónico. Habló con cautela.

—Ese estúpido detective está aquí —dijo a un oyente desconocido—, instalado en el gabinete. Cree que ha descubierto alguna cosa importante. Me está guardando, protegiendo.

Jasper se echó a reír. Luego añadió:

—Seguramente... Me olvidaré de él... Le vigilaré mañana... Me hace reír.

Colgando el receptor se dispuso a terminar su trabajo. Revisó varios cajones de la mesa; luego se incorporó y se estiró.

En el gabinete, Terwiliger, con un ojo abierto, miraba hacia el lóbrego pasillo. Estaba considerando su hipótesis del crimen.

Quizá fueron sus meditaciones lo que le impidió observar una masa de negrura, que lentamente avanzaba procedente de la vasta sala de recepción; quizá fue el silencio con que la masa negra se movía.

Sea lo que fuere, el detective no observó que la puerta corredera se abría. No vio a la elevada figura que emergió de la sala de recepción. Una silueta extraña penetró en el pasillo. La puerta corredera cerróse.

La figura fantasmal permaneció inmóvil, mientras unos ojos ardientes miraban hacia Terwiliger. Un ser vestido de negro esperaba y vigilaba.

Terwiliger cerró los ojos. La extraña figura deslizóse hacia la puerta principal.

Breves instantes después, aquella puerta se abrió y se cerró. La figura sigilosa era invisible en la noche. El tono suave, casi imperceptible, de una risa sibilante, se unió con el crujir de las ramas de los árboles del jardín.

Una vez más, La Sombra había estado en Delthern Manor. Fue él quien dio la sensación de la presencia de un fantasma en la sala de recepción.

Su escalofriante risa mostraba que había aclarado el misterio de los sucesos ocurridos en aquella mansión esta noche.

Terwiliger alardeó de que recogería pruebas comprometedoras para el asesino. Jasper Delthorn se rió burlescamente en secreto. Esta era la situación en Delthorn Manor ahora.

¡La Sombra estaba enterada!

¡El fantasma de la noche había aclarado el misterio!

CAPÍTULO XVIII

TERWILIGER HABLA DEMASIADO

LOS ojos del detective se cerraron como si durmiesen. Permanecieron así cuatro minutos. De repente volvieron a abrirse. El sabueso arrojó una mirada feroz hacia el pasillo. Transcurrió otro minuto. El detective salió de la otomana y se puso en pie.

Saliendo al pasillo, escudriñó la escalera. Se volvió y miró hacia las puertas de la sala de recepción. Titubeó. Volviéndose hacia la escalera, empezó a subir de dos en dos los escalones y no se detuvo hasta llegar a la puerta del estudio de Jasper Delthorn.

Sin llamar, abrió la puerta y entró. Jasper Delthorn estaba de pie junto al escritorio, sobresaltado. Al parecer, disponíase a salir.

—¡Ya lo tengo! —exclamó el sabueso, excitado—. ¡Ya lo tengo!

El dueño contempló con aire perplejo al detective.

Terwiliger le asió un brazo. Condujo a Jasper al pasillo y señaló hacia lo alto de la escalera. Cuchicheando, declaró.

—Lo descubrí mientras dormitaba. ¡Tengo una idea de cómo asesinaron a su hermano Winstead! ¡Venga!

Jasper siguió al detective. Este se detuvo en lo alto de la escalera. Señaló hacia abajo; luego agitó las manos para indicar el peculiar rincón donde se encontraban.

—Es un lugar extraño, ¿no es cierto? —inquirió.

—Sí —reconoció Jasper—. Mas, ¿qué relación tiene esto con el crimen?

Terwiliger se arrodilló y midió el peldaño superior. Descendió al fondo de la escalera, contando mientras bajaba. Hizo una serie de cálculos con la punta de los dedos, indicando a Delthorn, con una seña, que descendiera al pasillo inferior.

Cuando Jasper lo hizo, el sabueso fue con aire de misterio hacia

las puertas de la sala de recepción. Abrió una puerta y entró en la enorme y silenciosa habitación. El otro le siguió.

Este lugar no había agradado a Jasper hacía un rato. Ahora, cuando Terwiliger proyectaba los rayos de una linterna eléctrica, el maderamen negro de la sala parecía perder mucho de su aspecto sombrío. Parecía desposeído de su atmósfera fantasmal.

Jasper recobró su aplomo y observó cómo los destellos de la linterna del sabueso se enfocaban sobre la galería del extremo de la habitación. Un grito de júbilo partió de los labios del detective.

—¿Qué sucede? —inquirió Jasper.

—Por lo que deduzco —declaró Terwiliger—, esa galería está al nivel del rellano de la escalera. No sólo eso, casi está en la misma línea. ¿Comprende lo que digo, señor Delthorn? ¡Quizá la galería es una extensión del rellano!

—Hay una pared junto a la escalera —objetó Jasper.

—Ya lo sé —insistió el detective—, pero es un artesonado de roble igual al de aquí. Oiga, ¿cómo se sube a esa galería?

Empezó a enfocar la luz en torno de la habitación. Finalmente la proyectó sobre la escalera de caracol del rincón. Iba a dirigirse hacia allí, cuando Jasper le detuvo.

—Es una tontería subir por ahí —sugirió el nuevo jefe de la familia Delthorn—. ¿Por qué no prueba el rellano? Es de más fácil acceso... y está iluminado.

—Tiene razón —asintió el detective—. Ahora comprende usted lo que quiero decir. Venga, subiremos por la escalera.

Llegaron al descansillo. El sabueso soltó una risita al dar unos golpes en el artesonado. Se imaginó oír un sonido hueco. Sugirió ese hecho, Jasper respondió que probablemente todos los artesonados sonarían lo mismo, sobresaliendo ligeramente de la pared interior.

—Es probable —declaró el detective—. Sé lo que usted piensa: hay una pared sólida a todo lo largo de la escalera. Mas esto no quiere decir que no haya un arco en este lugar. Mire.

El detective miró con rostro feroz a Jasper. Empezó su papel favorito. Le encantaba demostrar cómo podían trabajar los criminales.

—Aquí está su hermano Winstead —explicó el sabueso—. Está mirando hacia el fondo de la escalera —agachó los hombros— y no

observa lo que ocurre detrás de él. De repente...

El detective cambió de posición. Se arrimó al artesonado y adoptó una actitud asesina. Frunció el ceño y dirigió una mirada feroz hacia lo alto de la escalera.

—Este artesonado se abre —continuó Terwiliger, desempeñando la segunda interpretación de su hipótesis del crimen—. Un hombre sale... —el sabueso extendió los brazos— y hace presa en su hermano. Estaba algo enclenque, débil, ¿no es cierto? Me refiero a Winstead.

"Pues bien, este pájaro da un empujón a su hermano y lo tira escaleras abajo. Escuche —el detective retrocedió apartándose de los escalones—. ¡Eran cien contra uno que Winstead no se levantaría después de esa tremenda caída!

—Sin embargo, el artesonado es sólido —observó Jasper—. No sólo sería necesario atravesarlo sino que se tendría que ver a través de él para hacer lo que usted dice. Olvide eso, Terwiliger. ¡Ha estado usted soñando!

—¿Soñando? —bufó el sabueso—. Escuche, cuando yo hablo, sé lo que me digo. Este artesonado está dividido en dos. Quizá uno de ellos es postizo, sino lo son los dos.

Empezó a examinar la madera, mas fue inútil. Jasper Delthern mostró impaciencia al volverse para regresar a su estudio.

Terwiliger alzó la vista y levantó el índice de la mano derecha con aire impresionante.

—¿Recuerda lo que dije? —interrogó—. ¿Qué traería las pruebas para atrapar al asesino? ¿Que usted estará en el estudio y que mi jefe le acompañaría cuando yo las entregue?

El sabueso profirió una carcajada. Golpeó en el artesonado y soltó una risita al asaltarle una nueva idea.

Insistió:

—Tengo una pista segura. Déjelo de mi cuenta, señor Delthern. Vuelva a su estudio y espere a que yo le llame. Me verá usted atravesar esta pared tan sólida.

"¿Cómo? —continuó el sabueso—. Se lo diré. Voy a subir a aquella galería, empezaré mis trabajos desde allí. ¡Fantasmas! Quizá uno me atrape en la oscuridad. ¡Ja, ja, ja!

Jasper sonrió al oír la risa burlona del detective. Posó una mano en la puerta del estudio.

Dijo:

—Vaya, Terwiliger. Yo voy a acostarme. Mi habitación está en el extremo del vestíbulo. Llámeme cuando encuentre algo, si es tan afortunado. Creo que está perdiendo el tiempo.

—Ya verá usted —repuso el detective.

Terwiliger descendió la escalera, Jasper entró en el estudio. Una vez dentro se paró, frunció el ceño. Cerró la puerta y oprimió el conmutador de la luz.

En la oscuridad, empezó a murmurar para sí.

Entretanto, Terwiliger había llegado a la sala de recepción. El detective entró en la vasta y lúgubre sala y cerró la puerta tras él. Avanzó hacia la escalera de caracol, con su linterna sorda, y ascendió una serie de escalones crujientes.

En la galería, el sabueso observó la atmósfera silenciosa del lugar. Sus pisadas producían unos ecos peculiares. Terwiliger hizo una pausa. Esta galería parecía habitada por fantasmas.

¿Qué importaba? Él tenía que realizar una labor.

Dobló el recodo de la galería. Soltó una risita al aproximarse a la pared extrema, donde el pasillo torcía también. El sonido de su risita se esparció de un modo extraño. Terwiliger se detuvo y esperó a que los ecos terminasen.

Luego, acercándose al extremo del comedor, se agachó y empezó a examinar el entablamento con su linterna sorda, formando un círculo con su destello luminoso. Su mano libre ascendió. Llegó a una moldura ornamental.

Palpó la trabajada madera. Otra risita brotó de sus labios, y esparció sus ecos por la galería.

¡Clic!

La moldura se levantó. Terwiliger, escudriñando muy cerca, observó una ranura horizontal. Apagó su linterna.

¡A la tenue iluminación del otro lado del artesonado, el sabueso vió el rellano de lo alto de la escalera!

Vivamente, Terwiliger empezó a buscar otro resorte, que abriría el artesonado lo suficiente para pasar su cuerpo. Probó una moldura del costado.

Se movió ligeramente. Respiraba intensamente. El detective, absorto en su trabajo, había perdido la noción del lugar donde se encontraba, hasta que el reloj de pared de la sala de recepción de

abajo empezó a zumar.

El sonido extraño era sobresaltante. Terwiliger se volvió y rápidamente proyectó los rayos de su linterna a lo largo de la galería, en todas las direcciones. Luego enfocó la luz hacia abajo, sobre la sala de recepción.

El sabueso observó que la galería y la vasta sala estaban desiertas. Sus ojos y sus oídos descubrieron simultáneamente la causa de esta alarma. En el mismo instante en que los rayos de la lámpara eléctrica revelaron la faz del reloj de pared, éste empezó a tañer.

Terwiliger emitió una risita. Nuevos ecos se oyeron con el tañido. De nuevo el detective, enfocó su linterna a lo largo de la galería para asegurarse de que no había nada anormal. Cuando el tañido terminaba, se volvió hacia el artesonado que atrajera su atención.

El reloj empezó a tocar las doce. El sonido retumbaba en aquel cuarto tétrico de techo alto. Ahogaron todos los ruidos menores.

Mientras tañía la campana, Terwiliger continuaba trabajando en la moldura vertical. Esta se movió. El detective oyó un leve chasquido entre el repiqueteo del reloj, pero no sucedió nada.

Encendió de nuevo su linterna eléctrica. De pronto, cuando el reloj terminaba sus campanadas finales, el sabueso gargarizó roncamente.

Unas manos férreas le asieron la nuca. Unos dedos poderosos le ciñeron la garganta. ¡Un jadeo estrangulador le ahogaba! ¡Una fuerza poderosa le empujaba arrojándole al suelo!

El reloj seguía tañendo. Terwiliger, manoteando vanamente en la oscuridad, oyó las campanadas finales en medio de un estruendo creciente y ensordecedor. Sus jadeos quedaron ahogados.

A medida que los ecos de la campanada de las doce se esparcieron por todos los ámbitos de la galería cuchicheante, Terwiliger perdió la batalla. La lucha del detective no había terminado, pero no tenía fuerza en las manos y sus vanos jadeos le estrangularon.

El cuerpo del detective se retorció espasmódicamente.

Las garras de la muerte apretaron más. El tiempo transcurrió de un modo fantástico en aquella oscuridad infernal. Al fin, el detective no se movió más.

Transcurrió más tiempo aún en Delthorn Manor. Varios minutos después de que aquellas manos de acero hicieran presa en la garganta del incauto detective, Jasper Delthorn hallábase sentado delante de la gigantesca mesa de escritorio en el estudio del segundo piso.

El menor de los hermanos Delthorn, el único superviviente de los tres, sonreía siniestramente al posar su manaza sobre el teléfono. Lentamente, alzó el receptor. Su sonrisa se intensificó.

Era una sonrisa diabólica que indicaba la consumación de un acto monstruoso. No obstante, Jasper creía sonreír triunfalmente. Se deleitaba del final de un hombre indiscreto.

La muerte había entrado de nuevo en Delthorn Manor. Otra vez un asesino acechó a su presa. En esta ocasión, la víctima debió mostrarse precavida. En lugar de ello, ella misma se preparó imprudentemente un horrible final.

El detective Haroldo Terwiliger, as del cuerpo de Newbury, había encontrado la muerte.

¡El sabueso usó el método deductivo en Delthorn Manor esta noche, mas había hablado demasiado!

CAPÍTULO XIX

JASPER CONVOCA UNA REUNIÓN

LA tarde siguiente, a última hora, Warren y Clark Brosset estaban sentados en la oficina del presidente del Club City.

Los dos hombres habían estado juntos con frecuencia durante los últimos días pasados, y en cada ocasión, la conversación se refería al tema de Jasper Delthorn.

—Estamos jugando sobre seguro, Warren —observó Clark, tamborileando en la mesa, pensativamente—. Pero ¿adónde nos conducirá?

—Hasta ahora —repuso el joven—, no parece que la policía haya descubierto ninguna pista que señale a Jasper.

—No —asintió su amigo—; pero, por otra parte, no han sospechado que usted estuvo en Delthorn Manor la noche de los asesinatos. Por este motivo le he aconsejado a usted que se mantenga al margen por ahora.

—Esperar con ojo alerta —sonrió Warren—. Tarde o temprano se descubrirá, Clark. Cuando esto suceda...

—Puede confiar en mí. Obre con discreción siempre, Warren.

—Así lo he estado haciendo. Su consejo de que me mantenga al margen de los sucesos de Delthorn Manor ha sido útil. Ni siquiera he visto a Horacio Farman.

—¿A santo de qué debía usted verle? Él no es más que un administrador de la fortuna. No lo moleste. Tengo el presentimiento de que Jasper mismo se comprometerá. Cuando llegue ese momento...

El repiqueteo del teléfono los interrumpió. Clark Brosset alzó el receptor.

Un aire perplejo apareció en su rostro, al hablar.

—Creo que está por el club —manifestó el presidente—. Aguarde un momento.

Tapó la bocina y miró con aire ansioso a Warren.

—Es para usted —comunicó a media voz—. Horacio Farman. Escuche, Warren, para lo que quiera, aunque sea una entrevista en su oficina, diga que está ocupado. Dígale que espere unos minutos hasta que usted pueda decidir. Luego cuénteme de qué se trata. ¿Comprende?

Warren movió la cabeza en señal afirmativa. Asiendo el receptor, habló a Horacio Farman. Clark Brosset escuchó atentamente.

—Sí —dijo Barringer—. Me alegro de oírle, señor Farman... Sí... Sí... Supongo que sí... Pero... Desde luego... No hay motivo para que lo rehuse... ¿Esta noche? Resulta inesperado... Iba a salir con algunos amigos del club. No quería dejarlos plantados a menos que ellos consientan en... Perfectamente. Si aguarda un instante mientras les hablo. Están en el vestíbulo...

El joven tapó rápidamente la bocina y cuchicheó a Clark Brosset. Le dio la noticia. Anunció:

—Jasper ha telefoneado a Farman. Desea una conferencia. En Delthorn Manor. Esta noche. Llamó al abogado primero. Y me telefoneará a mí si Farman le notifica que acepto.

Clark Brosset alzó la mano, indicando que consideraba la situación. Al fin movió la cabeza en un gesto de asentimiento, cuchicheando que Warren aceptase.

El joven habló:

—Diga, señor Farman. He podido cambiar mis planes... Sí, dígle a Jasper que me telefonee... Seguramente tendré mucho gusto en hablar con él... sí... Entendido, estaré aquí...

Después de colgar el receptor, explicó a Brosset.

—Jasper no quería telefonarme. Manifestó a Farman que se ha vuelto muy serio y muy formal desde que ha asumido la responsabilidad de jefe de la familia Delthorn.

"Según Farman, Jasper opina que él y yo debemos ser amigos. Desea celebrar una conferencia de familia; él, yo y Marcia Wandrop, en presencia de Farman, quien lo considera una idea excelente.

—Perfectamente —asintió Brosset—. Veo lo que se propone.

Debe creer que está a salvo ahora y que el acuerdo familiar sería un buen paso. La hipótesis policíaca de que se trata de un intento de robo constituye una suerte para Jasper... y para usted... en cierto modo.

"Espere aquí a que Jasper llame —continuó—. Vaya a Delthorn Manor esta noche. Su primo, cuando no está bebido, es sociable. No tendrá usted ningún incidente como le ocurrió con Winstead y Humphrey, especialmente si la invitación procede de él.

"Pero conserve la serenidad. No deje que Jasper sepa que usted sospecha de él. Sea afable. Averiguará usted más de este modo.

—Puede ser una trampa —observó Warren, en tono preocupado—. No he encontrado más que desgracias cada vez que he estado en Delthorn Manor, Clark.

—No sea supersticioso.

—Pero Jasper es peligroso.

—No para usted, Warren. Ha llegado al punto que él quería. Es el principal heredero. La mitad de la fortuna es suya. Ha logrado eludir los riesgos hasta ahora. Si ocurre algún otro incidente allí, se encontrará en una situación verdaderamente peligrosa.

"Jasper desea su amistad. Usted y Marcia constituyen su salvaguardia. No puede tocar un céntimo más, a menos que elimine a ustedes dos. Un solo asesinato no conseguiría nada.

"Jasper trata de congraciarle. Ya no bebe, y juega sobre seguro. Es probable que su anterior conducta de juergas y borracheras haya sido una pura ficción. El único modo de hacerle frente es establecer contacto con él, ahora que él mismo ha preparado el terreno.

Clark Brosset hablaba en tono convincente. Warren se congratuló de recibir el consejo de su amigo.

—Siga su anterior táctica —añadió Brosset—. Dio resultado y saldrá bien otra vez. Confíe en mi ayuda.

Los dos amigos aun charlaron durante un cuarto de hora. El repiqueteo del teléfono anunció otra llamada. Clark Brosset respondió y habló en tono afable. Sus labios formaron silenciosamente un nombre que Warren observó cuando Brosset le dio el receptor.

—Jasper —fue la manifestación de Brosset.

El presidente del club escuchó mientras Warren hablaba con su primo.

—Hola, Jasper —saludó Warren—. Ciertamente... Siempre me alegro de saber de ti... Se lo dije al señor Farman... Sí, esta noche me viene muy bien... ¿A las nueve? Perfectamente... Hasta luego.

—Magnífico, Warren —comentó Brosset, terminada la conferencia—. ¿Y si bajásemos a cenar? Luego puede marcharse a Delthorn Manor.

El joven asintió. Descendieron al comedor, donde cenaron con otros miembros del club. Retornaron al despacho de Brosset, charlaron un rato y finalmente terminaron cerca de las nueve menos cuarto.

Clark Brosset estrechó calurosamente la mano de Warren Barringer. Le acompañó hasta la puerta de la calle.

—No es necesario actuar con sigilo esta noche —cuchicheó, al subir Warren a un taxi—. No se precipite. No cometa ninguna imprudencia. Estaré por el club cuando usted regrese.

Alguna cosa se deslizaba por el suelo del vestíbulo del Club City, cuando Clark Brosset cruzó la puerta principal. El presidente no la vió. Una masa de negrura, una sombra, avanzó hacia la escalera y ascendió delante del hombre a quien seguía.

Antes de que Brosset llegase a lo alto de la escalera, la puerta de su oficina abrióse al tocarla una mano invisible. Una figura sigilosa se deslizó hacia el interior.

Cuando Clark llegó y encendió la luz, no había señal de ningún ser viviente.

Tan sólo la espesa negrura que había al otro lado de un archivo indicaba el lugar donde podía encontrarse un ser humano. Sin embargo, no se veía ningún movimiento allí.

El teléfono repiqueteó. Clark Brosset respondió a la llamada, sostuvo una conversación breve y colgó el receptor. El presidente del club abrió la caja de caudales empotrada en la pared y se entretuvo allí, viéndose claramente sus acciones desde el rincón. Finalmente sacó los libros de registro del club, cerró la caja de caudales, luego depositó los libros encima de la mesa.

Al cabo de unos momentos de tamborilear pensativamente en el escritorio, Clark Brosset se puso nervioso. Con las manos embutidas en los bolsillos se paseó de un lado a otro del despacho, luego extinguió las luces y salió, cerrando la puerta tras sí.

Alguna cosa produjo un ligero rumor en el rincón, del otro lado

del archivo.

Una figura viviente cruzó la oficina. Un diminuto disco de luz, del tamaño de una moneda, arrojó su destello en torno de la habitación.

El resplandor recorrió la superficie de la mesa. Hizo una pausa sobre el teléfono. Se posó un instante sobre los libros de registro. Se proyectó hacia el otro lado del despacho y arrojó un brillante destello sobre la parte inferior de la caja de caudales de donde se extrajeron los libros.

Una risa suave y sibilante rompió el silencio de la oficina. La nota de júbilo señalaba la culminación de los esfuerzos de La Sombra. Su nota indicaba la realización de investigaciones anteriores.

Expresaba que el ser fantasmal, que cruzara los pasillos del club, como antes apareciera en las lóbregas habitaciones de Delthorn Manor, tenía un objetivo.

Aquella risa demostraba que el rey de la noche estaba informado. El fantasma de la oscuridad conocía el giro que habían tomado los acontecimientos. Había estado en esta oficina en anteriores ocasiones; había averiguado la clase de planes que Warren Barringer trazara con Brosset.

Jasper Delthorn esperaba la visita de su primo. Pronto se encontrarían los dos en Delthorn Manor. Era demasiado tarde para que La Sombra pudiese asistir al principio de la entrevista.

La oficina era el lugar adonde Warren había prometido telefonear después a Clark Brosset. Era un lugar tan importante como Delthorn Manor. Antes de que La Sombra se personase en Delthorn Manor, debía realizar cierto trabajo aquí, mientras Clark Brosset estaba ausente de la oficina.

La risa escalofriante de La Sombra se repitió. ¡Resonó como señal de un descubrimiento que orientaba sus pasos en esta noche fatal!

CAPÍTULO XX

LA ADVERTENCIA

JASPER Delthorn estaba de pie junto a la puerta de la sala de recepción. La vasta habitación estaba iluminada por largas hileras de velas que se extendían desde el fondo de la galería. El candelabro de la mesa también estaba encendido.

Holley, el chofer y ahora nuevo mayordomo, se aproximó al dueño de Delthorn Manor. Anunció a un visitante.

—El jefe de policía, señor.

—Hágalo pasar —ordenó Jasper.

Holley se marchó y regresó en compañía de Sidney Gorson. Condujo al jefe de policía al lugar donde Jasper estaba de pie. Jasper se volvió, estrechó la mano de Gorson y agitó la otra mano hacia la habitación.

—Magnífica vista. ¿No es cierto? —inquirió.

—Sí —asintió Gorson—. ¿Para qué están encendidas todas las luces?

—Para celebrar una reunión de familia —explicó Jasper—. Es la vieja tradición de la casa Delthorn. Usted sabe lo que le dije anoche. Los espíritus de nuestros antepasados.

Jasper profirió una carcajada al interrumpir la frase, indicando de este modo que no creía en las fuerzas sobrenaturales. Habló de nuevo, en tono natural, mientras fingía observar fascinado las bujías vacilantes.

—Le llamé a usted para preguntarle por Terwiliger —dijo—. ¿No ha tenido usted noticias de él?

—No —repuso Gorson—. Por esto me apresuré a venir, al saber que usted quería verme. ¿De qué se trata? ¿Dónde está Terwiliger?

—Se marchó esta mañana —informó Jasper—. No me dijo

adónde iba. Simplemente manifestó que había descubierto una pista. Me rogó que telefonease a usted y concertase una cita en el estudio después que él regresara esta noche.

—Es extraño —comentó Gorson.

—De ningún modo —repuso Jasper—. ¿Recuerda usted lo que él dijo anoche? ¿Que vendría cuando usted y yo estuviésemos reunidos, para presentarnos las pruebas?

—Sí. Afirmó que echaría el guante al asesino.

—Exacto. Pues por eso se condujo con tanto misterio esta mañana. Quería terminar el caso de un modo dramático. Tenía un aire muy confiado cuando se marchó.

"Yo había convocado una conferencia de familia esta noche. Mi prima, Marcia Wandrop, está en la casa. Mi otro primo, Warren Barringer, llegará pronto. Espero a mi abogado, el señor Farman, a las nueve.

Jasper hizo una pausa y luego continuó:

—Dado que estaremos ocupados en esta sala, discutiendo asuntos de la herencia, he pensado que sería mejor que usted estuviese aquí en caso de que Terwiliger venga. Puede esperarle en el gabinete. Él manifestó que llegaría alrededor de las nueve.

Cuando Jasper terminó sus manifestaciones, sonó un golpe en la puerta principal. Los dos hombres salieron al pasillo. Jasper observó que Horacio Farman acostumbraba llegar por esta ruta, poco usada. No obstante, en lugar del abogado, el nuevo criado abrió a Warren Barringer.

—¡Ah! ¡Mi primo! —saludó Jasper, avanzando con viveza para recibir al visitante.

Presentó al recién llegado al jefe de policía y los tres se dirigieron a la sala de recepción. Warren Barringer expresó su admiración por el magnífico aposento.

—Sí, es espléndida —asintió Jasper—. Es la primera vez que has entrado aquí, ¿no es verdad, Warren? Esta sala era el lugar de exhibición de nuestro abuelo. Celebramos una reunión aquí poco después de fallecer, antes de tu regreso del extranjero.

Warren asintió en silencio. Sin mirar hacia su primo, notó su cambio de voz.

En su opinión, Jasper hacía un gran esfuerzo para demostrar que había cambiado.

El jefe de policía, señor Gorson, deambulaba por la sala contemplando el mobiliario y mirando hacia la galería cuchicheada. Jasper le llamó desde la puerta.

—Warren y yo vamos a subir al estudio —le informó—, bajaremos cuando llegue el señor Farman. Si Terwiliger aparece entretanto, suban al despacho.

En el corredor, Jasper Delthorn hizo una seña a Warren y empezó a subir la escalera. Antes de que el joven pudiera seguirle, una mano asió a éste del brazo. Al volverse, encontróse con Marcia Wandrop. La muchacha había salido de su gabinete.

Ella se llevó un dedo a los labios cuando su primo se disponía a hablar.

Luego cuchicheó. Sus palabras parecían como dictadas por una extraña intuición, la intuición femenina de que sucedía alguna cosa anormal.

—Ten cuidado —le advirtió la muchacha—. Estuviste aquí cuando ocurrieron desgracias. Cuando murió Winstead, y cuando asesinaron a Humphrey y Wellington...

Warren contempló asombrado a su prima. La vió la noche que visitó a Winstead, pero ignoraba que ella supiese que él estuvo en la casa la noche del doble asesinato.

¡Era esto un ardid, para cazarle en una trampa! Una mirada al rostro de Marcia le convenció de su error. La faz de la muchacha parecía pálida y preocupada.

—Quédate aquí —agregó ella—. No subas con Jasper. Temo por ti... porque creo en ti...

Marcia no terminó la frase. Observaba la escalera mientras hablaba. Viendo que Jasper se volvía para mirar hacia abajo, la muchacha sonrió al hablar en tono más alto.

—Ciertamente, me alegro de conocerte —declaró—: tienes que venir a vernos con frecuencia, primo Warren.

Él respondió en igual tono. Jasper descendió la escalera, sonriendo de satisfacción al presenciar el encuentro.

—Nuestra prima, Marcia Wandrop —dijo a Warren—. Veo que ya os habéis presentado mutuamente. Marcia se reunirá con nosotros, cuando llegue Farman. Subamos al estudio, Warren.

—¿Me dispensas? —preguntó Warren a su prima.

La muchacha movió la cabeza con expresión de asentimiento,

pero en sus ojos aparecía una mirada de súplica, mudo mensaje a Warren para que no fuese con Jasper. La mirada se trocó en una advertencia clarísima, cuando Warren meneó negativamente la cabeza.

A pesar de la súplica de su prima, el joven estaba resuelto a ir al estudio. Al seguir a Jasper, por la escalera, se sobrepuso a los primeros efectos de la advertencia de Marcia. Por lo visto, la muchacha supo que él estuvo allí la segunda noche, y, naturalmente, estaba preocupada.

Mas Warren dudaba de si ella estaba preocupada por él. ¿Cómo podía saber ella que él era inocente? ¿No era lógico que ella pensase que, tal vez, él era el asesino e intentaba asesinar también a Jasper?

Estos pensamientos intranquilizaron a Warren cuando llegó al rellano.

Aunque no era supersticioso, sintió temor al aproximarse a la habitación donde cada una de sus visitas señaló al preludio de una muerte súbita.

Al pensar que el jefe de policía se hallaba en la casa, se tranquilizó y continuó su camino. Iba solo, con un hombre que él creía era un asesino.

Mas había otras personas en la casa esta noche, entre ellos el jefe de policía de Newbury. Además, iba precavido, había sido advertido y oyó a Clark Brosset explicar por qué razón no intentaría Jasper, ejecutar un crimen esta noche.

Los temores de Warren se habían disipado, cuando el nuevo jefe de la familia cerró con llave la puerta del estudio. Este cuarto de la muerte no aparecía siniestro esta noche. Jasper, sentándose en el enorme sillón, detrás de la gigantesca mesa de escritorio, parecía por completo diferente de sus hermanos mayores.

Warren Barringer tomó una silla y miró directamente hacia su primo.

Observó una expresión seria en el rostro de su pariente. Fue entonces cuando comprendió la importancia de esta conferencia.

El nuevo propietario tenía que discutir alguna cosa sorprendente. Se vio claro desde sus primeras palabras; Y mientras Warren Barringer escuchaba, empezó a percatarse de que debería haber escuchado la advertencia de Marcia Wandrop.

CAPÍTULO XXI

UN ASESINO QUE HABLA

—**E**STA noche —anunció Jasper Delthorn—, celebraremos una reunión en la sala de abajo. Será la única conferencia antes de la reunión final, en la que se repartirá la herencia entre los herederos supervivientes.

Hizo una pausa, posó las manos en el borde de la mesa y lanzó una mirada peculiar a su primo.

—Quizás estás ya informado de que se discutió tu derecho de heredero. Esto fue debido a tu ausencia en la primera convocatoria. Te defendieron Farman y mi hermano Winstead.

"No obstante, Warren —añadió—, será imprescindible que estés presente en la reunión final, si quieres recibir tu parte en los millones de nuestro abuelo. En el caso de que no pudieses estar presente, perderás tu parte, a menos que Marcia y yo, voluntariamente, cedamos nuestros derechos.

—Eso está bien claro —repuso Warren, cuando su primo hizo una pausa—. Espero asistir a la reunión final. Todos los que tenemos derecho a participar de la herencia estaremos presentes.

—Mi hermano Winstead no estará —observó Jasper, con tristeza—. Ni mi hermano Humphrey.

Las manos de Warren Barringer se crisparon sobre los brazos del sillón.

Notó un acento de sinceridad en el tono plañidero de su primo.

—¡Fueron asesinados! —añadió Jasper de repente—. ¡Asesinados! ¡Los dos!

Miró con fijeza a Warren. Evidentemente, quería ver la reacción de su primo.

Recordando la necesidad de ser discreto, Warren respondió

calmosamente.

—Tenía entendido —manifestó—, que la muerte de Winstead fue debida a un accidente.

—¡No fue así! —repuso Jasper, fríamente—. La misma persona que acuchilló a Humphrey y disparó un tiro a Wellington, tiró a Winstead desde lo alto de la escalera. ¿No tienes idea de quién fue esa persona?

Warren Barringer no replicó. Vió aparecer en el rostro de su primo una sonrisa burlona y siniestra.

—¿Puedes nombrar al asesino? —inquirió Jasper, en tono de insistencia.

Warren no vió motivo para negarse a contestar ahora. Estaba desconcertado por la actitud de su interlocutor. La expresión de su rostro era prueba evidente de que se deleitaba en el recuerdo de sus crímenes.

—¡Puedo nombrar al asesino! —replicó Warren, con voz tensa—. No necesito decirte el nombre, Jasper Delthorn. ¡Tú asesinaste a tus hermanos y a Wellington!

—En efecto —confesó Jasper fríamente—. No obstante, no hay nadie que pueda probarlo. Tú tampoco, Warren. Por el contrario —añadió, pensativo—, ¡no sería difícil probar que Warren Barringer fue el asesino!

La estocada fue lanzada calmosa y deliberadamente. La tranquila confesión de culpabilidad de Jasper fue asombrosa y despertó la indignación de Warren.

—¡No puedes probar nada! —exclamó—. Sabes muy bien que soy inocente...

—No grites, no grites —interpuso su primo con calma—. Pudieran oírte, si gritas.

Warren se reclinó en su sillón. Jasper emitió una risita. El asesino estaba lleno de confianza.

Barringer empezó a percatarse de su difícil situación. Recordó la advertencia de Clark Brosset: que dejara que Jasper se cogiera en sus propias redes.

Decidió escuchar hasta que su primo terminase por fin.

—Las pruebas están aquí —afirmó Jasper, calmosamente—. Unas declaraciones juradas y firmadas por mi hermano Humphrey y su criado Wellington; declaraciones que indican que puedes haber

intervenido en la muerte de Winstead.

"También hay pruebas —prosiguió—, de que estuviste aquí la noche en que murieron Humphrey y Wellington. Tu sombrero —Jasper rió—, lo dejaste en un armario de la planta baja. La Policía realizó una investigación muy deficiente aquella noche. Me imagino que si interrogara a nuestra prima Marcia, descubriría algo más acerca de tus movimientos en aquella noche.

¡La advertencia!

Cruzó como un relámpago por el cerebro de Warren Barringer. ¿Acaso Marcia Wandrop había adivinado el plan de Jasper? ¿Se encontraba ella impotente, indefensa, también? ¿Era éste un lazo del que no podía salvarse?

Warren tenía confianza en Clark Brosset. Era un amigo que podía prestarle una valiosa ayuda; sin embargo, recordó que Brosset le había recomendado encarecidamente que observase mucha discreción.

—¿Estás pensando en mi llamada telefónica al club? —inquirió Jasper—. De ser así, permíteme informarte que yo esperaba que tú oyeras mis palabras. Te vi acercarte a las cabinas. No hablé a Wellington aquella noche. Simulé la llamada para atraerte.

"Wellington muerto es mejor que vivo, después de haber entrado en el estudio. En realidad, molestaba. Pensaba en tu situación, en tu seguridad, en tu bienestar —Jasper alzó la mano cuando su pariente le dirigió una mirada de indignación—, porque yo no tenía nada contra ti. Preferí que no hubiese nadie que descubriese a un asesino miembro de la familia Delthorn. —Las monstruosas manifestaciones de Jasper tenían un doble significado. No quería que se acusase de un crimen ni a él ni a su primo. Una sonrisa de fingida solicitud substituyó a la sonrisa burlona en el rostro de Jasper.

—Escucha —continuó al ver que Warren permanecía silencioso—. Discutamos unas condiciones. Te encuentras en una posición delicada, Warren. Recuerda que si nos acusamos mutuamente, las cartas están truncadas en contra tuya. Es más fácil creer en la culpabilidad de un primo que en la de un hermano.

"Además —continuó—, tú, lo mismo que yo, te beneficias de las muertes de Winstead y Humphrey. Podías beneficiarte más, asesinandome. ¿Y si te acusara de que amenazas mi vida?

Warren sonrió despectivamente. Había recobrado la serenidad.

Estaba resuelto a oponer a la calma del heredero igual aire de confianza y despreocupación.

—Esto es interesante, Jasper —observó—. Mas, ¿adónde vas a parar? ¿He de presumir que tu situación está haciéndome demasiado crítica?

—Crítica para mí, no —repuso Jasper—. Crítica para ti. El detective encargado de este caso, un necio llamado Terwiliger, está resuelto a esclarecer el misterio de las muertes. Afirma que atrapará al asesino; y de un modo muy característico, se equivoca y acusará al inocente. Esto debe preocuparte, Warren.

En efecto, preocupó a Warren Barringer. El joven desconocía lo ocurrido en Delthorn Manor la noche anterior. No obstante, estaba seguro de que su primo preparaba el terreno para hacer una proposición. Deseaba averiguar lo que era. Jasper observó su aire interrogante y profirió una risotada.

—Voy a ayudarte, Warren —declaró—. Por este motivo he convocado la conferencia esta noche. Cuando estemos reunidos con Horacio Farman, manifestarás que tienes que salir para California. Esto provocará, naturalmente, la discusión de tu participación en la herencia.

"A sugerencia mía —añadió—, Marcia y yo declararemos, por escrito, que no disputaremos tus derechos.

"Tu parte te será remitida el día de la liquidación. Tú te quedarás con la mitad.

—¿Y el resto? —inquirió Warren, calmamente.

—Lo partirás conmigo —respondió Jasper—. Es un reparto equitativo. Tú recibirás una octava parte, la que te correspondía originalmente. No has perdido nada. Tu cuarta parte, realmente, es obra mía, la he ganado yo; en consecuencia la mitad me pertenece en justicia.

En el tono y la manera de hablar, Jasper Delthorn había calculado bien. Sus palabras no envolvían ninguna amenaza grave, a decir verdad, mostraban una marcada solicitud por la suerte y seguridad de su primo. Mas ahora, se reveló.

—Sigue mis instrucciones, Warren —ordenó, en tono áspero—. ¡Saldrás de esto sin ser perjudicado! Cuando yo reciba mi parte del dinero que te toca, destruiré las pruebas comprometedoras para ti. Si es necesario, te las remitiré para que tú las destruyas

personalmente.

Tras una breve pausa, agregó:

—Pero si rehúsas, si te quedas en Newbury, puedes despedirte de todas tus esperanzas. Yo me cuidaré de que las pruebas acusadoras lleguen a manos de la Policía. Quedarás marcado como asesino. ¿Comprendes?

Warren movió la cabeza en una expresión de asentimiento. Vió el plan siniestro de su primo. Hablando cuidadosamente para que viese que comprendía la situación, consideró:

—Mi parte, ahora, asciende a más de cuatro millones de dólares. Si yo soy eliminado, esa cantidad irá a parar a manos de Marcia Wandrop. Tú no ganarías ni un céntimo, pues tu parte queda limitada a la mitad.

"Pero si acepto tu plan —añadió—, nos repartiremos esa cantidad, unos dos millones cada uno. ¡La idea es excelente, Jasper!

Warren sonreía, simulando hábilmente que aceptaba la proposición de su primo. Vió la oportunidad de asestar un golpe sutil y cambió de tono.

—No obstante —dijo—, si rehúso, quizá salga ganando si me quedo aquí. ¿Y si descubren que tú eres el asesino, Jasper? Esto te eliminaría, lo cual me daría la mitad de la herencia.

—¡Pruébalo! —rugió su primo, levantándose del sillón—. Saldrás perdiendo. Las cartas están truncadas. Yo puedo salir airoso.

—Si huyo —observó Warren—, parecerá que yo soy el asesino.

—No, si lo haces razonablemente —gruñó Jasper—. Yo estoy dispuesto a cumplir este pacto. ¿Por qué no? Representa dos millones. Pero te advierto que, si rehúsas, saldrás perjudicado; tú mismo te ahorcarás.

Warren se había puesto en pie también. Los dos primos se miraron furiosos.

Uno no había explicado lo sucedido a Terwiliger. Otro no había manifestado que confiaba en la ayuda de Clark Brosset.

Jasper quería imponer su plan; la desaparición de Terwiliger podría originar una investigación peligrosa. La esperanza de recibir una ayuda de parte de Clark Brosset indujo a Warren a llevar la lucha adelante.

—¿Bien? —gruñó Jasper—. ¿Aceptas mis condiciones?

—¡No! —replicó Warren—. ¡Quiero que se pongan las cartas

boca arriba, que se sepa todo!

—Serás complacido —se mofó Jasper—. ¡Ahora mismo! El jefe de policía está abajo. Puedo informarle inmediatamente. Cuando entre aquí, encontrará las pruebas acusadoras. Se las enseñaré. — Sus manifestaciones se interrumpieron.

Su frase inacabada iba a resultar profética, en un sentido que él no se esperaba.

Las luces se apagaron.

El estudio quedó sumido en una oscuridad completa. Las palabras del nuevo jefe de la familia terminaban en un grito ahogado.

Warren Barringer permaneció petrificado de horror. Lo mismo sucedió aquella otra noche. ¿Por qué había ocurrido otra vez? ¿Cuál era la respuesta?

Un revólver rugió en la oscuridad. Una lengua de fuego escupió en dirección de la mesa de escritorio. Otro disparo retumbó y hubo una segunda llamarada.

Warren Barringer se tiró inmediatamente al suelo. Pensó que disparaban sobre él; que Jasper Delthorn había recurrido a una astuta estratagema.

Las luces se encendieron de nuevo. Warren asió el borde de la mesa.

Escudriñó la superficie. Vió a un cuerpo tendido en el suelo.

Contuvo el aliento. ¡Veía el cadáver de Jasper Delthorn!

El joven giró la vista espantada en torno de la habitación. La puerta estaba cerrada aún; la llave giró en la cerradura, sin embargo, se hallaba solo en el cuarto con el cadáver de Jasper.

En el suelo yacía el primo que confesó haber asesinado a sus dos hermanos.

¡A excepción del cadáver y el cuerpo viviente de Warren, el cuarto estaba desierto!

Jasper Delthorn era un asesino. Él, a su vez, fue asesinado. Pero este nuevo crimen estaba envuelto en el misterio. Como en la noche que Humphrey y Wellington murieron, Barringer tampoco había visto ahora al asesino.

Se encontraba otra vez en el cuarto donde la muerte había descargado en la oscuridad. Esta vez las cartas estaban truncadas verdaderamente en contra de él. Un reluciente revólver yacía en el

suelo a los pies del joven. Pronto acudiría gente, acompañada del jefe de policía... antes de que pudiese escapar.

¡Encontrarían a Warren Barringer solo, con un arma a sus pies, y el cadáver de su primo asesinado tendido en el suelo!

CAPÍTULO XXII

LA SOMBRA ORDENA

WARREN Barringer se aproximó, tambaleándose, hacia la puerta. Se apoyó en la barrera que separaba el cuarto de la muerte del mundo exterior. Escuchó.

Su única esperanza consistía en que no se hubiesen oído los disparos.

Transcurrieron varios minutos que parecían una eternidad de horrible espera.

Al fin sonaron unas pisadas vagas en el pasillo. Alguien llamó a la puerta. Warren no respondió.

—El señor Farman está aquí, señor —anunció la voz de Holley—. ¿Quiere usted que suba?

Warren no se aventuró a responder. Sintió un alivio momentáneo.

Evidentemente no se habían oído los disparos. Era muy lógico. Si la gente estaba en el gabinete, el grosor de la puerta y la gran distancia del estudio a la planta baja, podían haber hecho que los disparos no se oyesen abajo.

—¡Señor Delthorn! —Holley golpeó fuertemente en la puerta—. ¡Señor Delthorn! ¿Está usted ahí?

Warren trató de contener su respiración jadeante. Miró frenéticamente hacia el cadáver de su pariente, como si esperase que se incorporara para responder al criado.

—¡Señor Barringer! —gritó ahora Holley—. ¿Ha sucedido algo?

Warren no respondió. Estaba seguro de que el criado escuchaba. Luego se oyeron unas pisadas precipitadas por el corredor y oyó los gritos del sirviente llamando a los de abajo.

¿Qué podía hacer ahora? Gorson y Farman llegarían pronto y el

criado estaba fuera, interceptando la única vía de escape. Dio un salto y recogió el revólver del suelo. Durante un instante, estuvo resuelto a abrirse paso; luego comprendió que tal medida le haría aparecer culpable.

Frente a este dilema, decidió esperar. ¡Pero no dejaría que los invasores penetrasen en el cuarto!

Estaba aturdido, quiso telefonear a Clark Brosset, pero oyó nuevas pisadas en el pasillo. Si llamase a su amigo Clark, le comprometería.

—¡Abra la puerta! —gritaba el jefe de policía—. ¡Abran la puerta! ¡En nombre de la Ley!

Empuñando el revólver, Warren avanzó paso a paso como un sonámbulo. Se detuvo; la habitación quedó sumida en una oscuridad completa. Tan de súbito, que Warren lo tomó como una cosa natural. El reloj de la mesa había tictaqueado diez minutos desde que los tiros retumbaron por el cuarto. Pero el cerebro aturdido de Warren había perdido la noción del tiempo.

—¡Abran la puerta!

Un interruptor emitió un chasquido junto al lugar donde Warren estaba de pie. Al volverse, el joven vaciló de terror.

¡Ante sus ojos aparecía una elevada figura vestida de negro! Esta figura espectral había surgido como un fantasma. Desconcertado, lo tomó por una parte de la negrura que quedara al encenderse las luces. Creía ver una visión.

Creyéndose amenazado, alzó la mano que empuñaba el revólver.

Un brazo largo avanzó con rapidez del rayo. Una mano enguantada de negro le asió por la muñeca. Al encontrarse mirando en un par de ojos fulgurantes debajo de un sombrero de alas anchas, soltó el revólver.

La Sombra había llegado.

Indiferente a los golpes que llovían sobre la puerta, el misterioso personaje vestido de negro soltó la muñeca de Warren Barringer. Se quitó el guante de la mano izquierda. En un dedo largo y blanco exhibía una reluciente gema que arrojaba brillantes destellos multicolores.

—¡Calma! —aconsejó La Sombra—. No importa lo que haya ocurrido. Declare la verdad escueta. Insista con firmeza en su inocencia. Pida que traigan a Clark Brosset para que declare en su

favor. Su presencia y lo que él sabe pueden ayudarle a usted.

La voz sibilante hizo una pausa cuando un golpe violento sacudió la puerta.

—Recuerde lo que le digo —continuó el fantasma de la noche—. Haga que Clark Brosset le ayude. Aquí, en esta habitación, inmediatamente. Insista en que necesita su presencia para confirmar sus declaraciones. Abra la puerta cuando yo me haya marchado. No oponga resistencia a ser detenido.

Warren movió la cabeza en señal de asentimiento. Mientras contemplaba aturdido el fulgurante girasol, observó que el guante negro se deslizaba sobre la mano y la gema desaparecía de la vista.

Alzando la cabeza, observó los ojos de La Sombra y vió que una mano enguantada se extendía hacia el conmutador de la luz.

Oscuridad completa. El ruido de una capa, perceptible a pesar de los golpes asestados a la puerta. Los oídos de Warren Barringer percibieron una risa sibilante, cuyos ecos se esparcieron fantásticamente por el cuarto.

Las luces se encendieron. El joven avanzó como un autómatas hacia la puerta, asió la llave con una mano y el puño con la otra, para hacer pasar a los hombres que golpeaban.

Mas los ojos del joven giraron en torno de la habitación, buscando al misterioso personaje que llevaba el anillo de Lamont Cranston, con el fulgurante girasol.

No había señal del fantasma de la noche.

¡El rey de la oscuridad había desaparecido completamente al encenderse la luz!

CAPÍTULO XXIII

PRUEBAS ACUSADORAS

EL señor Gorson, jefe de policía de Newbury, estaba en el estudio, de pie, junto a la puerta. Sentado detrás de la mesa de escritorio, hallábase Warren Barringer, con la cabeza inclinada y las manos esposadas.

Dos agentes, de uniforme, se encontraban presentes. Horacio Farman, pálido el rostro, estaba sentado en un rincón. En el suelo, el cadáver de Jasper Delthorn continuaba mirando hacia arriba, en un mudo testimonio de un asesinato.

El revólver yacía en el suelo donde Warren Barringer lo dejara, cuando La Sombra hizo acto de presencia. El jefe de policía miraba continuamente del arma homicida al detenido.

—Le hemos pillado con las manos en la masa, Barringer —gruñó Gorson—. Afirma usted que ignora cómo aconteció esto, mas yo lo veo muy claro. Vamos, ¿va usted a hablar?

—Estoy esperando a Clark Brosset —respondió el acusado.

El jefe de policía lanzó una carcajada. Era la vigésima vez que Warren había repetido la frase.

—Pronto vendrá —prometió el señor Gorson—. Lo hemos mandado a buscar, al insistir usted tanto. No le servirá de nada, Barringer. No hay más que un hombre, uno solo, que puede haber matado a Jasper Delthorn. Ese hombre es usted.

Sonaron unas pisadas en el pasillo. Aparecieron tres hombres: un agente, el criado y Clark Brosset. Warren Barringer alzó la cabeza y sus ojos brillaron de esperanza. El presidente del club, con aire serio, se aproximó y le palmoteó el hombro. Luego, observando el cadáver de Jasper Delthorn, se apartó presa de momentáneo horror.

—¿Qué es esto, Warren? —inquirió—. ¡Usted... usted no lo ha

matado!

—No —respondió el joven.

—Esto es lo que ha ocurrido, señor Brosset —informó Gorson, tomando la palabra—. Warren Barringer subió a esta habitación con Jasper Delthorn. El criado vino a llamarles. Encontró la puerta cerrada con llave. A sus llamadas, no respondió nadie. Yo me encontraba abajo. Me llamó a mí y a los otros. Golpeamos durante bastante tiempo a la puerta y, al fin, Barringer la abrió. Encontramos a él y al cadáver de su primo.

—¡Yo no lo maté! —gritó Warren—. Sonó un tiro en la oscuridad.

—Ha pedido que viniera usted —interrumpió Gorson, hablando a Brosset—. Declaró que no hablaría hasta que usted llegase. No comprendemos qué relación guarda esto con el crimen.

—¡Dígaselo usted, Clark! —suplicó el acusado.

—Sé por qué motivo quería Warren que yo viniese —declaró Clark Brosset, con franqueza—. Hace tiempo me dijo que sospechaba de Jasper Delthorn. Un día oyó a su primo hablando por teléfono desde el club.

—¿A quién? —inquirió Gorson.

—A Wellington, el criado —informó Brosset—. Warren Barringer vino aquí inmediatamente. A su regreso al club, me dijo que habían asesinado a Humphrey Delthorn.

—¡Un momento! —exclamó Gorson, poniéndose en pie—. ¿Quiere usted decir que la noche que Humphrey Delthorn fue asesinado, Warren Barringer estuvo aquí...?

—Sí —interrumpió el interpelado—. Estuve aquí, en esta habitación. Alguien apagó las luces, y cuando se encendieron de nuevo, Humphrey estaba muerto. Wellington entró y me acometió. Las luces se extinguieron por segunda vez y alguien disparó un tiro a Wellington.

—¿Qué hizo usted entonces? —inquirió en tono sarcástico el jefe de policía.

—Me marché —declaró Warren—. Regresé al club y dije a Clark Brosset que Jasper Delthorn era un asesino.

—¡Ah! ¿Usted vió a Jasper aquí?

—No —respondió Warren lentamente—. Sabía que él iba a venir aquí...

—¿Sí? —preguntó Gorson con acento burlón, volviéndose hacia Clark Brosset—. ¿Sabía usted que Jasper Delthorn iba a venir aquella noche?

—Únicamente porque Warren Barringer me lo dijo —declaró Brosset—. Verá usted, Warren confiaba en mí. Él no ha venido aquí más que dos veces. La primera, para ver a Winstead...

—¿Para ver a Winstead? —interrumpió Gorson—. ¿Cuándo? ¿La noche que Winstead cayó por las escaleras?

—Sí —confesó Brosset en tono triste.

—¡Ahora queda todo claro! —gruñó el jefe de policía—. Francamente, lo siento por usted, Brosset. Ha dejado que este asesino lo tome por un tonto. Hemos estado investigando estos crímenes, Terwiliger y yo. Ahora ocurre el asesinato de Jasper. Y averiguamos que Barringer ha estado aquí dos veces antes. ¿No se le ocurrió a usted, señor Brosset, que su buen amigo Warren podía haber asesinado a Winstead y a su hermano Humphrey?

—Yo tenía confianza en Warren Barringer —manifestó Brosset—. No puedo creer que es un asesino. Seguramente que, si lo que él declara es verdad, debe haber algo que pueda probarlo.

—Jasper Delthorn mató a sus hermanos —afirmó Warren, de repente—. Él mismo me lo dijo. Esta noche...

—Examinen el cuarto —sugirió Brosset—. ¿Han registrado el escritorio? Quizá Jasper dejó algo allí. No puedo creer que Warren...

El jefe de policía ya estaba manos a la obra, siguiendo la sugerencia. Abrió el cajón superior del escritorio. Encontró un sobre. Lo abrió. Leyó los documentos que había dentro.

—Mire estos papeles —dijo con aspereza.

Clark Brosset los cogió. Gorson habló mientras el otro leía.

—Unas simples declaraciones —dijo—. Juradas y firmadas por Humphrey y Wellington antes de morir, declarando que Warren Barringer estuvo aquí la noche de la muerte de Winstead. ¿Reconoce usted estas firmas, señor Farman?

El anciano abogado cogió los documentos. Moviendo la cabeza tristemente, dijo:

—Sí. Son genuinas. Ya conocía la existencia de estas atestiguaciones. Humphrey quería que yo las guardase y me las quiso entregar. Yo me negué.

—Jasper debe haberlas encontrado —gruñó Gorson—. Pobre muchacho. Me imagino que no lo creería. Mire lo que le ha ocurrido.

Volviéndose hacía Warren Barringer, le denunció airadamente, diciendo:

—¡Sería mejor que lo confesara usted, Barringer! Vea usted lo que ha conseguido con su bluff. ¡Ahora le acusamos de tres, de cuatro asesinatos!

Warren lanzó una mirada suplicante a Clark Brosset. Observó una expresión de angustia en la cara de su amigo. Se volvió hacia Horacio Farman.

El anciano abogado tenía un aire solemne y de reto. El desdichado se asió a la última tabla de salvación.

—¡Marcia Wandrop! —gritó—. Quizá ella pueda decirles que yo soy inocente. Quizá ella conoce...

—Manden buscar a la señorita —ordenó Gorson—. No quería molestarla, pero si ella sabe algo de esto, será mejor que lo averigüemos.

Unos instantes después, Marcia Wandrop apareció en el estudio. La muchacha retrocedió horrorizada al ver el cadáver de Jasper Delthorn. Miró a Gorson: luego a Clark Brosset. El presidente del club avanzó para coger a la joven al verla vacilar.

Marcia recobró la serenidad al notar que Clark Brosset la sostenía. Luego Horacio Farman fue a su lado. El anciano abogado se hizo cargo de la muchacha, mientras ella no quitaba los ojos del acusado.

—¿Qué sabes tú, Marcia? —preguntó Warren, con ansiedad—. Ayúdame, por favor...

—¿En qué otras ocasiones —interrumpió el jefe de policía—, ha venido Barringer a esta casa?

Marcia Wandrop giró la vista buscando ojos amigos. Clark Brosset miró con simpatía y comprensivamente en su dirección.

En tono opaco y asustada la muchacha empezó:

—Estuvo aquí... estuvo aquí... la noche que Winstead murió. Le vi también... cuando Humphrey y Wellington fueron asesinados... Le vi... le vi... en un taxi... en la avenida... Le observé... porque él no llevaba sombrero... El sombrero está... está aquí... en el armario de abajo... No me pregunten más, por favor... es todo cuanto sé. No

lo podía creer... no... no... no lo podía creer. Pensé... pensé... no sé...

—Acompáñela abajo —dijo Gorson a Farman—. Espere en la sala, en el cuarto de las bujías.

El señor Gorson se volvió hacia Warren Barringer, mientras Clark Brosset permanecía de pie en un lado, con la barbilla hundida en una mano.

—¡Vamos, Barringer! —gruñó Gorson—. Tenemos las pruebas de los asesinatos... ¡Confiese!

CAPÍTULO XXIV

UN MUERTO HABLA

SIN esperanzas, Warren Barringer insistió en su declaración de inocencia.

Sentado aún en el sillón junto al cadáver de Jasper Delthorn, se negaba a hacer la confesión falsa que el jefe de policía le pedía.

—Yo no le maté —afirmó—, yo no maté a los otros. Jasper mismo me dijo que él era el asesino.

—¿Quién lo mató entonces? —insistió Gorson—. Usted estaba aquí, usted debe saberlo.

—¡Lo ignoro!

—Un fantasma quizá. Se supone que ronda uno por la casa.

Warren abrió los ojos sobresaltado. ¡Un fantasma! ¿Quién era el que había visto él? Recordó la figura vestida de negro, la figura fantasmal que le mostrara el fulgurante girasol. El chispeante ópalo de fuego aparecía vívido ante los ojos de Warren.

Le asaltó de súbito una idea terrible. Aquel fantasma vestido de negro apareció en forma casi milagrosa. ¿Acaso estuvo aquí anteriormente?

¡Durante un momento Warren pensó que La Sombra era el asesino!

Luego sus pensamientos cambiaron. Comprendió que un asesino no se habría revelado como lo hiciera La Sombra. Recordó las palabras de La Sombra: únicamente pidiendo la ayuda de Clark Brosset, podría salvarse.

Sin embargo, Brosset estaba allí y su ayuda no había servido más que para remachar la prueba de culpabilidad contra él. La llegada del presidente del club había empeorado su situación. Con aire suplicante, volvióse hacia su amigo. Vió que éste sacudía la cabeza

tristemente.

Warren comprendió. Ante las pruebas terribles, ante el cadáver de Jasper Delthorn en el suelo, Brosset no tenía más remedio que creer que su amigo le había engañado en el pasado. Esto destruía la última esperanza de ayuda de la única persona que él consideraba amigo, en Newbury.

La prisión, la condena por asesinato, constituían el futuro con que se enfrentaba Warren Barringer. Las pruebas le acusaban y su nublado cerebro empezó a considerar a La Sombra como una simple aparición.

Comprendió que tenía los nervios tensos. Algún recuerdo fugaz de su visita a la casa de Lamont Cranston, probablemente le hizo imaginarse que había visto a un visitante vestido de negro.

Sería inútil hablar de tal personaje. Declarar que un visitante había aparecido, y luego se esfumó, no le servía de nada. El jefe de policía se burlaría.

—No quiere hablar, ¿eh? —preguntó Gorson—. Cierren esa puerta. Le haremos hablar. Si Terwiliger estuviese aquí.

El jefe de policía se interrumpió bruscamente. Le asaltó una idea desconcertante.

¿Dónde estaba Terwiliger?

Jasper Delthorn había manifestado que el detective regresaría a las nueve.

¿Podría haberle ocurrido algo?

—¿Dónde está Terwiliger? —preguntó, mirando fijo a Warren.

—¿Quién? —preguntó el joven.

—¡Usted sabe a quién me refiero! —gruñó Gorson—. Terwiliger, mi detective... Él le seguía el rastro. Quizá...

—Quizá cree que yo le maté también —interrumpió Warren.

—¡Eso mismo pienso! —replicó Gorson—. Ya extrañaba por qué se mantenía usted tan obstinado. Podría usted haber salido ventajoso si hubiera confesado que había matado a Jasper Delthorn. Podría haber alegado un acto de propia defensa. Pero el inconveniente es que pensaba en los otros crímenes que había cometido.

—No he visto nunca a Terwiliger —insistió Warren.

—¿No? Le diré una cosa entonces. Terwiliger estaba dispuesto a capturar al asesino. Esto significa que iba a echarle el guante a

usted. ¡Terwiliger hace honor a sus promesas! ¡Sólo tiene una palabra!

Dirigiéndose a Clark Brosset, el jefe de policía le dijo:

—Sucedió lo siguiente, señor Brosset. Anoche, Terwiliger y yo nos reunimos en esta habitación con Jasper Delthorn. Hablamos de las muertes misteriosas. Terwiliger sostenía la hipótesis de que un solo hombre era el autor de todas ellas.

"Nos dijo que él entraría en este despacho, que presentaría las pruebas a mí y a Jasper. Yo confiaba en que lo haría.

—Quizá —musitó Brosset—, llegue pronto el detective. Si es así...

—Traerá las pruebas —interrumpió Gorson, en tono decisivo—. No veo qué más necesitamos. Tenemos suficientes pruebas para condenar a Barringer. Pero me gustaría ver lo que ha encontrado Terwiliger. No vendrá con las manos vacías.

El jefe de policía arrojó una mirada fulminante a Warren. Aferrado a la creencia de que el acusado conocía el paradero del detective, trató de cogerlo por sorpresa.

—Quizá Terwiliger está abajo —sugirió—. Baje uno de ustedes —habló a los dos agentes—, a ver si ha llegado. Escuche, Barringer —añadió—, si entra en este cuarto, traerá en sus manos las pruebas del crimen. Afirmó que lo haría él...

Uno de los policías se encaminaba hacia la puerta. El otro se encontraba de pie en un rincón. Clark Brosset se apoyaba en la mesa. Gorson, con un gesto dramático que había visto usar a Terwiliger, apuntaba con la mano extendida hacia el cadáver de Jasper Delthorn.

En ese momento ocurrió lo inesperado, algo tan desconcertante que interrumpió la frase del jefe de policía.

De nuevo la habitación quedó sumida en completa oscuridad.

El único sonido perceptible en medio de la negrura, fue el grito involuntario que se escapó de los labios de Warren Barringer.

El joven se había encontrado con esta súbita oscuridad en el pasado. Cada vez significaba un resultado extraño e inesperado. ¿Qué sucedería ahora?

Las luces se encendieron. Al aparecer la iluminación todas las personas presentes se hallaban en la misma posición. Warren, lleno de aprensión, miraba hacia el otro lado de la mesa.

Otro hombre había entrado en la habitación. Nadie había visto su llegada.

Todos los presentes contuvieron el aliento al observar la entrada espeluznante. ¡Pues el recién llegado era un muerto!

Apoyado en la pared artesonada, introducido por alguna fuerza invisible y desconocida, hallábase el cuerpo del detective Haroldo Terwiliger.

Los ojos desorbitados del mismo aparecían vidriosos; su cuerpo presentaba un aspecto morbosos al tambalearse ligeramente, cual si estuviese dotado de vida aún.

El muerto se bamboleó de pronto, grotescamente; luego cayó hacia delante cuando el señor Gorson emitió un grito frenético, al reconocerle.

Cayendo de bruces, al chocar con el suelo, el cadáver rodó de costado y su mano derecha se alzó en un gesto rígido.

En una mano muerta y crispada, el jefe de policía, señor Gorson, observó un sobre. La faz de Terwiliger, aunque presentaba la rigidez de la muerte, tenía aún una expresión dramática.

El asesinado detective parecía discutir con su jefe. Su brazo extendido se elevaba por encima del cadáver de Jasper Delthern.

—¡Terwiliger! —gritó Gorson—. ¡Terwiliger! ¡Muerto!

Entonces se percató de un hecho fantástico. La manera de la muerte de Terwiliger; quién lo había matado, el misterio de su entrada al estudio... estos pensamientos, cruzaron por la mente del jefe de policía.

No recordaba más que el alarde, la baladronada de Terwiliger. El detective afirmó que desenmascararía al autor de los asesinatos y entregaría las pruebas en esta habitación, en presencia de su jefe y de Jasper Delthern.

¡Los tres hombres se hallaban allí en este momento; Y de los tres solo uno de ellos estaba vivo!

¡Sin embargo, Terwiliger había hecho honor a su promesa!

¡Muerto, el detective había llegado en cumplimiento de su misión!

CAPÍTULO XXV

UN ASESINO HUYE

DE todos los hombres asombrados que presenciaron la asombrosa aparición del cadáver de Terwiliger, el jefe de policía fue el primero en reaccionar.

Dando un salto, arrebató el sobre que asía la mano del muerto. Lo arrancó y miró fijo las líneas escritas con tinta que aparecían en el sobre.

"Jasper Delthern es un asesino. Mató a Winstead Delthern. Mató a Humphrey Delthern. Mató a Wellington. ¡Yo, Haroldo Terwiliger, también he sido muerto por sus manos!"

La voz de Gorson leía lentamente palabra por palabra. Inconscientemente, el jefe de policía continuó recitando la declaración que aparecía ante sus ojos.

Warren Barringer le contemplaba asombrado. Clark Brosset presentaba un aire perplejo. Los dos agentes seguían impasibles, mientras Gorson continuó la lectura en tono de miedo:

"Jasper Delthern mismo estaba señalado para morir. El hombre con quien él conspiró tramó su muerte.

"Jasper fue asesinado por el cerebro maestro inductor de estos crímenes.

"Dentro de este sobre se encuentran los documentos que prueban la culpabilidad del asesino. Ellos explican el móvil. Fueron extraídos esta noche, de su caja de caudales, mientras el criminal fue a asesinar a Jasper Delthern."

Sucedió una pausa momentánea, mientras los dedos de Gorson se introducían en el sobre para sacar lo que contenía.

Fue entonces cuando Warren Barringer emitió un grito espasmódico de alarma. Había estado mirando en dirección de

Clark Brosset. Había visto en el rostro del presidente del club una expresión de espanto, de hombre acorralado.

—¡Cuidado! —gritó—. ¡Detenedlo!

Clark Brosset se dirigía hacia la puerta cuando el jefe de policía, volviéndose, le vió. La expresión del rostro de Brosset era delatadora.

¡Este hombre era el asesino mencionado en el sobre!

Mientras su rostro delataba su culpabilidad, Clark Brosset sacaba una mano de un bolsillo. El cañón niquelado de un revólver surgió a la vista, cuando el agente estacionado en la puerta avanzó para impedir la huída del asesino.

Lanzando un grito de rabia, Brosset esquivó al policía y corrió hacia la puerta. El agente fue a detenerlo. En lugar de coger el pomo de la puerta, Brosset oprimió el conmutador de la luz, sumiendo el estudio en una oscuridad completa.

—¡Lo he detenido! —gritó el policía de la puerta—. ¡No puede escapar!

Prontamente, el segundo agente ayudó con su linterna eléctrica. Los rayos de la misma revelaron a Warren Barringer acurrucado en el sillón, luego la puerta y al lado el policía, empuñando un revólver.

Clark Brosset no aparecía a la vista. El destello se proyectó en torno de la habitación. Reveló al señor Gorson, agazapado y los cadáveres de Jasper Delthorn y Haroldo Terwiliger a sus pies.

Esta vez, los rayos de la lámpara eléctrica se enfocaron sobre Clark Brosset.

En la oscuridad había llegado a la pared extrema. Gorson, al retroceder, le había eludido. El objetivo del enemigo era apoderarse del sobre.

Antes de que el presidente del club pudiese apuntar a Gorson, el agente disparó erráticamente desde la puerta. Su precipitado disparo no dio en el blanco, pero el jefe de policía pudo alejarse de la mesa llevándose el precioso sobre. El enemigo disparó sobre la puerta.

El agente profirió un grito agudo cuando la bala le hirió en el hombro.

Brosset no volvió a disparar. Sacando Gorson y el otro agente sus revólveres, el asesino temió ser abatido.

Lanzándose hacia la pared artesonada, Brosset se acurrucó en el suelo e hizo presión en la pared. El destello de la linterna eléctrica reveló que el artesonado se movía hacia arriba. Como rata que huye, Brosset se lanzó por la abertura y luego soltó el artesonado.

Un instante después las luces del estudio se encendieron. El jefe de policía pensó que el agente herido oprimió el interruptor, junto a la puerta. Dejando el sobre en la mesa, se aproximó de un salto a la pared. La puerta secreta no se movió. Se había cerrado sin dejar vestigios.

—¡Voy abajo! —gritó Gorson—. ¡Interceptadle el paso si intenta volver por aquí! ¡Abrid esa pared!

Con la fuerza de un toro furioso, el jefe de policía abrió de un tirón la puerta del estudio y salió corriendo al pasillo. Su rugido llegó a la planta baja.

—¡Detenedlo! —tronó—. ¡Vigilad abajo! ¡Detened a Clark Brosset! ¡Detenedlo! ¡Vivo o muerto! ¡Va a bajar por un pasillo secreto!

Varios agentes de policía llegaban al pasillo de la planta baja, cuando el jefe llegó abajo. Habían estado apostados allí durante el interrogatorio de Warren Barringer. Estaban dispuestos a impedir la fuga de Clark Brosset.

Un asesino huía. Se conocía la verdad aunque no se habían revelado los detalles. El sobre comprometedor estaba encima de la mesa, guardado por un agente de policía.

¿Podría Gorson impedir la fuga de Clark Brosset? ¿Cómo saldría el fugitivo del pasillo secreto que no podía abrirse del lado del estudio?

Eran estas preguntas de importancia y solamente una persona podía dar la respuesta. El misterioso personaje cuya mano invisible proyectó el cadáver de Terwiliger en el cuarto de la muerte.

¡Esta persona era La Sombra!

CAPÍTULO XXVI

VENGANZA FANTASMAL

LA suerte guió a Sidney Gorson, el jefe de policía llegó al fondo de la escalera. Mientras tres policías aguardaban órdenes, Gorson se dirigió hacia la puerta de la sala de recepción.

Vió a Marcia Wandrop y a Horacio Farman de pie junto a la enorme mesa central de la vasta sala iluminada por bujías.

—¡No se muevan de aquí! —ordenó. Luego a los agentes:

—¡Muévanse! ¡Registren esta casa de punta a punta, hasta el último rincón! ¡Yo me cuidaré de este lado!

Los policías se dispersaron. Gorson, paseando de un lado a otro de la sala, explicó la situación a Marcia y al abogado.

—¡Buscamos a Clark Brosset! —gruñó—. ¡Él es el asesino! ¡Se nos escapó arriba!

Un grito de sobresalto partió de los labios de Marcia Wandrop. La muchacha se puso pálida como un muerto. Se tambaleó y estuvo a punto de caer. Horacio Farman la cogió.

Gorson, estupefacto por esta inopinada interrupción, clavó la mirada en la joven buscando alguna explicación de su súbito terror.

Una voz sarcástica habló desde la galería. A pesar de las extrañas cualidades acústicas de la sala, los presentes reconocieron la voz.

¡Clark Brosset formulaba una advertencia!

—¡No se muevan! —ordenó—. El primero que dé un paso es hombre muerto. ¡Quiero ese sobre, Gorson! ¡Llame a sus subordinados del estudio!

Furioso, pero impotente, el jefe de policía replicó con un reto. No veía el lugar donde Brosset se encontraba, porque el asesino estaba oculto en la galería, detrás de las bujías encendidas. Mas

sabía que estaba armado y no vacilaría en disparar. Además, Gorson era hombre terco.

—¡No puede usted escapar! —replicó—. Ese sobre no caerá en sus manos. Mis hombres registraran toda la casa. Entréguese.

—Quédese con el sobre, entonces —gritó Brosset—. Puedo marcharme sin él. Guárdese las pruebas comprometedoras y búsqume. Prefiero escapar. Una persona sola puede darles mi pista. Mataré a esa persona ahora mismo. Buscaba usted a un asesino, Gorson. Ahora lo verá.

Un grito brotó de los labios de Marcia Wandrop, cuando la muchacha se apartó de Horacio Farman y se agarró al borde de la mesa, junto al candelabro.

Gorson, el jefe de policía, sacó de su bolsillo una linterna eléctrica, y proyectó sus rayos sobre la galería contigua a la habitación.

La luz reveló a Clark Brosset. Los labios de asesino dibujaban una sonrisa siniestra.

¡El reluciente revólver que empuñaba apuntaba hacia Marcia Wandrop!

Gorson no sabía qué hacer. Conocía que si intentaba disparar, el monstruo mataría a la muchacha.

Clark Brosset profirió una carcajada burlona. Manifestó:

—Le dejo, Gorson. Jamás dará con mí rastro. Mas antes de marcharme... —El jefe de policía lanzó un grito de terror al ver el dedo de Brosset sobre el gatillo. El grito de horror se trocó en uno de asombro. Gorson, Farman y Marcia, aun en este momento de terror, quedaron desconcertados por lo que ocurrió.

De la negrura de la galería, una mano viviente se extendió para asir el arma del asesino. Unos dedos negros agarraron y desviaron el revólver de la mano homicida.

Profiriendo un grito de decepción, el asesino se volvió para luchar con una figura fantasmal que de repente había surgido a su lado.

El jefe de policía permaneció inmóvil. Olvidó que empuñaba su revólver.

Como la muchacha y el abogado, estaba estupefacto por la asombrosa lucha que de repente se inició en la oscura galería.

¡Clark Brosset se encontraba preso en las garras de una figura

sinistra, que parecía ser la manifestación visible de un ser sobrenatural!

¡Una masa de negrura, en la oscuridad de la galería, transformada en una figura sólida, había surgido de la nada para apresar al asesino! El cuerpo de Clark Brosset se retorció en la presa de una fuerza sobrehumana.

Se retorció contra un poder que parecía proceder de la nada, para llevar a cabo una venganza sobrenatural. Mientras Marcia, Farman y Gorson observaban atónitos, Brosset seguía luchando con este ser de otra esfera.

Un grito de júbilo señaló un cambio repentino. La figura fantasmal resbaló, mientras el asesino lograba recuperar el dominio de su revólver. Gorson vio retorcerse el arma en la mano de Brosset, al lanzarse éste detrás de la barandilla de la galería.

Sonó otro grito. Un grito de triunfo del criminal. La vieja barandilla de la galería se estremeció cuando un cuerpo chocó con ella. Un revólver rugió.

Una chispa escupió a través de los postes de la barandilla.

Impelido por un terrible golpe, la barandilla se rompió, en medio de un montón de astillas, el cuerpo de Clark Brosset cayó de cabeza por la destrozada barrera.

El revólver rebotó por el suelo de la sala de recepción. El jefe de policía, señor Gorson, avanzó, corriendo. Era innecesario. El cuerpo del asesino al chocar con el suelo, debajo de la galería, se dobló y quedó inmóvil.

Varios trozos de la barandilla cayeron al suelo. Gorson, proyectando la luz de su linterna sobre el boquete, no vio más que una negrura.

Marcia Wandrop avanzó con paso vacilante hacia el cuerpo de Clark Brosset. Se arrodilló junto al cuerpo inerte.

—¡Está muerto! —exhaló—. ¡Está muerto! Clark... está... muerto.

—Un tiro le atravesó el corazón —observó Gorson, inclinándose sobre el cadáver—. ¡Un tiro de su propio revólver, luchando contra... luchando contra su propia imaginación!

El jefe de policía lanzó una mirada penetrante a Marcia Wandrop. Vió en los ojos de la muchacha una expresión de dolor. Le preguntó brevemente:

—¿Qué sabe usted de Clark Brosset?

Los labios de la muchacha temblaron. Mirando a Gorson y luego a Horacio Farman, respondió con acento solemne:

—Era mi esposo. ¡Yo le amaba... creía en él, le obedecía! Ignoraba que era un asesino... hasta que quiso matarme...

El señor Gorson permaneció silencioso. Se enderezó y contempló a la muchacha inclinada sobre el cadáver del criminal. Horacio Farman la levantó con dulzura.

Un extraño zumbido se oyó procedente del otro extremo de la habitación.

Gorson giró sobre sus talones rápidamente; luego permaneció inmóvil escuchando los tañidos del enorme reloj. El gigantesco reloj empezó a tocar las doce.

Un murmullo extraño y sibilante vibró por la sala. Se elevó de tono convirtiéndose en una risa fantasmal. No había ninguna nota de júbilo en la risa sobrenatural. Sus notas estridentes tenían una solemnidad espectral.

La risa murió. Las paredes devolvieron los ecos que continuaron mucho tiempo después de haber tocado las últimas campanadas del gigantesco reloj.

—¿Qué ha sido eso? —exhaló el jefe de policía, en tono asustado.

—La risa de un fantasma —respondió Horacio Farman, en tono solemne—. ¡El espíritu de Caleb Delthorn... que mató a este asesino!

Gorson movió la cabeza en señal de asentimiento, casi creyéndolo. Parecía ser la única respuesta. El grito de un fantasma, del espíritu del difunto dueño de Delthorn Manor.

Tal era la creencia de Horacio Farman. El anciano abogado no cambiaría de opinión ahora; y Marcia Wandrop, asustada, sin saber qué hacer, creyó lo mismo.

¡Por segunda vez, la muchacha y el abogado habían oído la risa de La Sombra!

CAPÍTULO XXVII

LA SOMBRA ESCRIBE

EN el estudio de Delthorn Manor, el jefe de policía, señor Gorson, dio una explicación sobre los crímenes. Warren Barringer, Marcia Wandrop y Horacio Farman, se hallaban presentes.

—Hemos reconstruido el proceso de esta serie de asesinatos —declaró—. Desde que usted nos enseñó las puertas secretas, señorita Wandrop, hemos aclarado el móvil y el método empleado. Estos documentos lo prueban.

Señaló los documentos procedentes del sobre que Terwiliger entregó en sus manos. Uno era el certificado de casamiento de Clark Brosset y Marcia Wandrop. Otro, una confesión firmada por Jasper Delthorn. Un tercer documento se refería a las deudas que Jasper había contraído con Brosset.

—Clark y yo nos casamos secretamente hace unos meses —declaró Marcia, en voz baja—. Era viudo y mucho más viejo que yo, tanto, que decidimos no comunicárselo a mi abuelo. Dije a Clark muchas cosas y entre ellas, descubrí las puertas secretas de la casa. Mi abuelo me había explicado todo lo referente a ellas. Nadie más estaba enterado; ni siquiera Wellington, que vivía aquí. Después de su muerte, mi abuelo me lo explicó a mí.

—¿No sospechó usted nada de su esposo? —interrogó Gorson—. ¿Ni siquiera después de los asesinatos?

—Me extrañó —murmuró Marcia—. Conocía que alguien pudo haber abierto la puerta secreta para atacar a Winstead. Cuando Humphrey y Wellington fueron asesinados, sabía que podía haberse hecho usando la puerta secreta de este lado.

—Esa puerta se abre solamente cuando se apagan las luces —dijo Gorson—. Aquel interruptor que hay en la parte de detrás de la

puerta secreta realizó la operación. Corrobora sus declaraciones, Barringer.

—Ocurrieron muertes cada una de las tres veces que he estado en esta casa —observó Warren en tono solemne—. Las luces se apagaron cada vez y luego se encendieron. El asesino escapó fácilmente.

—Brosset vió que podían utilizarse esos pasillos. El principal parte del exterior de la casa, de la pared que se extiende a lo largo del jardín. El pasillo se divide. Una galería va a parar a otra galería que da a este despacho. Luego hay la puerta secreta que va de la galería al rellano. ¿Está claro?

Los oyentes movieron la cabeza afirmativamente.

—Jasper debía dinero a Brosset —continuó el jefe de policía—. Probablemente Brosset le prestó más. Sabía que Jasper era un bribón. Le sugirió cómo podía heredar una parte mayor de la fortuna de Caleb Delthorn.

"Brosset explicó a Jasper el secreto de los pasillos. Jasper entró y asesinó a Winstead y Humphrey. Llamó a Wellington y lo mató también. Trazaron el plan de atraerle a usted a esta casa para que recayeran las sospechas sobre usted. De este modo, Jasper quedaba protegido.

—Brosset no era ningún tonto —asintió Warren—. Yo creía que era un amigo y él fingía estar reñido con Jasper. Sabía que habló a Jasper en su oficina, pero me imaginé que era debido a la mala conducta de Jasper en el club.

—Por lo que usted dice —añadió el jefe de policía—, todo cuando usted hizo fue sugerido por Brosset. Pero él engañaba a Jasper también. Él debió indicar a Jasper que hablase con usted esta noche, para asustarle y hacerle marchar de Newbury. Y se le presentó la oportunidad de matar a Jasper y cargarle la responsabilidad a usted, Barringer.

—Lo cual habría eliminado a Warren de su parte de la herencia —declaró Horacio Farman—. Y Marcia habría heredado todos los millones de Caleb Delthorn.

—Clark me dijo que nos volveríamos a casar —anunció Marcia—. Mas él quería esperar a que se hiciera el reparto.

—Se habría apoderado de toda la fortuna —dijo Farman.

—Supongo —observó Gorson—, que Brosset se imaginó que

usted nos comunicaría la existencia de las puertas secretas, señorita Wandrop. Él sabía que usted se encontraba en la sala de recepción. Por este motivo fue a la galería. Quería matar a usted y luego huir por el pasillo principal que conduce al exterior de la casa.

Sucedió una larga pausa. El jefe de policía empezó a estudiar los documentos. Uno tras otro, Warren Barringer, Marcia Wandrop y Horacio Farman, se levantaron y salieron del estudio.

El abogado acompañó a los dos herederos, que ahora iban a repartirse los trece millones entre los dos, por partes iguales, de acuerdo con el testamento.

Solo, el jefe de policía tambolireó en la mesa de escritorio, sentado en el enorme sillón que había detrás. Habló a media voz, al considerar la extraña situación que había resultado del descubrimiento de los dos asesinos: Jasper y Clark Brosset.

—Lo hemos aclarado todo menos una cosa —musitó—. Unos de estos pájaros asesinó a Terwiliger. ¿Quién fue? ¿Jasper o Brosset?

"¿Cómo llegó a este cuarto el cadáver de Terwiliger? Brosset había regresado al club. Terwiliger estaba muerto cuando él llegó.

"¿Cómo extrajo los documentos de la caja de caudales de Brosset? Este sobre —Gorson levantó de la mesa uno—, tenía algo escrito cuando lo saqué de la mano de Terwiliger. ¿Estaba yo soñando?

El jefe de policía sacudió la cabeza.

—Esto es muy extraño. Alguien ha intervenido en todo eso. Oí esa risa abajo. El que rió fue un individuo que descubrió a ese par de asesinos.

"Si fue un hombre, ha colaborado eficazmente. Ha apoyado a la justicia. Si fue un fantasma —el jefe de policía se estremeció—, es igual.

Se incorporó e introdujo los documentos en el sobre. Pensaba en la extraña tragedia de la galería, donde una fuerza misteriosa surgió de la nada para fulminar al asesino.

El jefe de policía se encogió de hombros. Se había hecho justicia. Un asesino había recibido un castigo merecido. El caso estaba liquidado. Las preguntas sin contestar podrían olvidarse.

Solamente Warren Barringer no había dicho todo lo que sabía. El joven no habló del misterioso personaje que entró en el cuarto de la muerte.

Casi creía que había sido un sueño. Estaba decidido a guardar silencio; no diría nada ni siquiera a Lamont Cranston, si volviese a ver al millonario. No obstante, jamás olvidaría una cosa: el fulgurante girasol... en un dedo largo y blanco.

Lejos de la ciudad de Newbury, un chasquido sonó en una habitación sumida en una oscuridad profunda. Una luz azulada apareció al instante por encima de la reluciente superficie de una mesa.

Los colores tornadizos de un girasol, la gema que constituía el símbolo de La Sombra, aparecieron en una mano larga y blanca.

¡La Sombra se hallaba en su santuario! Anotaba ciertos hechos en una página de un libro secreto. Su mano firme respondía, por escrito, a las preguntas que el jefe de policía, señor Gorson, se formulaba a sí mismo.

Estas anotaciones constituían partes de una narración que La Sombra escribía en sus anales; palabras lacónicas que indicaban cómo luchaba contra el crimen el rey de la noche.

La Sombra escribió:

"Para demostrar la culpabilidad de Clark Brosset, era necesario que su plan llegase a su término. Hasta el golpe final, ese as del crimen no corría peligro de ser descubierto.

"Los documentos que había en su caja de caudales indicaban su objetivo, pero no eran pruebas de su complicidad.

"La muerte de Terwiliger fue una desgracia. Cometió un acto de locura. Intervino inopinadamente, para ser asesinado por Jasper Delthorn, que topó con él saliendo del pasillo de la galería.

"El cadáver de Terwiliger, que Jasper escondió en el pasillo secreto, pudo haber sido trasladado después de que Warren Barringer hubiera sido declarado culpable.

"No obstante, el cuerpo, fue encontrado y usado para un objetivo específico. Terwiliger merecía cumplir la misión que a sí mismo se había impuesto.

"No hubo ocasión de frustrar la muerte de Jasper Delthorn. Era más importante apoderarse de los documentos durante la ausencia de Brosset. Jasper Delthorn merecía morir. Clark Brosset no abrigaba la intención de matar a Warren Barringer, quien en consecuencia no corría peligro. Al matar a Jasper Delthorn, Clark Brosset se convirtió en un asesino.

La mano de La Sombra hizo una pausa: luego, lentamente, continuó escribiendo en respuesta a los pensamientos del cerebro invisible que lo inspiraba:

"Si Clark Brosset hubiese huido por el pasillo principal, se le habría interceptado el paso. Jamás habría podido escapar."

Una risa suave indicó que La Sombra había estado esperando en el pasillo principal. La mano continuó escribiendo:

"Su fuga terminó en la galería. Allí, por su lucha obstinada, él mismo se buscó su muerte,"

La mano hizo una nueva pausa; al fin, en una sola línea, escribió la última frase:

"Que el espíritu o fantasma de Caleb Delthorn reciba el honor de la realización de estos actos justicieros".

La Sombra había escrito. La mano trazó un símbolo misterioso debajo de la última frase. La crónica estaba terminada. Una risa suave resonó a través de la oscuridad. Unos ecos escalofriantes recorrieron la lóbrega habitación.

La risa se desvaneció. La habitación estaba desierta. La Sombra se había marchado de su santuario. Sin embargo, quedaron aun unos ecos sibilantes, unos ecos tan espectrales, como los que se esparcieron por la galería de la gran sala de recepción de Delthorn Manor.

La tarea de La Sombra estaba terminada. Se había desenmascarado a unos asesinos.

Eran recuerdos de los sonidos espectrales que fueron tomados por manifestaciones fantasmales en Delthorn Manor, donde la risa de La Sombra triunfó, frustrando los planes de los asesinos.

Los monstruos estaban muertos. Los hechos finales habían sido registrados.

Sin embargo, los suaves ecos del santuario desierto llevaban recuerdos fantásticos del pasado.

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN

Título original: *The Ghost of the Manor*